

Jesús Carrasco

Intemperie



A la memoria de Nicolás Carrasco Royano

1

Desde su agujero de arcilla escuchó el eco de las voces que lo llamaban y, como si de grillos se tratara, intentó ubicar a cada hombre dentro de los límites del olivar. Berreos como jaras calcinadas. Tumbado sobre un costado, su cuerpo en forma de zeta se encajaba en el hoyo sin dejarle apenas espacio para moverse. Los brazos envolviendo las rodillas o sirviendo de almohada, y tan sólo una mínima hornacina para el morral de las provisiones. Había dispuesto una tapadera de varas de poda sobre dos ramas gruesas que hacían las veces de vigas. Tensó el cuello y dejó suspendida la cabeza para poder escuchar con mayor claridad y, entrecerrando los ojos, aguzó el oído en busca de la voz que le había obligado a huir. No la encontró, ni tampoco distinguió ladridos y eso le alivió porque sabía que sólo un perro bien adiestrado podría descubrir su guarida. Un perdiguero o un buen trufero cojo. Quizá un sabueso inglés, uno de esos animales de cortas patas leñosas y orejas lacias que había visto una vez en un periódico llegado de la capital.

Por suerte para él, el llano no daba para exotismos. Allí sólo había galgos. Carnes escurridas sobre largos huesos. Animales místicos que corrían tras las liebres a toda velocidad y que no se detenían a olfatear porque habían sido arrojados a la Tierra con el único mandato de la persecución y el derribo. Flameaban líneas rojas en sus costados como recuerdos de las fustas de los amos. Las mismas que en el secarral sometían a niños, mujeres y perros. Corrían, al fin y al cabo, y él estaba parado en su pequeña cueva arcillosa. Perdido entre los cientos de olores que la profundidad reserva a las lombrices

y los muertos. Olores que no debería estar oliendo, pero que él había buscado. Olores que lo alejaban de la madre.

Siempre que veía galgos o que pensaba en ellos, le venía a la memoria un hombre del pueblo. Un inválido que recorría las calles sobre una especie de triciclo con una manivela delante que el hombre hacía girar, encorvado como un organillero. Al atardecer, dejaba atrás las casas y recorría los caminos apisonados del norte, los únicos por los que podía avanzar con su silla. Los perros le escoltaban, amarrados del cuello con cuerdas de pita deshilachadas. Era penoso verle avanzar con su tosca máquina, y él siempre se preguntaba por qué no ponía a los animales a tirar de aquel carro. En la escuela decían que, cuando ya no quería a uno de sus bichos, lo colgaba de algún olivo. En su corta vida ya había visto decenas de perros suspendidos por el cuello oreándose en árboles remotos. Sacos de pellejo cargados de huesos descoyuntados como crisálidas gigantes.

Notó que los hombres ya estaban cerca y se dispuso para el sigilo. Escuchó su nombre multiplicándose entre los árboles como gotas sobre una lámina de agua. Agazapado en su escondrijo, pensó que quizá ésa sería toda su recompensa: oír cómo le llamaban una y otra vez entre los olivos al despuntar la mañana. Reconoció la voz del tabernero y la de uno de los arrieros que pasaban el verano en el pueblo. Y aunque no los distinguió, supuso que también estarían el cartero y el espartero. Experimentó un inesperado regocijo, húmedo y caliente, en el fondo de su pozo. Una suerte de algarabía infantil y sorda que le puso la piel de gallina. Se preguntó si buscarían a su hermano del mismo modo, si él sería capaz de convocar a tantos hombres en su búsqueda. Ante el coro de voces, sintió que quizá había desempolvado algún tipo de lazo comunitario y por un momento su rencor se replegó hacia algún lugar de su estómago. Había reunido en torno a él a los hombres del pueblo, a todos los brazos curtidos y poderosos que hundían los arados en la tierra y llenaban los doblados de grano. Había provocado un acontecimiento. Pensó que quizá la necesidad de reunir a aquella partida habría obligado a remangarse, codo con codo, a viejos enemigos. Se preguntó si quedaría algo de aquel momento en unos años o en unas semanas. Si sería asunto de conversación a la salida de misa o en la taberna. Entonces pensó en

su padre y lo imaginó dando explicaciones a unos y a otros. Lo vio, como tantas veces, fingiendo desamparo. Tratando de hacer creer a todos que, seguramente, el chico, mientras corría tras algún perdigón, había caído en un pozo ciego. Que la desgracia se cebaba una vez más con su familia y que Dios le acababa de arrancar una parte de su carne. Meneó la cabeza entre las rodillas como si así fuera a sacudirse esos pensamientos. La estampa del padre, solícito y servil, volvió a su mente en compañía del alguacil. Una escena que, como ninguna otra, provocaba en su cuerpo desórdenes de todo tipo. Afinó el oído cuanto pudo sin hallar rastros de la voz del alguacil, y hasta esa ausencia le dio miedo. Lo imaginó caminando con un cigarro en la boca tras la línea de hombres que en ese momento batían el olivar. Daba patadas a los terrones o se agachaba, indolente, para recoger alguna aceituna escapada de la última varea. La cadena del reloj asomando bajo la chaqueta. El sombrero de fieltro marrón, el corbatín, el cuello prieto, el bigote bien armado con agua azucarada.

La voz de un hombre a pocos metros del hoyo lo sacó de su ensimismamiento. Era el maestro. Hablaba con otro que caminaba algo más allá. El chico notó cómo su corazón se aceleraba y sintió embestidas sanguíneas percutiéndole por dentro. Los dolores, tras horas de encogimiento, le empujaban hacia fuera. Consideró la opción de terminar con aquello de manera inmediata y resolver así su incomodidad. No había matado a nadie, no había robado, no había tomado el nombre de Dios en vano. A punto estuvo de mover las ramas que tapaban el agujero para llamar la atención de los hombres más cercanos. Uno mandaría callar al otro y luego giraría la cabeza para orientar su oreja en dirección al ruido. Cruzarían sus miradas. Avanzarían sigilosos hacia el montón de varas dudando si lo que encontrarían sería un conejo o al niño perdido. Entonces apartarían las ramas y le verían al fondo, retorcido sobre el estómago. Fingiría estar inconsciente, lo que, sumado a los restos de barro, la humedad de su ropa y el pelo sucio, compondría el cuadro de su triunfo. Se aseguraría, al menos, un momento de gloria. Pan para hoy y hambre para mañana. Luego, a los gritos de los hombres, los demás acudirían. Llegaría el padre resollando, en un primer momento enajenado y bien dispuesto. Formarían un remolino en torno a él

que casi le dejaría sin aire. Cerilla en el momento de empezar a arder, pujante, todavía sin atisbos de la meliflua llama que ha de terminar consumiendo la madera. Le exhumarían entre gritos de alegría. A su alrededor, los abrazos viriles levantarían pequeñas nubes de polvo sobre las espaldas. Después, vuelta al pueblo en una parihuela entre cantos de labranza y botas de vino caliente, con la áspera mano del padre sobre su pecho pequeño y moreno. Exordio gozoso de un drama que habría de llevarlos a todos a la taberna y más tarde, a cada uno a su casa. Al final, los gruesos muros de piedra que sustentaban el tejado y enfriaban las estancias como únicos testigos. Un prelude comunal para el cinturón gastado del padre. Hebilla cobriza rajando el aire podrido de la cocina, tan veloz como incapaz de devolver destellos. El cuadro de su afectada postración al fondo del hoyo, vuelto en su contra.

Reconoció el sonido del maestro sonándose los mocos casi encima de su cueva. Un estruendo membranoso que hacía vibrar su pañuelo seco y que, en la escuela, obligaba a los niños a sudar sus risas. La sombra de su cuerpo flaco pasó sobre su tejado. Cerró los ojos y apretó los dientes mientras el hombre meaba sobre su montón de varas.

Dejó pasar mucho tiempo desde que escuchó el eco de la última voz alejándose del predio. Quería asegurarse de que no encontraría a nadie cuando levantara las ramas, para lo cual estaba decidido a esperar lo que fuera necesario. Ni las horas bajo tierra, ni la orina del maestro empastándole el pelo, ni el hambre, que por primera vez le espoleaba, le resultaron suficientes para decaer en su empeño porque aún le mordía el estómago la flor negra de la familia. Se quedó dormido.

Cuando despertó, el sol estaba en todo lo alto. La dura luz cenital atravesaba su tejadillo de ramas iluminando débilmente sus rodillas con agujas en las que flotaba el polvo. Percibió el entumecimiento de sus músculos nada más abrir los ojos y pensó que era precisamente su cuerpo quien había puesto fin a su sueño. Calculó que debía de llevar siete u ocho horas allí metido y decidió que tenía que salir lo antes posible. Muy despacio, levantó la cabeza y tocó la tapadera con el pelo. El cuello como una bisagra herrumbrosa. Se incorporó a un ritmo artrósico y separó algunas varas para

mirar alrededor y confirmar que no había nadie. Podría salir y seguir rumbo al norte, donde sabía que había una fuente en la que los arrieros daban de beber a sus mulas. Quizá allí podría esconderse entre el carrizo y aprovechar un descuido para colarse en la carreta de algún comerciante, entre sartenes y bragas, y reaparecer a muchos kilómetros del pueblo. Sabía, sin embargo, que alcanzar la fuente significaría caminar por campo abierto a plena luz del día con algún montón de piedras aislado como único refugio. En la llanura, cualquier pastor o cazador reconocería su figura enclenque como la del niño perdido. No le quedaba, por tanto, más opción que seguir escondido hasta que la tarde cayera, momento en el que sus extremidades de alambre podrían pasar por un matojo seco o una silueta oscura contra el sol naranja que declinaba. Volvió a colocar las ramas en su sitio y se acurrucó.

Durante su encierro reconoció escarabajos, zapateros y, sobre todo, lombrices. Palpó el hueco en el que había empotrado el morral. Abrió la lona y sacó un trozo de embutido que mordió despacio.

Bebió el agua caliente de la bota que, después de varios días oculta a la espera de la huida, se había hinchado como un gato muerto. Al rato sintió la vejiga repleta y cómo, a medida que pasaba el tiempo, se le inflaba hasta causarle dolor. La postura ovillada le presionaba y en alguna ocasión se le escaparon gotas de orina que le entumecieron aún más. Cuando las punzadas fueron ya insoportables, trató de bajarse los pantalones. Forcejeó con la bragueta y la cintura, pero el espacio era muy reducido y apenas podía moverse. Sopesó la posibilidad de salir un instante, pero tenía miedo de ser visto desde la distancia o de dejar algún rastro, por pequeño que fuera, para la partida que, seguramente, seguía buscándole. Después de un rato, consiguió deslizar la cintura del pantalón sólo hasta descubrir los glúteos. Se introdujo el pene entre las piernas y trató de separarlo cuanto pudo de su cuerpo, pero era tan estrecho el escondrijo que enseguida notó el prepucio contactando con sus tobillos y en ese momento ya no aguantó más y se dejó ir como una rueda cuesta abajo. Después de tantas horas tumbado sobre el fondo del agujero, la arcilla apisonada se comportaba como una palangana, haciendo que se formara un charco de orín. Una atmósfera fosforosa convirtió el refugio en una marmita tóxica. Retorció la cabeza hacia el techo de ramas, buscando con

la boca los huecos del tamiz, y trató de aspirar el aire del exterior. Necesitaba salir, romper la tapadera y emerger al olivar como si su cuerpo fuera un corcho repentinamente liberado desde el fondo de un pantano. Cerró los ojos y se agarró a las raíces que iban a morir al agujero. Tras muchos minutos de tensión inconsciente, notó la dureza de sus músculos y le sobrevino un cansancio repentino que le aflojó y le hizo ceder hasta reacomodarse de nuevo en las formas del hoyo. El calor húmedo le atontaba y la arcilla reblandecida sobre la que recostaba sus riñones le producía una incomodidad sorda. Un sopor que lo adormeció.

Le despertó el ruido de unas hojas agitándose fuera a una hora en la que la luz que entraba por la tapadera había perdido casi todo su vigor. Por el sonido, pensó que sería algún pequeño roedor olisqueando el suelo. Necesitaba desenroscarse, estirar el pecho, sacudirse el barro, airear sus pantalones, salir. Sólo le quedaba cerciorarse de que el ruido que lo había despertado no iba a suponerle una amenaza. Enderezó la espalda y levantó ligeramente la tapadera de ramas con la coronilla hasta abrir una rendija por la que poder ver algo. Un ratón de campo hincaba el hocico entre las hojas enrolladas de los olivos, a unos centímetros del refugio. Desmontó rama a rama su tejadillo en una versión invertida de la nidificación. Asomó la cabeza y la giró en derredor como un periscopio hasta barrer el olivar y no encontró signos de vida más allá del ratón escapando entre los montones de poda abandonados. Cuando salió del agujero, la luz tenía una textura polvorienta y rojiza. Ya no había sol sobre el horizonte, pero un halo amarillento iluminaba el llano desde poniente y alargaba las sombras sobre los barbechos. Se estiró en todas las direcciones posibles. Se retorció, se agachó, se levantó y pataleó, y por un momento se desentendió de la huida y no reparó en los trozos de barro geométricos que se desmoldaban de sus suelas. La humedad persistía en sus pantalones. Separó las piernas y tiró con los dedos de la tela para despegarla de la piel. Si hubiese escapado en invierno, pensó, ahora estaría congelado.

Eligió aquel lugar meses atrás por ser el espacio arbolado más próximo al pueblo. En aquel entonces no sabía a qué hora de la noche podría salir de la casa, ni el tiempo del que dispondría hasta alcanzar un escondite. Si huía en

cualquier otra dirección, los hombres le divisarían a cientos de metros de distancia. Allí, al menos, contaba con la protección de los olivos. Dentro de la parcela escogió el borde norte porque era el punto desde donde tendría una visión más amplia de la llanura a la que habría de enfrentarse.

Se quitó la ropa y tendió las prendas en unas ramas bajas para que les diese el aire. Notó la piel tumefacta y apestosa. Palomas torcaces aleteaban entre las copas en busca de un refugio donde pasar la noche. Se frotó el cuerpo con tierra seca como si fuera un elefante y al momento sus sensaciones mejoraron. Sacó el morral del agujero y caminó a lo largo de la línea de olivos que lindaban con el llano hasta que encontró uno que le pareció apropiado. Se sentó desnudo en el suelo y apoyó la espalda contra el tronco leñoso del árbol. Las piedrecillas se le clavaban en el culo y la corteza le pinchaba la espalda. Cuando estuvo acomodado, buscó en el morral y sacó un trozo de queso duro y un mendrugo de pan. Engulló el queso mientras contemplaba cómo la noche se hacía cargo de la Tierra. Por encima de él, las palomas zureaban en las copas de los olivos. Royó la corteza con las manos aceitosas y, cuando la dio por terminada, hizo ademán de lanzarla pero detuvo su brazo antes de que el trozo volara. Pensó en las voces de los hombres que le habían estado llamando por la mañana. Se giró hacia el olivar e imaginó las figuras oscuras de quienes le buscaban y cómo gritaban en silencio su nombre. Volvió entonces su cuerpo a la llanura y guardó el resto en la bolsa. Seguía teniendo hambre y rebuscó otra vez entre sus cosas sabiendo que, devorado el queso, sólo le quedaba medio salchichón seco. Lo sacó y se lo llevó a la nariz. Cerrando los ojos dejó que le penetraran los aromas de la pimienta y la canela. Lamió la barra de carne y fue a morderla, pero de nuevo sintió las sombras de quienes le perseguían, y no tuvo más remedio que guardar el embutido para un momento de mayor necesidad que, no le cabía duda, llegaría pronto.

Durante un buen rato estuvo repasándose las encías con la lengua para tratar de lavar el picor que la leche curada le había dejado. Mordió algo de pan, bebió agua de la bota y luego se tumbó en el suelo y apoyó la cabeza en una raíz sobresaliente del olivo. El cielo era de un azul oscurísimo. Las estrellas en lo alto parecían incrustadas en una esfera transparente. Delante de

él, el llano se sacudía el sufrimiento que el sol le había causado durante el día, desprendiendo un olor a tierra quemada y pasto seco. Un mochuelo blanco pasó por encima de su cabeza y se perdió entre las copas de los olivos. Pensó que se encontraba en el lugar más alejado del pueblo en el que había estado en toda su vida. Lo que se extendía frente a las plantas de sus pies era para él, sencillamente, tierra incógnita.

2

Caminaba hacia el norte en medio de la noche tratando de evitar los senderos. Todavía tenía los pantalones húmedos, pero eso era algo que ya no le preocupaba. Avanzaba por los barbechos buscando los restos de paja que habían quedado de la última siega. Levantó alguna perdiz a su paso y sintió el pataleo de liebres que escapaban del crujir de sus botas. Superado el olivar, no tenía más plan que mantener el rumbo. Sabía reconocer la Vía Láctea, la uve doble de Casiopea y la Osa Mayor. A partir de ella ubicó la Estrella Polar y hacia allí dirigió sus pasos.

Aunque no llevaba ni un día en fuga, sabía que era tiempo más que suficiente para que el miedo ya estuviera corriendo por las calles del pueblo, camino de la casa de sus padres. Un torrente invisible que arrastraría a las mujeres de la aldea hasta remansarlas en torno a la madre, arrugada como una patata vieja, tendida lacia sobre la cama. Imaginó la agitación en la casa y en el pueblo. Gente encaramada al pretil de piedra con la esperanza de atisbar algo del interior a través de la puerta entreabierta. Visualizó la moto del alguacil aparcada frente a la entrada: una robusta máquina con sidecar con la que recorría el pueblo y los campos dejando tras de sí nubes de polvo y estruendo. El chico conocía bien ese sidecar. Había ido muchas veces en él cubierto con una manta polvorienta. Le vino a la memoria el olor a grasa bajo la lana y los remates de hule craquelados alrededor de la pieza. El ruido de aquel motor era para él la trompeta del primer ángel. La que mezcló fuego y sangre y los arrojó sobre la Tierra hasta quemar toda la hierba verde.

Sólo el alguacil disponía de un vehículo a motor en la comarca y, que él supiera, sólo el gobernador poseía un vehículo de cuatro ruedas. Él nunca lo había visto, pero había oído cientos de veces la historia de cuando fue al pueblo para inaugurar el silo de grano. Al parecer, los niños le recibieron agitando banderitas de papel y en la celebración se sacrificaron varios corderos. Quienes lo habían vivido describían el automóvil como si de un objeto mágico se tratara.

Desplazándose minúsculo y oscuro en medio de aquella negrura mayor, se preguntó si habría algo en la línea que unía su posición con ese norte total que pudiera convenirle. Quizá frutales en los bordes de los caminos, fuentes de agua limpia, largas primaveras. Le resultó imposible concretar una expectativa cierta, pero no le importó. Dirigiéndose hacia el norte se estaba alejando del pueblo, del alguacil y de su padre. Se estaba marchando y eso le bastaba. Pensó que lo peor que le podría ocurrir es que dilapidara sus limitadas fuerzas avanzando en círculo, o lo que era lo mismo, acercándose a los suyos. Sabía que manteniendo invariable el rumbo, tarde o temprano se cruzaría con alguien o con algo. Era sólo cuestión de tiempo. Como mucho, daría la vuelta al mundo para volver a toparse con el pueblo. Entonces ya daría igual. Sus puños serían duros como la roca. Es más: sus puños serían de roca. Habría vagado casi eternamente y, aunque no hubiera encontrado a nadie, habría aprendido de sí y de la Tierra lo suficiente como para que el alguacil no pudiera someterle más. Se preguntó si sería capaz de perdonar en esas circunstancias. Si, habiendo atravesado el gélido polo, los bosques umbríos y otros desiertos, ardería en él todavía la llama que le había quemado por dentro. Quizá el desamparo que le había expulsado del hogar que Dios designó para él ya se habría disipado para entonces. Puede que la distancia, el tiempo y el roce incesante con la tierra limaran sus asperezas y lo calmaran. Recordó el globo terráqueo de cartón que había en la escuela. Una esfera grande que apenas se mantenía en pie de tanta holgura como tenía su peana de madera. Mirándola resultaba fácil saber el lugar en el que estaba el llano, porque los dedos de varias generaciones de niños habían ido desgastando, año tras año, el punto donde se encontraba el pueblo, hasta borrar el país entero y el mar que lo rodeaba.

Divisó a lo lejos lo que parecía una hoguera y se preguntó a qué distancia estaría. Se detuvo y trató de calcular, pero le resultó imposible medir en medio de la indescifrable oscuridad en la que se hallaba. Pensó que aquello que imaginaba como una hoguera en la lejanía, bien podría ser la llama de una cerilla unos metros más allá o incluso una casa entera ardiendo a kilómetros de allí.

Como un indio embelesado por los oropeles que le presenta el conquistador, se dirigió hacia ese único punto luminoso de la superficie por la que transitaba. Durante más de una hora caminó sobre terrones de arcilla y piedras. Tenía la brisa de cara, lo que significaba que quien fuera el que hubiese encendido la hoguera, si tenía perros, no le descubriría a menos que él hiciera ruido. Se acercaba al punto luminoso sin un objetivo claro. Podía tratarse de un pastor, un arriero o un bandolero. Confiaba en que, a medida que se fuera aproximando, la luz de la hoguera pudiera aportarle información al respecto. Le asustaba la idea de encontrarse con un delincuente. Tampoco sabía si alrededor del fuego dormirían perros sarnosos. Sabía, sin embargo, que iba a necesitar la comida y el agua de quien hubiera encendido la fogata. Si se la pediría o si tendría que robársela era algo que decidiría cuando supiera a quién se había de enfrentar. Escuchó un coro de cencerros en la dirección del fuego y eso le tranquilizó. Aun así, recorrió los últimos metros con un sigilo absoluto. Caminaba posando las plantas de los pies como si estuviera en un lagar de pétalos de rosa. A poca distancia del campamento encontró un mazo de chumberas y, tras él, se detuvo a observar.

Al otro lado de la lumbre había un hombre acostado sobre el suelo. Aunque estaba de cara a la luz, no pudo distinguir su edad porque la manta le cubría el cuerpo entero, desde los pies hasta la coronilla. Un suave resplandor como una brasa lejana comenzaba a elevarse por el horizonte revelando unas formas arbóreas que la noche había ocultado. Le pareció distinguir las siluetas de varios chopos y supuso que el rebaño paraba allí por el mismo motivo que los árboles. Una cabra emergió de la oscuridad del fondo y cruzó por detrás del pastor hasta volver a desaparecer entre las bambalinas del amanecer. Su cencerro describió una línea de sonidos en el aire como una cuerda con nudos. A un lado, un burro descansaba aborregado con las manos

flexionadas bajo el pecho. Repartidos por doquier, distinguió cuerpos inmóviles de cabras que pronto despertarían. A los pies del hombre había un zurrón y un perro pequeño que dormía enroscado.

La escasa luz del fuego agitaba las sombras como llamas negras. El niño metió la cabeza entre las hojas de la planta para intentar apreciar los rasgos del hombre. Sintió un pinchazo en un brazo y lo contrajo hacia su cuerpo. La hebilla del zurrón chascó ligeramente. El perro abrió los ojos y levantó las orejas picudas. Al instante se puso de pie y olfateó el aire en todas direcciones. El chico mantuvo el brazo pegado al cuerpo con la otra mano por encima, como si el miembro delator tuviera vida propia y fuera a lanzarse contra las espinas de la chumbera. El perro comenzó a moverse, primero alrededor del pastor, y luego, abriendo el radio, se fue aproximando adonde se encontraba el muchacho. Mientras lo veía acercarse, no le pareció demasiado fiero, aunque sabía que nunca había que fiarse de esa clase de perros. Garulos, los llamaban en el pueblo. Animales sin estirpe, empequeñecidos por los infinitos cruces genéticos y con los rasgos raciales desdibujados. Cuando el animal se hallaba a unos metros se detuvo y, entonces sí, dirigió sus sentidos hacia el mazo de chumberas. Olió el aire y, de algún modo, se desactivó en él el estado de alerta y rodeó la protección del intruso moviendo el rabo, curioso. Cuando lo descubrió, no se asustó ni ladró. Al contrario, se aproximó y olió la mano que el niño le acercaba para evitar que ladrara. La lamió y, con ese gesto, se evaporó el miedo del chico a ser delatado. Parecía como si sus aromas terrosos o la orina de la que estaba impregnado le aproximaran al mundo del perro. Agarró la cabeza del animal con las dos manos y lo acarició metiendo los dedos por debajo de la mandíbula. Durante un rato el muchacho mantuvo al perro quieto con sus caricias. El tiempo que necesitó para tomar la decisión de cubrir el tramo que le separaba del zurrón que se encontraba a los pies del hombre.

Abrió su bolsa de lona y sacó el medio salchichón que le quedaba. Dejó al perro sentado, entretenido en chupar la barra de carne seca, y rodeó su burladero para comenzar a caminar con sigilo en dirección al zurrón. La luz de la fogata proyectaba su sombra flamígera contra las chumberas de su espalda. Mientras se acercaba sintió miedo y quiso retroceder y marcharse

por donde había venido. Se retiraría hasta un lugar seguro y esperaría a que amaneciera para reconsiderar sus opciones. Tras las chumberas, el perro mordisqueaba toda la comida que le quedaba y supo que ya no había vuelta atrás.

Retomó su idea, tan sencilla como aterradora. Se acercaría en silencio al zurrón, tiraría suavemente de la correa y lo arrastraría hacia sí entre el coro de balidos. Tenía claro que no debía buscar la cara del hombre porque eso sería una provocación y una indecencia. Salvo la comida que ahora se terminaba el perro, nunca le había robado a un adulto y, si ahora lo hacía era porque no tenía más remedio. En su casa, las piedras de las paredes imponían una ley ancestral que dictaba que los niños debían mirar al suelo cuando eran sorprendidos haciendo algo inconveniente. Debían mostrar la nuca, dóciles como ofrendas o víctimas propiciatorias. Dependiendo de la gravedad del delito, los pescozones serían todo el castigo o sólo el preámbulo de una paliza mayor.

Cerca ya del hombre, volvió a dudar y consideró la idea de no robar el zurrón. Simplemente aguardaría junto a las brasas a que se despertase. Luego se mostraría ante él como lo que era: un niño indefenso que no le iba a suponer ninguna amenaza. Pensó que, con suerte, el hombre sería un pastor de otra comarca, llegado hasta allí en busca de los restos de la última siega. Acostumbrado a la soledad, incluso puede que agradeciera su compañía. El hombre le ofrecería un poco de comida y algo de beber y luego cada uno seguiría su camino.

De repente sintió un bufido a su espalda que lo dejó petrificado. Permaneció quieto, con los músculos colapsados por el vacío que el miedo le producía. Desaparecieron el pastor, el zurrón y el rebaño. Se los llevó la misma oscuridad en la que su mente se había disuelto. Tembló, su estómago dio los primeros signos de resurrección, notó algo duro empujándole el costado y, sin desearlo, miró. El perro le buscaba con el hocico. Traía entre los dientes la cuerda del salchichón. Respiró hondo, buscó un apoyo en el suelo y volvió a lo suyo.

El zurrón era de cuero grueso. Olía a cebolla seca y a sudor. Agarró con dos dedos la correa y tiró suavemente de ella. Notó el peso de la bolsa al

comenzar su arrastre y eso le hizo olvidar definitivamente sus cautelas. Su mente se llenó de imágenes de comida y todo lo que le rodeaba fue reemplazado por lo que imaginaba que había dentro de aquella bolsa. Consiguió desplazar unos centímetros su botín en un silencio casi absoluto hasta que pegó un tirón codicioso y el respaldo acartonado del zurrón vibró sobre las chinas como la piel de un tambor.

—¿Adonde vas con eso?

La voz ronca al otro lado de la lumbre lo paralizó e iluminó la mueca en que se había convertido su cara. Un actor de cine mudo o un niño a quien la culpa sorprende por vez primera.

—Tengo hambre, señor.

—¿Es que no te han enseñado a pedir?

En aquel momento le hubiera gustado salir corriendo con la bolsa y dejar allí al hombre, hablando bajo su manta. Se preguntó si sería el perro menos amigable entonces. Aún no sabía nada de lealtades ni del tiempo que pasa entre los seres y los cose con respuntes cada vez más apretados.

—Ayúdame a levantarme, chico.

El niño dejó caer la correa de cuero y se aproximó con pasos cortos. A un par de metros se detuvo y contempló el cuerpo medio arropado. Tenía la cara tapada por la manta pero las piernas le asomaban desde las rodillas. El hombre se movió débilmente bajo su colcha, quizá para atarse los pantalones o buscar su mechero, y para cuando asomó la cabeza, el niño ya estaba tras las chumberas. En el tiempo que permaneció escondido, una claridad mínima empezó a perfilar algunos rincones del campamento. Comprobó que, como había supuesto, los árboles eran chopos, y reconoció en sus copas las marcas de la sequía. Contó nueve cabras y un macho. Reparó en una construcción en la que no se había fijado antes: un chamizo piramidal levantado con ramas cortadas a los árboles del fondo. De sus paredes colgaban cinchas, cuerdas, cadenas, una lechera de hierro y una sartén ennegrecida. Más que un refugio, parecía una especie de tabernáculo. Entre la casucha y la chopera había un cercado de albardín trenzado, sostenido por cuatro palos clavados en el suelo.

Durante su vigilancia, el pastor sólo tuvo tiempo de sentarse sobre el suelo y de liar un cigarro. Tardó varios minutos en incorporarse porque la

manta se le había enrollado y le trababa las piernas y los codos. Aunque no podía distinguir bien sus rasgos, por su forma de moverse supuso que sería un hombre de edad avanzada. Un viejo flaco que dormía vestido. Una chaqueta oscura con grandes solapas, el pelo cano revuelto y una especie de brochazo blanco cubriéndole la cara por debajo de la nariz.

El pastor vio salir al niño de detrás de las chumberas, pero no le dedicó atención porque estaba entretenido soplando la mecha de su encendedor. A dos metros del hombre, el chico se detuvo. A esa distancia pudo apreciar su pelo sucio de paja y los rotos en los codos de la chaqueta. Estaba sentado en el suelo con la manta tapándole las piernas y al niño le sorprendió que pudiera mantener la posición encorvada de la espalda. El viejo levantó la cara y se quedó mirando al muchacho. Sujetaba el cigarro en una oreja y con la palma de una mano tapaba la mecha naranja. Entonces el pastor hizo un gesto que el niño volvería a ver muchas otras veces. Formó una uve con el pulgar y el índice y se limpió de saliva las comisuras de los labios con las yemas de los dedos. Luego deslizó el índice por los mismos sitios, como si quisiera quitarse de la boca los pelos sueltos de un bigote desaliñado.

—Siéntate, que vas a comer.

El hombre apuntó con el dedo más allá de sus pies y el chico se sentó en el suelo allí donde el viejo había señalado. Durante un rato, el pastor siguió dándole vueltas a la rueda y soplando la cuerda sin conseguir encenderlo. El niño le estuvo observando en silencio con la boca medio abierta, asombrado por la impericia del viejo que no siempre acertaba a darle a la rueda en el lugar preciso y con la fuerza adecuada. Al chico se le movían las manos solas porque había usado muchas veces un artilugio como aquél.

Cuando el viejo consiguió por fin prender el cigarro y le dio las primeras caladas, apoyó la mano libre en el suelo y relajó la espalda como si, por fin, hubiera descuidado de un trabajo necesario. Silbó tensando los labios y el perro se levantó y corrió hacia la zona donde se desperezaba el rebaño. En un momento, el animal rodeó a un grupo de cabras pardas y las condujo hasta el pastor. Sin levantarse siquiera, el hombre enganchó a una de ellas por una de las pezuñas traseras usando una vara que tenía un garfio romo en el extremo y la arrastró hacia sí. Sujetando al animal con una mano, echó la manta a un

lado y recogió las piernas. El niño asistió a la maniobra sorprendido ante la repentina pericia de un hombre que, un momento atrás, había tardado un tiempo interminable en encender un cigarrillo. Cuando el pastor tuvo el culo de la cabra delante de su cara, le colocó un cazo de latón debajo de las ubres. Los primeros chorros cayeron duros, haciendo canturrear el metal. Cuando hubo suficiente, azotó a la cabra y ésta brincó hacia donde se hallaban las otras. Luego, extendió la escudilla en dirección al niño y al ver que no se movía de donde estaba, la dejó en el suelo y siguió con su cigarro.

Royeron en silencio cuñas de queso sudoroso, tiras de carne seca y algo de pan duro. El pastor daba largos buches a su bota de vino y el niño se preguntaba cuándo le iba a preguntar quién era y qué hacía en aquel lugar. Tenía miedo de que la noticia de su desaparición hubiera llegado hasta allí porque sabía que, por penosa que le estuviera resultando su aventura, todavía no se había alejado demasiado de la aldea. En un momento pensó que la acogida podía ser una maniobra del viejo para retenerle mientras esperaba a que pasara por el lugar la partida de búsqueda, o incluso el mismo alguacil. En tal caso, ya sabía cuáles serían sus movimientos. Correría hacia las chumberas y se agazaparía entre ellas. Los caballos piafarían alrededor de los pinchos sin atreverse a entrar. Si querían llevarle de vuelta a su casa, tendrían que sacarlo de allí a rastras. Tendrían que destrozarse las camisas y sangrar o acribillararlo a tiros desde los caballos y por último matar al testigo.

Cuando el viejo dio por terminado el desayuno, metió la mano en la aguadera que le quedaba más cerca y de ella sacó una hoja de periódico arrugada. Envolvió algunos alimentos con el papel y le extendió el paquete al niño, que lo estuvo observando hasta que el pastor se cansó de sujetarlo y, como hiciera con la leche, lo dejó en el suelo. Guardó el resto de la comida en el zurrón y volvió a pedirle al chico que le ayudara a levantarse. El niño se acercó y entonces olió la mezcla de aromas de su cuerpo. El halo dulzón del vino alrededor de su cabeza y el sudor secado en capas sobre su tez de cuero. De pie no era mucho más alto que el muchacho. Llevaba los pantalones atados con una cuerda en la cintura y sus botas parecían de cartón. Después de ayudarlo a incorporarse, el niño retrocedió un par de pasos y se quedó observando los movimientos del hombre que, a medida que pasaban los

minutos, se iban haciendo más ágiles. Al muchacho le sorprendió de nuevo la facilidad con la que se movía y cómo se encorbaba para recoger la manta y doblarla. Con ella en un brazo, silbó de nuevo al perro y éste se levantó y se alejó corriendo hasta el lugar en el que pacían las últimas cabras.

El viejo se acercó al chamizo y metió la cabeza por la abertura de ramas que hacía de entrada. Salió con una banqueta de corcho y un cubo de lata. Descolgó la lechera de donde estaba y lo llevó todo junto al pequeño cercado cuadrangular. El perro había reunido al rebaño y lo traía a base de ladridos y amenazas de mordiscos. Cuando llegaron, el hombre abrió una de las esquinas del redil y fue obligando a las cabras a meterse. Con todas dentro, volvió a colocar la estaca en su esquina y unió los palos con un lazo de alambre grueso que colgaba de uno de ellos. Los animales, apretados, berreaban y se subían unos sobre otros como si fueran un guiso hirviente.

El pastor colocó el cubo junto a la esquina del cercado que había servido como puerta. El recipiente tenía la base tan ancha como la boca, y al chico le recordó al que usaban en su casa para vaciar la letrina. El viejo asentó el recipiente sobre el suelo polvoriento y lo estuvo girando por la boca hasta que comprobó que no bailaba. Del interior del cacharro sacó una azuela y tres varillas oxidadas. Limpió el cotillo de restos de barro y empezó a clavar en el piso, ceñidos al borde exterior del cubo, los rejones metálicos. Cuando terminó, comprobó que el recipiente, como una piedra engarzada, no se movía de su sitio. Puso la banqueta frente al ordeñadero y se sentó en ella. El niño, quieto en su sitio, había observado el trasiego como si asistiera al descenso de una Virgen. La boca entreabierta, los ojos caídos y tan sólo la cabeza moviéndose al compás de las maniobras del pastor.

Desde su asiento, el viejo levantó uno de los palos del cercado hasta abrir una salida estrecha. Metió la mano y enganchó a una cabra por una pata. La sacó y la colocó de culo al otro lado del cubo. Le agarró las ubres, las metió en el recipiente y comenzó a ordeñar. Mientras trajinaba, el hombre miró hacia el cielo y lo recorrió como si buscara los signos de la lluvia. El chico, como un pantógrafo, amplió en la distancia los movimientos del viejo y también recorrió el cielo con la mirada. La bóveda se aclaraba sobre sus cabezas extinguiendo los últimos luceros. El sol, inminente tras las lomas del

este, saldría en poco tiempo. Ni rastro de nubes.

El niño volvió a mirar al pastor. Tenía la cabeza casi metida en el culo del animal y tiraba de las ubres con brusquedad. Al chico le pareció que el viejo estaba nervioso. La cabra, inquieta, coceó la lata y trató de salir corriendo, pero el pastor se lo impidió fijándole las patas a dos de las varillas. Cuando terminó el ordeño, liberó al animal y éste huyó en dirección a los chopos, donde se tranquilizó mordisqueando las puntas de las ramas más bajas.

Una por una, todas las cabras fueron pasando por el ordeñadero. El muchacho vio llenarse el cubo y se preguntó qué podría hacer el pastor con tanta leche en medio de aquel páramo. Cuando terminó la faena, el viejo se levantó y llevó el cubo hasta donde tenía la lechera. Vació el líquido en ella y le puso la tapa. Fue entonces cuando se volvió y le habló al muchacho.

—Me da igual si te has escapado o te has perdido.

Al niño el comentario le cogió desprevenido y se retrajo. El viejo hizo una pausa larga.

—Unos hombres están a punto de llegar para recoger la leche.

3

El niño pasó el resto de la mañana bajo la sombra rala de un almendro agostado. Un ejemplar solitario erguido sobre una linde vieja que los últimos arados habían levantado por uno y otro costado. Desde allí tenía una buena panorámica de los alrededores y, en caso de que la partida se acercara, podría esconderse fácilmente, o incluso escapar reptando a lo largo de la linde. A pocos metros de donde se encontraba sentado, el camino que lo había llevado hasta aquel lugar continuaba bajando en dirección norte. En el tiempo que estuvo allí, lo recorrió decenas de veces con la mirada. Primero, un olivar abandonado, a la derecha. Luego, una curva en bajada dentro de la cual se elevaba una loma con una palmera en lo alto y lo que le parecía una higuera un poco más lejos. Más allá, el camino asomaba y se escondía entre las olas del terreno hasta desaparecer por la última colina a tres o cuatro kilómetros hacia el norte.

Hizo memoria de su encuentro con el pastor. El perro oliéndole la mano y el hombre fumando encorvado, con la manta sobre las piernas. Al mediodía una gota de sudor le bajó por la frente hasta caerle sobre la tela del pantalón, donde desapareció en un instante. Se quitó la camisa, la extendió delante de él y sobre ella vertió el contenido de su bolsa de lona. Separó sus pertenencias de los víveres que le había dejado el pastor: tres tiras de carne de cabra, tensas como el afilador de un barbero, una corteza de queso para roer, un trozo de pan y una lata de cuarto de kilo vacía. «Te vendrá bien», le había dicho el viejo por la mañana, tirándosela a los pies.

«Te vendrá bien», se repetía bajo la sombra clara. ¿Por qué no le habría dado agua directamente? ¿Acaso abundaban los manantiales por las cercanías y había supuesto que hasta un niño como él los encontraría? ¿Era una invitación al reencuentro? ¿Tomaría leche en ella la próxima vez que se vieran?

Sed.

Con el sol en lo más alto volvió a meterlo todo en la bolsa, se puso la camisa y salió a la vereda. Caminó hasta la curva y antes de empezar a descenderla, se salió de las roderas y subió por la loma hasta alcanzar la palmera. Tenía el tronco agujereado y de lo alto colgaba una gran papada de ramas muertas. La sombra de la copa se proyectaba contra el suelo, dejando el tronco justo en el centro de la mancha. Se descolgó el morral y limpió de hojas y piedras un trozo de terreno. Como había hecho anteriormente, se quitó la camisa y la extendió como mantel en la parte limpia. Sacó los alimentos de la bolsa, los ordenó sobre la tela y se sentó a comer. Royó la corteza, intentando alejar de sí la idea de que no tenía agua. El queso, rancio y sudoroso, formó una película en su paladar que ya no le permitió descansar porque la sensación encurtida que le producía sólo podía ser lavada con agua. Rascándose el cielo de la boca con la punta de la lengua, se puso de pie. Cerca del árbol, inspeccionó las ruinas de una vieja construcción de adobe que el sol y el viento habían erosionado hasta convertir sus muros en un reguero de arcilla sobre el suelo. Reconoció la planta rectangular de una vivienda con una sola estancia, como era costumbre en la provincia, y recordó su casa a las afueras del pueblo.

Ahora, solo bajo el sol, contemplaba aquel perímetro de dos palmos de altura con los bordes romos, como un cráter con cuatro esquinas. Se subió a una de ellas y oteó los contornos en busca de señales que delataran la presencia de sus perseguidores o de cualquier otra persona. El territorio se ondulaba liviano en todas direcciones y, allá donde mirara, la visión rasa se deformaba por los efectos del calentamiento del suelo.

Buscó por los alrededores de la ruina los restos de algún pozo. Supuso que quien construyó la casa debió de hacerlo sobre un manantial o una corriente subterránea. Sin darse cuenta, con la mirada atenta al suelo, fue

ampliando el radio de su exploración hasta llegar a la higuera que había divisado desde el almendro. Le sorprendió que aún conservara hojas verdes en aquella época del año y que el olor que desprendía no fuera el de la hierba seca. Le embelesó el aroma dulzón de los higos ausentes y, sin ser consciente, alguna parte de él se mecía en un recuerdo agradable. Quizá una tarde de verano jugando bajo la higuera de la estación del ferrocarril, en un momento todavía inmaculado. Escondido entre las ramas tiernas y los higos reventados. Embriagado por la abundancia laberíntica y cavernosa de las pulpas calientes. Los colores de la maduración, la fina piel como una frontera delicadísima o como un débil pretexto de la canícula para aguantar sólo hasta la llegada del tacto.

Hizo una breve pausa bajo la sombra olorosa y continuó con su pesquisa. Detrás de la higuera encontró el esqueleto de una torre de metal tendida en el suelo. Escuadras de hierro corroído unidas por remaches, al final de las cuales distinguió los aros que, en su día, debieron de sustentar las aspas de madera. Le pareció un molino de pozo. Tanteó con la punta del pie la consistencia de su hallazgo y la estructura se desconyuntó. En un primer momento le sorprendió no haber divisado los restos desde el almendro pero, observando de cerca el reguero de escamas de óxido y cagafierro, lo que de verdad le asombró fue que alguien hubiera construido un molino tan corto. Pensó que si hubiese tenido unos metros más, quizá hubiera conseguido recoger aire de capas más altas, girar a otra velocidad y trabajar así para el granjero y su familia. Puede que de esa manera no hubieran tenido que marcharse y lo que ahora era una mínima colina de adobes en aluvi3n, podría ser todavía un hogar. Se preguntó cómo no se habían dado cuenta de algo tan trivial y lo primero que supuso fue que el granjero no había dispuesto de más hierro. ¿Por qué no lo hizo entonces de madera? ¿Qué clase de persona se asentaría en un lugar como aqu3l con tan escasa visi3n? A juzgar por el estado de la estructura, su soluci3n llegaba con muchos años de retraso, pero en todo caso, ¿quién habría preguntado a un ni1o sobre las dimensiones de un molino como aqu3l?

La lengua pegándose al paladar lo devolvi3 a la realidad. Había llegado hasta allí en busca de agua. Al pie de donde debió de estar la torre, los restos

de una higuera muerta se enmarañaban entre los barrotes de una reja. Por la abundancia de ramas entrelazadas, dedujo que en otro tiempo abundó el agua bajo sus raíces. Lianas gordezuelas que habían crecido bulbosas entre los agujeros del enrejado hasta fundirse las unas con las otras como si fueran de gelatina. Palmo a palmo, inspeccionó el centauro hasta encontrar un hueco herrumbroso que aún no hubiera sido colonizado por las lianas. Intentó mirar a través del agujero, pero no distinguió nada en la oscuridad del otro lado. Una corriente de aire fresca y húmeda brotaba del orificio. Pensó que quizá, a pesar de todo, había tenido suerte. ¿Le habría conducido el cabrero hasta allí al entregarle la lata?

Buscó un guijarro que cupiera por el agujero y lo dejó caer. La piedra no tardó en alcanzar el fondo, pero para el niño, que soñaba con un ruido de agua clara y fresca, el tiempo se dilató hasta despertar mucho después de que la piedra hubiera llegado al final de su caída. Arrojó una nueva china y, entonces sí, con los cinco sentidos puestos en la maniobra, esperó. El fondo devolvió un golpe ensordecido. Sin rastro de salpicaduras ni del chasquido acuoso de los pozos repletos. Tampoco había habido ruido de piedras y el chico pensó que, a lo sumo, el fondo de la sima sería un barrizal pastoso producto de alguna corriente subterránea en retirada.

Regresó a la palmera, acalorado. La sombra de la alta copa ya no estaba sobre la camisa. La corteza de queso sudaba su grasa sobre la tela, formando un lamparón como un arrecife coralino. La lata ardía y tan sólo las tiras de carne parecían no haber sufrido por la intemperie solar. Guardó los víveres en el morral, se puso la camisa y se preparó para descansar bajo la escueta sombra a la espera de que la tarde perdiera fuerza.

Las horas pasaban lentas y, aunque tenía hambre, no tocó la comida porque sabía que comer le daría más sed. Una y otra vez le vino a la cabeza el tonel de la casa. En él guardaban el agua de lluvia que recogía el tejado en los días en que caía algo del cielo. A pesar de que eso no ocurría desde hacía meses, el tonel siempre estaba lleno. Su madre se encargaba de acudir al caño de la plaza con un cántaro de una arroba para que el nivel del agua no bajara de la marca que había en el interior de la cuba. Era una orden del padre. Iba hasta la plaza y desde allí caminaba a lo largo de la fila de cántaros que las

mujeres habían ido dejando a la espera de turno. Cuando llegaba al final, colocaba su cántaro y volvía a la casa para continuar con sus trabajos. Cada cierto tiempo volvía a donde había puesto el cántaro y lo acercaba al caño a medida que los que estaban delante iban siendo llenados y retirados. Y aunque casi todos los cántaros eran hijos de las manos del mismo alfarero, todo el mundo sabía de quién era cada recipiente. Las mujeres que se cruzaban por las callejuelas murmuraban entre sí para saber por dónde iba la fila o si había crecido el caudal del caño en las últimas horas. Durante el verano, el chorro de la fuente, ya de por sí raquítico, adelgazaba un poco más hasta convertirse en un hilo lastimoso y desesperante. Aun así, la madre acudía al caño cada vez que el nivel del tonel bajaba más de la cuenta. Recordó la tarde en que el padre irrumpió en donde estaban y se llevó a la madre, apretándole el codo. La puso frente al tonel y, zarandeándola, sacó su navaja. La madre abrió la boca y luego la escondió entre los pliegues de su pañuelo negro. El padre clavó la punta de acero en el interior de la cuba, rasgó hasta que la hendidura fue lo suficientemente profunda y se marchó. Entonces la madre, sola, se apoyó en la barriga del tonel y se dejó caer. Una mancha de virutas y serrín quedó flotando en la lámina de agua negra.

Contemplando la copa quieta de la palmera contra el cielo azul, se preguntó por qué esa necesidad de acaparar agua que tenía el padre. Pensó que quizá la atesoraba para venderla a precio de oro el día en que el caño dijera basta. Quizá quisiera proteger a su familia en caso de que volviese a haber una sequía extrema y convertirse en el último hombre en abandonar el pueblo. La dominación estaba grabada en el interior de la barrica como una herida abierta sobre la madera en la que se enganchaban mechones mucosos. Una marca oculta o un código cerrado. Una hendidura que era como una daga que asomaba de las entrañas del tonel sólo para la garganta de la madre.

A pesar de haber pasado la noche caminando, sabía que no debía dormirse. El sol terminaría declinando, pero en su avance desplazaría la sombra de la palmera y lo dejaría al descubierto. Se tendió en el borde de levante con la idea de cambiarse de sitio cuando toda la mancha de sombra hubiera cruzado sobre él. Desde el suelo, elevó la cabeza y miró hacia los lados para calcular el lugar en el que finalizaría su recorrido reptil. Luego,

volvió a poner la cabeza en su sitio y se dejó arrullar por el sonajero de palmas secas que se frotaban entre sí en las alturas.

Se quedó dormido.

Para cuando se despertó, ya llevaba casi dos horas al sol. Notó tirantez en la piel de la cabeza, desde el mentón hasta el cuero cabelludo. La raíz de cada pelo vivía en una angustia microscópica que, multiplicada, le producía desconcierto y rigidez. Un zumbido eléctrico azul cobalto inflamaba su cerebro y sintió que la cabeza le iba a estallar. A cuatro patas, reptó hasta la sombra de la palmera y se dejó caer. El polvo huyó bajo su cuerpo, formando una nube en miniatura.

En su delirio, una red de curvas gomosas se mece sobre un lecho aceitoso. No hay un horizonte propiamente dicho, pero una fuente de luz rojiza se desvanece en algún lugar de la escena. La oscuridad gana la batalla. Los matices se van perdiendo y los poros cerebrales se van colapsando. En algún momento, dentro de su cabeza, hay una circunvolución que despierta y la alerta cobra una forma embrionaria. Su voluntad se abre camino como un Laocoonte a través de la penumbra húmeda de su cerebro hasta que su consciencia es total. En la silla turca de su cráneo se sienta él o alguien que vive en su interior y que toma el mando de su cuerpo. Activa los órganos y abre espitas para que la sangre vuelva a fluir a través de los conductos colapsados por el vacío repentino. El niño de la silla le ordena abrir los ojos, pero no consigue que los párpados se eleven. Una ola extraña y minúscula recorre su frente como una lija de babas que le rasca la piel dolorida. De nuevo, intenta levantar los párpados sin resultado. Pesan como cortinas de guadamecí. Gritos del averno empujan los muros de su cabeza de fuera a dentro. Nota la vibración en sus sienes membranosas y siente flotar sus ojos en las órbitas como hielos en un vaso. Quien está sentado dentro de su cráneo busca alternativas. Viaja por el interior de su cuerpo hueco hasta alcanzar las puntas de los dedos. Lanza hacia los extremos descargas eléctricas y los patea, sin conseguir movimiento alguno. La lija caliente recorre su cara y se cuele por sus dientes y encías. Definitivamente, está atrapado en su cabeza y sólo le aguarda esperar la muerte. Escucha el tintineo de unas campanillas sumergidas en grasa. Pasos que se acercan, apretados y torpes. Alguien ha

descubierto su cuerpo y quizá pueda darle entierro. Por horrible que sea su agonía, al menos así no se lo comerán los perros. Una muerte consistente en mordeduras sucias en las falanges. Las arrancan de cuajo o las mastican *in situ*. Luego, las palmas de las manos. Las puntas de las lenguas limpian los espacios entre los gruesos tendones del pulgar. El crujir del radio como una mansa pirotecnia ósea. Los huesos astillados flotando en las fibras musculares que cuelgan. No hay dolor en ningún momento y todo se reduce a esperar, rabioso o paciente, a que las dentelladas alcancen los centros de poder. Si la muerte ha de llegar por una mordedura infecciosa o por un desgarró en los ventrículos, es algo que carece de importancia. Tan sólo cuenta la incapacidad para levantar el cuerpo y, aun con las manos medio comidas, destruir la orgía de perros y microbios. Algo le zarandea la cara. Quizá una mano. A continuación un golpe. El niño que está dentro del niño se agita, agarrado a la silla. En el seísmo interior, sin querer, activa algún mecanismo oculto y consigue que al chico se le abran los ojos. El rostro del cabrero, a un palmo del suyo, se interpone entre su cara y el sol como un eclipse de luna.

—¡Chico, chico! Despierta.

El perro le lamía una mano con la misma abrasividad con la que antes le humedecía el rostro y las encías. El aliento agrio del viejo quemaba sus ojos recién abiertos. Balbuceó mientras su mirada se hundía en el entrecejo del pastor hasta posarse sobre un grano sebáceo plantado como un hito fronterizo entre una ceja y otra. El hombre tenía la frente llena de gotas de sudor y algunas de ellas le cayeron sobre la nariz, rodando por su piel como lágrimas de otro. El viejo se retiró unos metros y buscó algo en uno de los serones que cargaba el burro. Volvió adonde estaba el niño y se arrodilló junto a él con una lata en la mano. No necesitó abrirle la boca porque el sol había tensado tanto su piel que ahora era un ojal de pellejo curtido. La clase de tirantez con la que un cochinito sale del horno. El pastor tuvo la precaución de verter el líquido posando el borde de la lata sobre la comisura de los labios, pero el perro, que merodeaba curioso, le despistó un momento y el viejo elevó la lata, haciendo que el agua cayera a plomo sobre la laringe del niño. El chico se atragantó y se incorporó como un Lázaro desquiciado. Su mirada, ausente,

se había quedado enredada en algún lugar de su pesadilla y, por un momento, pareció que no era humano. El pastor apartó el cacillo y se retiró a un lado como si temiera una explosión inminente. La luz del ocaso enrojecía los contornos de las cosas transformando lo real. El chico resquebrajó el aire con el grito de quien regresa por el túnel que conecta la vida con la muerte. El viejo asistió al lamento y, por suerte, fue el único que escuchó aquella voz rota clamando en el desierto.

Entre sorbo y sorbo de agua, con la noche ya cerrando, el viejo anduvo merodeando por el lugar y al rato regresó con un ramillete de hierbas y un panal abandonado. Formó un hogar con rocas y encendió fuego. Sobre una sartén ennegrecida vertió un chorro de aceite y frió hojas de llantén y de caléndula. Un extraño olor se sumó al coro de aromas que emanaban de los animales y del secarral anochecido. Trazas de regaliz, orégano y jara. Tierra seca. Recuerdos de la higuera cautiva. Excrementos y orines de las cabras, queso agrio y alguna bosta fresca del burro a pocos metros, con su pestilencia húmeda y tibia. Sobre el refrito caliente de hojas, el viejo fue rompiendo trozos de la cera del panal y, cuando lo hubo mezclado todo, empapó con el mejunje jirones de tela sucia. El chico, tumbado junto a la palmera, dejó que el viejo le envolviera la cabeza con su remedio sin rechistar, en parte por debilidad y en parte por necesidad.

Cuando el viejo hubo terminado la cura, extendió su manta a unos pasos de donde estaba el muchacho y le indicó que se tumbara encima de ella. El niño se levantó y caminó tambaleándose como un junco en cuya punta se hubiera posado un tordo bien alimentado. El viejo había dispuesto como almohada la albarda de centeno. El chico apoyó con cuidado la cabeza en el aparejo y se acomodó sobre la lana raída lo mejor que pudo. Desde allí, recorrió la Vía Láctea de un extremo a otro mientras escuchaba al viejo ir y venir y a las cabras moverse por los alrededores. La franja refulgente y pacífica. Identificó las constelaciones que conocía y, una vez más, proyectó el lado del Carro que terminaba en la Estrella Polar. Se preguntó si volvería a caminar en su dirección cuando se recuperara. Notó la rigidez de los emplastos del cabrero enfriados sobre su rostro, una máscara en la que el viejo sólo había abierto huecos en los ojos y en la boca. La humedad cerosa

de la tela no terminaba de transferirse a su piel, que todavía le tiraba. Pensó en aquel revés que, a la primera de cambio, le había derribado hasta dejarlo postrado sobre la manta de un pastor anciano.

Aromas de pan sobrevolaron su rostro y notó cómo su boca salivaba. Buscó el origen del olor y vio al pastor apagar a pisotones la pequeña fogata, y cómo después esparcía tierra suelta por encima hasta ahogar las brasas. Luego el viejo caminó hacia donde él estaba y se quedó parado a sus pies. En medio de la noche, parecía dudar de si el niño estaría despierto o dormido. Con la punta de su bota meneó la pierna del muchacho y, antes de que éste se moviera, le habló.

—A comer.

—Sí, señor.

—No me llames señor.

Cuando el chico llegó adonde había estado la hoguera, el viejo ya estaba comiendo. Empapaba trozos de pan ácimo en un recipiente con vino. Sobre una piedra situada al otro lado de las cenizas, había un cuenco de madera de olivo del que se levantaban hebras de vapor. El niño miró al viejo como si le pidiera permiso para entrar en su casa y éste señaló con el mentón el cuenco de leche recién ordeñada. El chico se sentó en la piedra y se acercó el tazón a los labios. Parte de la leche corrió por los pliegues cerosos del emplasto. El niño notó como, por fin, la tensión de su boca cedía ligeramente y era capaz de acomodar los labios a la forma del recipiente. Durante un rato se limitó a tomar la leche a pequeños sorbos mientras estudiaba la figura del viejo al otro lado. Lo miraba de soslayo para poder retirarse si el hombre le sorprendía, pero el pastor estaba ensimismado en su cena y no le prestaba atención. En un momento, el chico vio sobre la sartén la mitad de la torta de pan que el cabrero había cocinado. Pensó que el viejo la había dejado allí para él, pero no se atrevía a levantarse y cogerla. Hizo ademán de incorporarse, pero retrocedió de inmediato, presa de la vergüenza o del miedo.

—Cómete la torta.

El chico ablandó los trozos en su leche tibia tal y como había visto hacerlo al pastor. Le costaba masticar y tragar pero, en esas circunstancias, el hambre venció al dolor, como habría de ser ya para siempre. Mientras

rebañaba su cuenco, pensó que era la primera vez que tomaba algo caliente desde que había salido de su casa dos noches atrás y que también era la primera vez en su vida que comía en compañía de un desconocido. Allí, con el cuenco entre las manos, se dio cuenta de que no había previsto contingencias tan básicas como la falta de alimentos o las verdaderas condiciones de vida que imponía un llano como aquél. En sus cálculos tampoco entraba la idea de tener que pedir ayuda a alguien y, mucho menos, hacerlo tan pronto. En realidad, no había preparado su marcha. Simplemente, un día, una gota derramó un caldero. A partir de ese momento, brotó en él la idea de la fuga como una ilusión necesaria para poder soportar el infierno de silencio en el que vivía. Una idea que se empezó a formar en su mente en cuanto su cerebro estuvo listo para albergarla y que ya no le abandonó nunca más. Salvo el morral y la precaución de escapar en una noche sin luna, no había hecho ningún otro preparativo ni cálculo. En todo caso confiaba en sus conocimientos para abrirse paso con mayor soltura. Al fin y al cabo, él era tan hijo de aquella tierra como las perdices y los olivos. En las noches previas a la marcha, mientras su hermano dormía a su lado, se imaginaba tendiéndoles trampas a los conejos en las bocas de sus madrigueras o cazando codornices con su tirachinas. Había aprendido a tratar a los hurones y a prepararlos para el acecho. Desde que tenía uso de razón había acompañado a su padre a cazar conejos con ellos. Llegaban a un talud o a un camino hundido en el que hubiera madrigueras y cubrían todas las salidas con redes. Las ponían clavando a los lados de los agujeros sendas estacas de madera. Entonces colaban al hurón por debajo de una de ellas y esperaban. A los pocos segundos el bicho llegaba al recodo donde estuviera escondido el conejo, le mordía y éste salía disparado por cualquiera de las bocas de la madriguera. El animal se topaba con la red y cuando, en su huida, tiraba de ella, los extremos atados a las estacas encerraban al animal en una bolsa.

Luego, a la luz de un fuego como el que había encendido el cabrero, espetaría sus presas y las asaría bajo las estrellas y la amable brisa de la noche. No había pensado en el agua que necesitaría, ni en dónde encontrarla. Sencillamente, no había previsto un itinerario. Su mapa mental terminaba en los confines de la franja de olivar situada al norte del pueblo. Más allá no

conocía nada. Había imaginado que, tras las colinas, habría infinitos olivares y que podría ir de tronco en tronco, de sombra en sombra, hasta encontrar algún lugar más propicio para vivir. Tras el último olivo, sin embargo, le estremeció la llanura en medio de la que ahora se encontraba. No sabía cuánto se había alejado del pueblo exactamente y los únicos que podrían haberle informado de ello, o le estaban persiguiendo o, como el viejo, casi no hablaban.

El pastor terminó su cena mordiendo una cuña de queso correoso y, cuando acabó con ella, se levantó y caminó hasta donde estaba el chico. Delante de él cortó otra cuña de queso y se la acercó sin mirarle. El niño alargó el brazo y se llevó el triángulo a la boca. El viejo se dio la vuelta y, rodeando la hoguera extinguida, estiró la gualdrapa del burro sobre el suelo. Del zurrón sacó unas tiras amarillentas de bacalao. Les quitó la sal más gruesa con la mano y las metió en un cuenco, que relleno de agua. Después, como si estuviera solo en el mundo, se tiró varios pedos y se dispuso a acostarse. El chico observó la dificultad del pastor para agacharse y todos los movimientos que realizó en el suelo para acomodar su cuerpo huesudo entre los guijarros.

El chico se quedó sentado sobre la piedra mucho tiempo después de haber terminado su cena. Parecía como si, de nuevo, hubiera entrado en una casa cargada de normas y necesitara algún tipo de permiso o de orden para poder irse a acostar. Al otro lado de la hoguera, los ronquidos del viejo se mezclaban con el canto de las cigarras y los grillos. La brisa balanceaba las hojas de la palmera muchos metros por encima del suelo y el chico las miró bailar sobre el acúmulo de ramas muertas que pendían del tronco. Recorrió el lugar con la mirada y levantó un dedo para buscar una brisa que no encontró. Pensó que a la altura a la que la copa de la palmera crecía, corría un aire más puro que el que circulaba a ras de suelo y que algo habría hecho la palmera para merecer ese aire balsámico. Se palpó la máscara cerosa y sintió la piel de su cara súbitamente reblandecida y caliente. Algo habría hecho él para merecer sus quemaduras, su hambre y a su familia. «Algo malo», le recordaba el padre a cada instante.

Lo despertó el perro, buscándole el cuello con su hocico húmedo, cuando

empezaba a amanecer. El emplasto se le había soltado durante la noche y ahora era un montón apestoso junto a su cabeza. Se palpó la cara y notó un par de ampollas en los pómulos. La piel ya no le tiraba tanto como el día anterior, pero seguía notándola dura. El cabrero estaba sentado en el mismo lugar en el que había cenado, mordiendo un trozo de bacalao del que goteaba un líquido blanquecino. Atacaba la bota de vino con buches largos. El niño se incorporó hasta quedarse sentado sobre la manta y buscó la mirada del cabrero, pero éste no le prestó atención. A su lado, el cuenco que vació la noche anterior volvía a estar lleno de gachas con leche recién ordeñada. Tomó el tazón en sus manos y notó la tibieza de la madera. Buscó de nuevo los ojos del pastor y, aunque sabía que no le iba a mirar, levantó el alimento hacia él en señal de gratitud.

Durante el desayuno asistió, por vez primera, al aparejo del burro. Una liturgia que él mismo habría de reproducir el resto de su vida y que, con el tiempo, pasaría a formar parte de un ritual mayor: el del oficio y el tránsito.

El viejo agarró al burro por la cabezada y tiró de ella hasta que el asno se puso de pie. Sin destrabarlo, colocó sobre su lomo un albardón largo de lona armada. Encima dispuso un ropón de arpillera raída y luego una albarda de centeno cuyo ataharre el viejo pasó por debajo de la cola. Antes de cargar al animal, redistribuyó el relleno de paja, que con el trasiego se había acumulado en las partes bajas del aparejo. Lo aseguró todo con una cincha de esparto gruesa que apretó bajo la panza de la bestia. Encima de la albarda extendió el mandil, lo que hizo al chico recordar el momento de la misa en el que el cura volvía al altar después de haber dado la comunión. Con la ayuda del monaguillo, iba apilando sobre el cáliz el corporal, la patena, el purificador y la llave del sagrario.

Por último, el viejo cruzó sobre el mandil cuatro aguaderas de esparto unidas entre sí, acomodando dos en cada flanco. El burro, que hasta el momento se había mostrado tranquilo, hizo ademán de iniciar la marcha. El viejo le acarició la frente y le metió los dedos por el tupé que asomaba entre las orejas y el asno volvió a la calma.

El pastor repartió la carga entre las cuatro aguaderas y cuando todas sus pertenencias estuvieron dentro, contempló el conjunto y resopló. Recolocó

algunos objetos pequeños, afianzó el trébede y la sartén y, entonces sí, le quitó al animal la traba de sogas que le unía las manos.

El perro correteaba de un lado a otro apretujando las cabras contra el culo del asno que de vez en cuando coceaba para apartarlas. El viejo repasó con la mirada el campamento y luego contó sus animales señalándolos uno por uno con el dedo. Se acomodó el sombrero y extendió una mano hacia el chico.

—La manta.

El niño se levantó al instante, recogió la manta del suelo y estiró un brazo para acercársela. El viejo la recibió y con ella cubrió el contenido de los serones. Silbó al perro y, como la última vez que se vieron, el animal corrió hacia las cabras más apartadas y las atosigó para que se juntaran. El chico se preguntó si habría de repetirse para él un día como el anterior: desayuno al amanecer, camino e insolación. El viejo agarró el ronzal y le pegó un par de tirones. El asno comenzó a avanzar detrás del pastor bamboleando la carga y el resto de la comitiva les siguió. El niño se quedó donde estaba, viendo pasar el rebaño por delante de él y cómo se alejaba despacio con su algarabía de balidos y cencerros templados en todos los tonos posibles. El viejo y el burro por delante, el perro enloquecido y luego las cabras, dejando tras de sí una estela de cagadas como la cola de un cometa. Cuando habían recorrido veinte metros, el viejo se detuvo y se volvió hacia donde se había quedado el niño.

—No te voy a esperar toda la vida.

4

Caminaron un par de horas sobre baldíos, con el chico, tal y como le había ordenado el viejo, siempre pegado al burro. Se detuvieron en un campo abandonado donde todavía quedaban restos de la última siega. Las cabras se dispersaron y comenzaron a repasar los tallos ralos con las cabezas cerca del suelo. El niño, que se había cubierto la cabeza con la camisa, observó la escena a la sombra del burro. El viejo, de pie, giró sobre sí hasta barrer el inmenso espacio que los rodeaba. Con la palma de la mano haciéndole visera, se entretuvo un rato mirando hacia el sur. Luego, sacó del zurrón su tabaquera y se lió un cigarrillo. Cuando lo terminó, miró hacia el cielo limpio y lo repasó de lado a lado. Se quitó el sombrero para airearse la cabeza, silbó al perro y reemprendieron la marcha.

Se desplazaban sobre el suelo pedregoso a un ritmo tan lento que ni tan siquiera levantaban polvo. Allí por donde pasaban, los restos de surcos y eras les hablaban de desolación. Besanas lavadas sobre las que ondulaba una costra de barro cocido que sólo el asno cargado hundía. Huertas viejas como tablas de lavar y pedernales desprendidos de los trillos con sus bordes afilados y su aspecto ceroso. Llegó un momento en el que el sol estaba tan alto que el burro ya no protegía con su sombra al chico que, a cada rato, manipulaba su camisa para intentar que le cubriera al mismo tiempo la cabeza y la espalda. De vez en cuando miraba al anciano para hacerle entender su agobio, pero el hombre, inmune al calor, seguía trazando el rumbo como si anduvieran por la ribera de un lago de montaña. En una ocasión, el muchacho

se retrasó para recolocarse el turbante. El perro se quedó junto a él, agitando el rabo y correteando a su alrededor como si el acompañante de su amo fuera su juguete nuevo. Para acomodarse la tela, el niño hacía ademanes exagerados y bufaba de fastidio como si así la camisa se pudiera estirar o el viejo fuera a encontrar, en medio de la nada, un bosque de hayas. Lo máximo que consiguió fue que el pastor se detuviera, pero no para esperarle, sino para fingir que vertía agua de una garrafa vacía. Entonces el niño, viendo en la distancia cómo el hombre se llevaba el cacillo a la boca, dejó de arreglar la tela que lo cubría y apretó el paso para alcanzarlo antes de que terminara con todo el líquido. Cuando llegó, con la camisa cayéndole desde la cabeza de cualquier manera, el viejo estaba poniéndole el corcho a la garrafa. Silbó y continuaron la marcha.

Finalmente, cuando el sol ya era insoportable, pararon. Dos alisos exhaustos agitaban hojitas lacias a unos metros de un carrizal, en la orilla de lo que debió de ser una charca. Por un lado, una hilera de fronda pálida crecida a lo largo de un surco se alejaba del mazo principal como una púa sobre el llano. Por el otro lado, sobre el lecho seco y quebrado de la laguna, se dibujaban líneas como isóbaras formadas por restos vegetales. Testigos de los últimos estertores de la charca. Rastros deshidratados de suciedad que las olas habían alineado y que la evaporación había terminado por posar sobre el fondo. La brisa caliente del mediodía hacía rozar los juncos entre sí, esparciendo por los alrededores ecos de frágiles cascabeles de madera. Ásperas melenas agitándose como banderas de oración, pero sin caballos briosos, ni joyas, ni mantras. Reclamos tendidos al cielo que, en lugar de esparcir bendiciones, parecían convocar al sol para inmolarse con la ayuda de un cristal o de un rayo.

El pastor llevó al burro hasta los alisos y allí comenzó a descargarlo. El niño lo observó ausente, como si aquello no fuera con él, enajenado por la sed o por encontrarse, de repente, en una parada con la que ya no contaba. Tenía las pústulas de la cara enrojecidas. El viejo se volvió hacia él con las manos quietas sobre el cintero. El muchacho, cargado de polvo, permanecía petrificado.

—Chico.

La voz del pastor lo sacó de la sima en que se hallaba y, de manera inconsciente, giró su cabeza hacia el hombre. Allí encontró al viejo detenido en su maniobra, mirándole a la cara por primera vez. Tenía los ojos retranqueados, protegidos de la luz por dos arcadas huesudas que ensombrecían sus córneas lechosas. La mirada del anciano lo penetró y, en ese instante, se recondujo la forma en la que se habían relacionado hasta el momento, del mismo modo que un cirujano reduce una fractura con una maniobra decidida y precisa.

—Chico.

A la segunda voz, el niño se activó y acudió en su ayuda. Fue cogiendo los trastos que el viejo le pasaba y los fue colocando bajo los árboles. Cuando terminaron de liberar al asno, el hombre agarró una de las garrafas y se adentró en el carrizal abriéndose paso con las manos. El chico lo vio desaparecer entre los juncos y las espadañas, y cómo las cabras se acercaban al camino abierto por el pastor. Descorchó la garrafa que había quedado en las aguaderas y la inclinó sobre la lata, pero de ella no salió ni una gota. El muchacho miró al lugar por el que se había marchado el cabrero y, apretando la lata entre las manos, lo maldijo.

Se sentó contra el tronco de uno de los árboles y recorrió el paraje con la mirada. Pensó en la *reguera*, el arroyo en el que el pueblo vertía sus aguas fecales. Recordó su pestilencia y también los mazos de anea, los ailantos y los grupos de cañas que crecían a su paso. Contempló el estado de aquel bosquecillo pálido como si de un fósil se tratara y luego se puso de pie y avanzó a lo largo del carrizal para inspeccionar sus contornos. El perro permaneció tumbado bajo la escuálida sombra de los alisos. Caminando sobre la lámina de agua huida, sintió el impulso de tirar de las perneras para evitar que se le mojaran los bajos. Un deseo de agua fresca y limpia del que no era del todo consciente, pero del que sí lo eran sus células, pues era otro el modo en que la realidad las impresionaba. Encontró restos de humedad al pie de un taray. Una multitud de pequeñas vías fluviales, como un delta en miniatura, que escapaban hacia la charca ausente. Una carrera más allá de la sombra de los juncos abortada por el sol y la tierra sedienta. Un esfuerzo inútil escrito en los suaves sedimentos arenosos.

Para cuando volvió al campamento, el pastor ya había organizado al ganado, que iba entrando por la vía que había abierto entre los arbustos. Dentro, las cabras agolpadas permanecían durante un momento con la cabeza hundida en el suelo y, cuando el viejo consideraba que tenían bastante, las espantaba golpeándolas en el lomo. Como si los animales formaran un cardumen, el hueco que dejaban los que salían era inmediatamente ocupado por otros. Cuando el pastor vio llegar al chico, señaló con el dedo al aliso en el que pacía el burro. Junto al tronco descansaban las dos garrafas. El muchacho se acercó al lugar y las meneó. Luego descorchó una, llenó la lata y bebió. El agua le supo limosa. Notó cómo tragaba sedimentos y cómo le rechinaban los dientes, pero no le importó.

Comieron con la espalda apoyada en los alisos, rodeados por las cabras, el burro y el perro, que se apretujaban bajo los árboles como si más allá de la sombra hubiese un abismo. Cuando terminaron, el viejo se levantó y se alejó unos metros para orinar de espaldas al campamento. A la vuelta, se desvió unos metros y el niño, desde la sombra, vio como se agachaba y revolvía algo en el suelo. Pensó que se ataba una bota. El viejo regresó a los árboles con una hoja de aloe en la mano. Se sentó donde había comido y, con un cuchillo sin mango, peló su parte más ancha y se la entregó al chico para que se untara con ella las quemaduras de la cara.

Pasaron la siesta bajo las copas de los árboles. El chico embadurnándose las quemaduras con la pulpa transparente, y el pastor tallando un gancho de madera con el que rematar una cincha para el burro. Más tarde, cuando el sol perdió algo de fuerza, el viejo cogió una hoz y pidió al chico que le siguiera hasta un albardinar que había al otro lado de la charca. Antes de rodear el bosquecillo de juncos, el niño tuvo un presentimiento y se detuvo. Cuando el viejo llegó adonde estaban las plantas, se giró esperando encontrar al niño a su espalda. Con la mano de la hoz le hizo un gesto para que se acercara. El muchacho, en la distancia, negó con la cabeza. Entonces el hombre le voceó.

—Atiende.

El viejo se agachó frente a una mata y de un par de golpes segó un penacho de fibras. Lo levantó para que el niño lo viera y luego lo dejó a sus pies junto con la hoz. El pastor volvió hacia el campamento y, cuando se

cruzó con el muchacho, le dijo que le llevara ocho o diez haces a los alisos. El muchacho se giró para ver cómo el viejo se alejaba hasta desaparecer por detrás del mazo de espadañas. Caminó hasta donde estaba la hoz y durante un momento contempló el campo que se extendía ante él. Los grupos de plantas reunidos como islas y los caminos guijarrosos entre ellos. Recorrió las veredas buscando los arbustos más crecidos y, cuando encontró lo que quería, comenzó a segar. No le había dicho nada al cabrero cuando éste le había mostrado cómo cortar la hierba, pero ése era un trabajo que sabía hacer porque era él quien limpiaba los alrededores de su casa.

Con la tarde claudicando, el niño dio por terminada su faena. Agrupó todo el material en haces y los empezó a transportar hasta la sombra. Dejó el primer hatillo junto al pastor y se fue a por más. El hombre, que ordeñaba una cabra rubia, detuvo sus manos sobre las ubres, pero al momento continuó con lo que estaba haciendo. Ningún reconocimiento, ninguna recompensa. La ley del llano.

Cenaron leche con pan y, después, el chico estuvo un rato untándose aloe en la cara. Se quedó dormido viendo como el cabrero convertía en cuerdas las hierbas que él había segado por la tarde. No tuvo tiempo de escuchar el ruido de cascos que, a lo lejos, atravesaba la planicie oscura. Tampoco vio cómo temblaba la mano del pastor, asustado por el estruendo repentino que hendía el secarral con una espada rocosa. Lo único que sintió, llegado el momento, fue la bota del viejo empujándole el costado y su voz ordenándole que se levantara.

Se incorporó, creyendo que estaba a punto de amanecer y que el cabrero le tendría preparado su desayuno. Buscó el tazón a su alrededor, pero lo único que quedaba ya en el suelo era la manta sobre la que había dormido. El resto de los enseres, incluidos los haces de albardín, estaban cargados sobre el asno.

—Coge la manta. Nos vamos.

La luna creciente todavía era una tajada estrecha amarilleando sobre el horizonte. El viejo tiraba del ronzal con paso decidido, arrastrando tras de sí al rebaño. El perro entraba y salía de la noche reconduciendo a las cabras despistadas. El chico, agarrado a la retranca del burro, tropezaba a cada paso.

Al dejar la charca en plena noche, el niño había pensado que partían antes del alba para evitar el aplastante sol del día. A juzgar por el itinerario seguido en las jornadas previas, el chico suponía que el viejo conocía bien aquellas tierras y que, de nuevo, volverían a detenerse al mediodía en algún soto o en una ribera. Pero a medida que pasaba el tiempo y que, ni la noche abría, ni el ritmo decrecía, entendió que no se dirigían en busca de pastos.

Al alba se detuvieron al pie de una loma calcinada, sobre cuya cima el horizonte desaparecía. El pastor soltó el ronzal y se adelantó unos metros. Caminó hacia un lado y luego hacia el otro, subiendo y bajando la cabeza como si buscara algo entre las sombras del paraje. Se restregó la cara con las manos y se masajeó los párpados con las puntas de los dedos mientras resoplaba. Cerró los ojos y elevó el rostro hacia el cielo para aspirar la mínima brisa que resbalaba por la ladera. Recorrió con la nariz la puerta invisible que se abría frente a él, hasta encontrar, entre todos los olores del amanecer, el hilo que los había llevado hasta allí.

Entretanto, el chico, viendo que la parada se alargaba, se sentó en el suelo a descansar. Sintió el peso de su cuerpo buscando la tierra. Se habría echado a dormir allí mismo, sobre la arcilla quemada, pero un soplo de brisa pestilente lo espabiló. Se puso de pie justo en el momento en que el pastor volvía con paso decidido. El viejo miró hacia atrás, le dio un repaso al rebaño y reemprendieron la marcha. Ascendieron la pendiente sorteando cepas malogradas mucho tiempo atrás. Los sarmientos bravios cruzándose unos sobre otros tejían sobre la viña una red de curvas fósiles.

Cuando llegaron a la parte más alta, el horizonte reapareció. Frente a ellos, la meseta se hundía formando una vaguada de la que emergía, amplificadas, la misma peste que habían percibido al pie de la loma. El niño trató de identificar el origen del hedor, pero a aquella hora todavía no había luz suficiente como para distinguir las formas coralinas del osario que se extendía bajo ellos.

Descendieron por una vereda estrecha conteniendo al burro, que perdía apoyo a cada paso. Las cabras, cada una por su lado, bajaban haciendo que se desprendieran lajas de pizarra. Hachas que se deslizaban sobre hachas, hasta llegar al fondo de la sima donde algunas de ellas fracturaban costillas

prístinas. Huesos en todas las etapas posibles de degradación. Sedimentos de polvo cálcico, hileras de vértebras vacunas, poderosas pelvis. Arcos costillares y cornamentas. Una res sin ojos a la que todavía le aguantaba el pellejo. Un saco hediondo en medio del día que despuntaba. El faro de su descanso.

Se instalaron a cierta distancia del buey podrido, bajo la sombra arqueada de un espino. Las cabras se diseminaron entre los huesos en busca de alimento y allí sólo quedaron el burro, el perro y ellos dos como si fueran las figuras de un portal de Belén. Desayunaron trozos de torta empapados en vino y se tumbaron a descansar. El muchacho se quedó dormido casi al instante, en medio de una sensación de músculos mezclándose dentro de su cuerpo. La noche en vela, el sopor del vino, las manos sucias y aquella olla amurallada y maloliente como últimos pensamientos antes de la inconsciencia.

Cuando despertó, el viejo no estaba a su lado. Salió de la covacha y vio al pastor de rodillas en el borde más alto del cráter. Miraba hacia el sur haciéndose visera con las dos manos, como si portara unos anteojos. Lo vio bajar por el canchal medio agachado, medio arrastrando el culo sobre las piedras para no resbalar. Algunas cabras se habían echado a la sombra y otras, aprovechando que no había nadie en el espino, se alzaban a dos patas hasta alcanzar las puntas más altas del arbusto.

Estiró las piernas por los alrededores de la sombra y comprobó que, durante su sueño, el viejo había trenzado la mayor parte del albardín. Se agachó para apreciar la consistencia de los cordeles y se preguntó para qué querría el viejo todo aquello. El pastor regresó de su ronda y, sin decir palabra, se metió bajo el espino para continuar con su trabajo. El muchacho le dijo que iba a dar una vuelta.

—No salgas del muladar.

—Descuide.

Nunca antes había estado en un lugar así. Los cráneos alargados se repartían por toda la olla. Huesos fracturados y huecos como cañahejas quemadas y un pavimento de muelas desgastadas por la insistencia rumiante. Vio al macho cabrío rebuscando comida junto a la res muerta y se dirigió

hacia allí. Cuando llegó, el macho se movió y golpeó el cuerpo del buey con los cuernos, haciendo que una rata saliera del interior del cadáver. El animal se detuvo bajo la pelvis, olisqueó nervioso el aire y volvió a meterse en el comedero. A su vuelta al campamento, le contó al viejo lo que había visto. El hombre dejó lo que estaba haciendo, se levantó y, cogiendo un palo y una manta, se dirigió a donde el buey se descomponía. El niño le siguió hasta que se detuvieron a unos metros del cadáver. Durante un rato, permanecieron agachados y en silencio, observando los movimientos de la piel. Un cuervo se posó en el costado de la bestia. El pellejo se ondulaba sobre las costillas como el casco reblandecido de un barco. La res había sido vaciada de su contenido y ahora era sólo un disfraz hueco con una sola abertura en la zona genital. El pastor se levantó y describió un arco silencioso hasta alcanzar la cabeza del animal. El cuervo salió volando. El niño vio cómo se tapaba la boca y la nariz, embozándose la cara con el brazo. Avanzó a lo largo del lomo tendido y cuando llegó a la cadera de la bestia, tapó la abertura del pellejo con la manta. Luego golpeó las costillas con la bota y al momento la rata salió corriendo de su cueva enredándose en la trampa. El viejo apaleó la lana hasta que el bicho dejó de moverse.

A última hora de la tarde, el cabrero había terminado de tejer la red de albardín. Buscó cuatro ramas gruesas, las limpió y, con ellas y la red, montó un pequeño cercado. Con la ayuda del perro reunieron al rebaño y lo metieron en el redil. Con todas dentro, les fueron dando de beber una por una vaciando agua en la escudilla. Cuando terminaron, tan sólo les quedaba un tercio de una de las garrafas. El muchacho le preguntó al viejo por el asunto y el viejo le dijo que no se preocupara. Que esa noche beberían leche y que al día siguiente partirían en busca de un nuevo manantial.

Después, el pastor se buscó un asiento y lo dejó junto a la única esquina del cercado que podía abrirse. Fijó el cubo al suelo con los rejonés y se volvió al chico.

—Vas a ayudarme a dar portillo.

—Nunca lo he hecho.

—Te pones en la puerta del redil y vas sacando las cabras de una en una cuando yo te diga.

Terminaron el ordeño en pocos minutos y al chico le sorprendió la poca leche que habían dado entre todas. El viejo le explicó que en aquella época del año, entre el calor, la escasez de agua y el alimento seco, los animales se volvían rácanos.

Cuando se hizo de noche, el viejo desolló la rata, la abrió con una cruceta de palos y encendió una pequeña lumbre. El niño no quiso probarla y el pastor la compartió con el perro. Quedaban almendras y pasas en un serijo, pero ni el viejo las ofreció ni el muchacho las pidió.

5

El viejo despertó al muchacho en mitad de la noche. Salieron del muladar por la misma vereda por la que habían entrado y, cuando estuvieron fuera, lo rodearon y se dirigieron hacia el norte. A diferencia del día anterior, el chico se sentía descansado y algo más tranquilo en lo que a su destino se refería. Cruzaban la llanura bajo una luna que todavía no aclaraba el suelo que pisaban. El muchacho, agarrado a los arreos del burro, sentía el balanceo del animal como una letanía tan monótona como el territorio que atravesaban. Negro en las alturas, en el horizonte y en los eriales. Guiado por el viejo y sostenido por el asno, se abandonó a los recuerdos del lugar del que procedía. Su pueblo, levantado sobre el fondo de una rambla chata por la que en algún momento corrió el agua, pero que ahora sólo era un largo socavón en medio de un llano interminable. La mayor parte de las casas, muchas de ellas vacías, concentradas en torno a la iglesia y al palacio medieval. Luego, como un cinturón de asteroides, una miríada de construcciones por los alrededores como vestigios de las huertas que en su día alimentaron al pueblo. En las calles, tapias de ripios encalados con tejadillos a dos aguas. Las ventanas con rejas forjadas a martillazos y, colgando de las puertas, cortinas que ocultaban las hojas de chapa. Los portones de los corrales, cerrados a cal y canto, custodiando carros de madera y aperos de trilla. Hubo un tiempo en que el llano era un mar de cereales. En los días ventosos de primavera, las espigas se revolvían igual que la superficie del océano. Olas verdes y fragantes a la espera del sol del verano. El mismo que ahora hacía fermentar la arcilla y la

rompía hasta convertirla en polvo.

Recordó la franja de olivos que se extendía sobre la ladera norte del viejo cauce. La misma en la que él había encontrado refugio. Un ejército inveterado y leñoso que tiznaba el paisaje con los tonos del cuero. A menudo cada copa estaba sustentada por dos o tres troncos retorcidos que salían de la tierra como los dedos florecidos de un viejo. Era extraño ver un olivo con una forma plenamente arbórea. En cambio, abundaban los troncos nudosos, las grietas secas por las que algún día penetró el agua hasta congelarse y hacer reventar la madera. Hatajo de soldados de vuelta del frente. Heridos, pero en marcha. En una marcha que duraba ya tanto que nadie podría dar fe del avance. No eran testigos del paso del tiempo, sino que era el tiempo quien les debía a ellos su naturaleza.

Recorrió mentalmente la vía férrea que atravesaba el pueblo de este a oeste siguiendo el eje del antiguo valle. Entraba elevada sobre terraplenes de zahorra y balasto y se marchaba por el otro extremo como un tijeretazo. A un lado quedaba el pueblo propiamente dicho, con la iglesia, el ayuntamiento, el cuartel y el palacio. Al otro, una colonia de casas bajas en torno a una fábrica de vinagre abandonada. Las bóvedas de algunas de sus naves estaban hundidas y un tanque corroído dejaba escapar una pestilencia que se dosificaba día a día como una maldición interminable. Las horas pasadas en el muladar le parecieron agradables en comparación con la atmósfera invisible que aquel lugar generaba. A la altura de la fábrica, las vías se bifurcaban hasta convertirse en tres líneas que ensanchaban la franja férrea. A un lado estaba el edificio de la estación con sus voladizos de hierro remachado y los cristales rotos. En el centro había un andén como una larga isla con media docena de farolas de gas de aspecto endeble. Luego, un embarcadero de ganado hecho de ladrillo y dos galpones con las puertas atravesadas por tablones clavados. Al fondo, sobre la última vía, se elevaba un silo de grano de un color amarillo pálido coronado por un rótulo rojo en el que se leía la palabra «ELECTRA». Un edificio fuera de la escala general, desmesurado y poderoso, desde cuya azotea se divisaban las lejanas montañas del norte que ponían fin a la meseta. Una mole cuya sombra era de una intensidad dolorosa.

Su familia vivía en una de las pocas casas de piedra que había en el pueblo. La había levantado la compañía de ferrocarriles al final de la estación, justo donde la vía era atravesada por el camino que llevaba a los campos y las eras del sur. La casa del guardagujas, la llamaban todos. En las tardes de verano, la sombra del silo cubría por completo el tejado y parte del patio que la rodeaba: un espacio de tierra apisonada en el que deambulaban una docena de gallinas y tres lechones. Salvo el alguacil y el cura, nadie más tenía animales en el pueblo.

Antes de la sequía, el padre atendía la barrera y se encargaba de asistir al jefe de estación en los cambios de vías. Cuatro veces al día accionaba el mecanismo que hacía bajar el madero al tiempo que tañía una campana de mano. Algunos camiones paraban sus motores y los conductores se bajaban y liaban sus cigarros mientras veían pasar lentamente los convoyes en dirección al mar. Eran tiempos en los que los mercancías llegaban vacíos y se marchaban cargados con la avena, el trigo y la cebada del silo. Luego llegó la sequía y las llanuras languidieron hasta morir. Dejó de crecer el grano y la compañía de ferrocarriles desguazó los vagones o los dejó varados. Cerraron la estación y destinaron al jefe a un puesto más al este. En un año se marcharon más de la mitad de las familias. Aguantaron los pocos que tenían pozos profundos, los que habían hecho dinero con el cereal y algunos que no tenían ni una cosa ni la otra, pero que se sometieron a las nuevas reglas de la tierra seca. Su familia no tenía pozo ni fortuna, pero se quedó.

Pararon a descansar junto a unos almendros viejos. La noche era calurosa y bebieron hasta casi terminar con la poca agua que les quedaba. A diferencia de la jornada anterior, al chico le pareció que esta vez el cabrero sabía adonde se dirigían. En un momento, se aproximaron a una cerca de alambre y la siguieron hasta que encontraron una brecha por la que pasaron al otro lado. Cruzaron por un sembrado yermo y salieron a un nuevo camino por el que avanzaron hacia el oeste. La pérdida repentina del norte hizo al chico pensar que su discurrir no tenía rumbo y que, el viejo, más que buscar pastos, sólo parecía interesado en deambular. En lo que a él respectaba, se alejaban del pueblo.

Con las primeras luces, vieron aparecer en el horizonte los restos de una

gran construcción. El terreno era ondulado y, a medida que avanzaban, la ruina emergía o se hundía entre los campos de cereal agostados. El último repecho fue mostrando poco a poco los detalles de lo que llevaban viendo largo rato. Un alto muro de piedra y argamasa coronado por una hilera mellada de almenas y separado del camino por un guijarral estéril. Una única pared que aguantaba en pie gracias a la torre circular a la que se encontraba adosada. Varias hileras de mechinales recorrían la construcción de lado a lado a diferentes alturas. Los restos de un castillo o de una fortificación medieval sobre cuyo torreón alguien había colocado la figura de Jesús, que bendecía la llanura con dos dedos unidos. De su nuca salían tres potencias de bronce. El niño reconoció la imagen y al momento dio forma en su mente a la leyenda del castillo que todos los niños del pueblo habían escuchado en alguna ocasión. Según el relato más común, había un lugar hacia el norte o el noroeste en el que se levantaba un castillo. En él vivía un hombre solo, protegido por una guardia temible. El hombre pasaba los días y las noches en lo alto de una muralla con la mano levantada, advirtiendo a los viajeros de que no se acercasen a su castillo. Había quien contaba que en realidad no hacía un gesto, sino que mostraba un arma. Se decía que de su cabeza brotaban rayos que barrían el llano en todas direcciones. También se hablaba de perros salvajes y de que la guardia capturaba niños que llevaba ante el hombre para que practicara con ellos las torturas más salvajes.

Descendieron por la suave pendiente que conducía al castillo y, antes de llegar, se detuvieron para estudiar su forma. La vereda continuaba un poco más allá hasta desembocar en un camino de sirga que corría paralelo a una vieja acequia elevada, cuyos pilares rotos se retorcían en el aire caliente que subía desde la tierra. Todavía se podía apreciar, junto a ellos, la larguísima hondonada por la que en su día navegaron barcazas cargadas de troncos y sacos de cereal. Salieron de la vereda y atravesaron el guijarral hasta llegar a un punto en el que la pared, de caer hacia ellos, no les aplastaría. La precaución o el miedo operando sobre el inconsciente. Durante un largo rato contemplaron el muro como si se encontraran ante una maravilla irrepetible. Un torreón circular a la izquierda, la pared y, al final, el horizonte del que provenían. Hacia el lado del torreón se apreciaba un arco de medio punto que

perfilaba una puerta tapiada. En la parte más alta del muro, sobre la clave de la puerta, colgaba intacto un matacán sustentado por tres ménsulas. Las cabras, por su parte, ocuparon el espacio libremente, guiadas tan sólo por la búsqueda de restos de hierba seca. Si el muro se venciera en ese momento, las mataría a casi todas. El chico se entretuvo examinando la escultura que identificó con la imagen del Sagrado Corazón de Jesús que había en la iglesia del pueblo. Sólo por un instante sintió ganas de volver allí y reunir a los niños en el patio de la escuela para contarles su descubrimiento. Sobre todo, para hablarles de que el terror no estaba subido en un castillo, sino que paseaba por las calles del pueblo entre explosiones y nubes de humo tóxicas.

Al cabo de un rato, el chico se giró hacia el viejo a la espera de que éste diera por terminada la contemplación para poder así descargar al burro y descansar. El hombre permaneció de pie con la mirada disuelta en la pared. El niño pensó que el pastor se había quedado dormido. Desde su menor altura, pudo ver los orificios alargados de la nariz del anciano y cómo brotaban de su negritud largos pelos blancos. La barba cana de cuatro días, la quijada de la que colgaba el pellejo de su cara ausente. Sintió deseos de tirarle de la manga y sacarle del lugar en el que estaba, pero ésa era una familiaridad que no le estaba permitida. Carraspeó, se rascó la nuca y fingió la inquietud de quien se orina, sin conseguir captar la atención del viejo.

—Señor.

El pastor se giró de inmediato, como si hubiera sido insultado, y sólo entonces comenzaron a caminar hacia el muro. Cuando llegaron, el viejo se dejó caer contra la pared y fue el niño quien descargó al burro. Fue sacando los enseres de las aguaderas y los fue dejando junto al viejo. Cuando terminó, desmontó los serones y fue metiendo de nuevo las pertenencias del pastor dentro de ellos. El viejo le pidió la albarda para usarla como respaldo. El muchacho trató de sacarla por el costado, pero la pieza estaba bien encajada en el lomo de la bestia y, por más que lo intentó, no consiguió bajarla. Buscó en los serones una trenza de albardín que había sobrado del redil y la ató a la retranca. Luego fijó el otro extremo a una piedra caída del castillo y tiró del ronzal. El animal se movió, y la albarda se deslizó por sus cachas hasta caer al suelo.

Le acercó la albarda al pastor y, observándole de cerca, al chico le pareció que estaba mucho más cansado que en los días previos y que su aspecto era el de un hombre enfermo. El viejo dijo que pararían en el castillo durante un par de días porque cerca había un pozo y también porque era el único lugar con sombra que encontrarían en muchos kilómetros y allí las cabras tenían comida. El niño miró a su alrededor, y hasta donde alcanzaba su vista, no vio otra cosa que guijarros y arcilla endurecida. Tan sólo algunos matojos de garbancillo resecos y restos de siega desperdigados como único alimento para los animales. El chico pensó que, hasta la fecha, no habían pasado ninguna jornada sin sombra y que, en lo que a la comida de las cabras se refería, aquél era uno de los sitios más pobres en los que habían estado. Se volvió al viejo y lo encontró tendido sobre las piedras, con la cabeza apoyada en la albarda y el sombrero sobre la cara. Pensó que estaba agotado de tanto camino y que, si paraban allí, era porque el hombre no podía con sus huesos. Se agachó y, agarrando las garrafas por sus cuellos, las meneó para calcular el agua que les quedaba.

A mediodía, el muchacho aparejó el burro con el albardón y los serones y luego cargó en ellos las garrafas y el cubo de ordeñar. Desde su lecho, el pastor le describió lo que encontraría, le indicó el camino con un dedo y, antes de que partiera, le prestó su sombrero de paja.

Aunque la alberca junto a la que estaba el pozo se veía desde el castillo, cuando llegaron, al niño le corrían goterones de sudor por la frente. Tal y como le había dicho el viejo, encontró el depósito redondo y, a unos metros de él, un brocal de ladrillo con un grueso arco de obra del que colgaba una rastra de pozo con cuatro puntas. Alguien había tirado palos a la sima que se cruzaban de lado a lado sin dejar hueco para meter el cubo en el agua. Con la ayuda de la rastra los fue izando hasta que abrió una ventana.

Pasó un par de horas subiendo agua hasta que las dos garrafas estuvieron llenas. Les puso los corchos y agarró la primera para cargarla en el burro pero no pudo con ella. Tuvo que vaciar la mitad del contenido de cada una y, aun así, le costó lo indecible meterlas en los serones.

Volvió al castillo al atardecer, reventado por el esfuerzo. El viejo estaba en el mismo sitio en el que lo había dejado horas antes. Descargó el agua,

liberó al asno y lo maneó, y cuando hubo terminado de dar de beber a las cabras, se sentó junto al viejo y allí se quedó, viendo cómo la luz cambiaba de textura a medida que el sol se ponía al otro lado de la pared. Sonaban aleteos de palomas que volvían al torreón a dormir.

Cenaron almendras rancias y pasas a la luz de la media luna creciente y al acabar, el chico recogió las cosas y luego despejó de piedras un trozo de tierra a un par de metros de donde yacía el viejo. En su limpieza encontró un cráneo de liebre, ligero y sonriente. Lo sostuvo entre sus manos y repasó sus complejas formas con las yemas de los dedos. Imaginó la cabeza contra un pequeño plafón ovalado de madera oscura, como si fuera un trofeo de caza enano. Una chapa de metal dorado bajo el cuello mostraría el nombre del cazador y la fecha en la que abatió a la pieza. Dejó el cráneo a un lado, enrolló el ropón y se lo puso bajo la cabeza. Estaba tan cansado que incluso los olores del burro que exudaba la almohada que acababa de fabricarse, le parecieron agradables. Le dio al viejo las buenas noches y, como era habitual, no recibió respuesta. Tumbado, repasó el firmamento en busca de las constelaciones que conocía, y cuando hubo terminado, dirigió su mirada a la luna creciente. El resplandor lechoso le hirió las retinas. Cerró los ojos y dentro de ellos vio persistir el fogonazo en forma de arco. Le vino a la mente el cráneo que había encontrado mientras preparaba su cama. Por los lienzos húmedos de sus párpados desfilaron recuerdos de la galería de trofeos que el alguacil tenía en su casa. Recordó la primera vez que entró en aquel lugar. Lo acompañaba su padre. El olor acre de la madera y los chirridos de las largas tablas de un tipo de suelo que no había visto en ningún otro sitio. Los dos esperando en el recibidor sombrío, con el padre retorciendo el gorro contra el pecho. El artesonado oscuro y la larga sala repleta de cabezas de muflones, venados y toros.

—¿Es éste tu chico?

—Sí, señor.

—Es un niño hermoso.

El recuerdo de la voz del alguacil le rajó los ojos y sintió que era sangre lo que comenzaba a brotar por las rendijas infladas de sus párpados. Se mordió los labios con la cara plana contra el cielo y notó una corriente oleosa

que penetraba por los lagrimales y comenzaba a colapsarle la nariz. Sorbió los mocos para despejar los conductos y el ruido que hizo le puso alerta porque temía que le oyera el cabrero.

—No temas. Aquí no te va a pasar nada.

La voz del viejo brotando de la mismísima tierra, abriéndose camino entre las capas rocosas para reventar el hongo maloliente en el que vivían. El chico se quedó mudo, con el cuello tenso. Luego oyeron cigarras en algún lugar y el niño comenzó a sorberse los mocos y a tragárselos hasta que sintió cómo el aire penetraba puro por sus orificios. Se secó los ojos, se puso las manos juntas bajo la cara y un rato después se quedó dormido.

A pesar de haberse echado a un par de metros del pastor, a la mañana siguiente el chico se despertó pegado al cuerpo quieto del viejo. La ininterrumpida claridad del llano le abrió los ojos y lo primero que sintió fue el apestoso halo de podredumbre que rodeaba al hombre, tan intenso como el suyo propio, pero menos conocido. Aleteó los párpados para intentar despejarse y reptó hacia el lugar en el que se había acostado, con la esperanza de que el pastor estuviera dormido. El viejo, tumbado en la misma posición en la que había estado desde que habían terminado de cenar la noche anterior, giró su cabeza sobre la albarda y le pidió al chico que le acercara una cabra. El muchacho se sintió avergonzado al darse cuenta de que el viejo se había despertado antes que él, y no supo cómo interpretar el hecho de que sus cuerpos hubieran estado unidos sin que el cabrero se hubiera alejado. Se puso de pie y se sacudió el polvo. Tenía lamparones en la camisa y jirones colgando como cerdas en las bocas de las perneras.

Después de desayunar, el viejo le pidió al chico que le montara un tenderete con la manta para protegerle del sol de la mañana. El muchacho introdujo dos esquinas de la manta en sendos agujeros de la muralla y luego las afianzó empotrando palos. Cuando terminó, se sentó junto al viejo fuera de la sombra a la espera de nuevas instrucciones, porque así era como empezaba a regularizarse su convivencia. El pastor, reducido por la creciente sequedad de sus articulaciones, tendido bajo el cielo inclemente. El chico, como una extensión tónica del viejo, dispuesto para el laboreo que el llano y la intemperie les imponían. Se mantuvieron quietos durante bastante rato. El

viejo recostado sobre la albarda y el chico esperando bajo el sol. Cuando ya no pudo más, se levantó, rodeó el muro y se tendió a la tórrida sombra del otro lado, donde se quedó dormido. Le volvió a despertar el sol, que ya empezaba a rebasar la vertical de la pared. Regresó donde estaba el pastor y comieron restos de queso y algo de la poca carne seca que les quedaba.

El viejo pasó la mayor parte de la tarde leyendo una Biblia de esquinas redondeadas que guardaba envuelta en un trapo. Iba señalando las palabras con un dedo al tiempo que las pronunciaba sílaba por sílaba. El chico recorrió los alrededores de la ruina con el perro. En su inspección reconoció los restos de los cimientos que dibujaban la antigua planta del castillo y se preguntó adonde habrían ido a parar todas las piedras que habían formado sus paredes y sus bóvedas. Descubrió algunos lagartos secos y egagrópilas con sus rellenos de huesecillos y pelos quebradizos. Por el lado suroeste de la muralla encontró plumas y tiras de piel retorcidas que interpretó como las sobras de un banquete de mochuelos.

En el extremo de la planta opuesto al muro, descendió por un talud en el que los conejos habían escarbado madrigueras con decenas de bocas. El chico volvió adonde yacía el viejo y le informó de su hallazgo. Le contó que había huellas y cagadas por todas partes. También le habló de su experiencia como cazador con hurones y de cómo se parecía ese arte a la manera en la que el viejo había apresado a la rata en el muladar. Habló de jornadas de caza en los terraplenes del ferrocarril y de cómo, tras los apresamientos, se daba muerte a los animales suspendiéndolos por las patas traseras y golpeándoles con un palo en la nuca. «La liebre se queda así», le dijo haciendo muecas con la cara y extendiendo los brazos temblorosos hacia el frente. Según el muchacho, julio era el mejor mes para atrapar a la cría de la perdiz. «Hay que ir al mediodía, a la hora de más calor, y cuando se encuentra a una hembra con perdigones, elegir uno y correr detrás de él sin parar. Terminan cansándose». Luego, sin citar a la madre, le contó cómo se desollaba un conejo y cómo se le retorció el cuello a un pichón. El perro, a su lado, movía la cola como si quisiera insuflarle aire a la ensoñación aventurera del chico. Cuando acabó de hablar, el viejo le dijo que de nada serviría cazar el conejo porque para cocinarlo tendrían que hacer fuego y eso podría atraer a los hombres que le

buscaban. El niño se desinfló ante la negativa del viejo, porque, por una vez, había sentido que tenía algo que aportarle a aquel hombre que parecía saberlo todo. Su desánimo hizo que no fuera capaz de entender lo que el viejo acababa de decirle.

Pasaron el resto del día separados. El pastor con su Biblia y el niño, con el perro, al otro lado del muro. A última hora de la tarde, el hombre enganchó con la vara el zurrón y sacó de él un trozo de torta y las últimas almendras rancias. Mientras esperaba a que el chico apareciera, intentó partir las almendras con dos piedras. Las manos le temblaban y no conseguía poner las cáscaras en la posición apropiada. En uno de los intentos se golpeó los dedos y el dolor le hizo bufar. Con el sol ya casi puesto, el niño regresó al lado del viejo. Traía una estaca en una mano y un conejo en la otra. El perro correteaba a su alrededor.

A pesar del dolor de huesos, fue el viejo quien se encargó de despellejar el conejo. Lo tomó en sus manos, lo sopesó y por un momento pareció satisfecho con la pieza cobrada. Luego le practicó unos cortes en las patas y en el abdomen y fue tirando de la piel hasta que el animal quedó desnudo. Le lanzó las vísceras al perro y le pidió al chico que le ayudara a levantarse. Fueron al torreón y, mientras el viejo preparaba un hogar con piedras, el chico deambuló por los alrededores en busca de combustible. Asaron el conejo de la misma manera en que habían cocinado la rata. Durante la cena no hablaron. Se limitaron a rebañar hasta la última hebra de carne adherida a los huesos. Cuando terminaron, el viejo se quedó liando un cigarrillo y el niño se encargó de limpiar los restos de la fogata y de deshacerse de los huesos y del pellejo. Fue entonces, mientras enterraba los desperdicios lejos del castillo, cuando regresó a su cabeza la escena en la que el viejo le había advertido acerca de los peligros de encender fuego. El niño remató su enterramiento revolviendo con la bota la tierra sobre la fosa y volvió a reunirse con el pastor. Lo encontró de espaldas, orinando unos metros más allá de la manta con una mano apoyada en el muro. El humo del cigarro le envolvía la cabeza como una nube de pensamientos grises.

—¿Cómo sabe que me buscan unos hombres?

El viejo se quedó quieto y callado como si fuera la mujer de Lot viendo

arder Sodoma. El chico permaneció a la espera. Sin soltar el apoyo de la pared, el cabrero terminó de orinar y luego se sacudió. Cuando se dio la vuelta, el niño apreció la humedad de sus pantalones y cómo, de la bragueta, asomaba rosado su glande.

El chico salió corriendo y se perdió en la oscuridad. Fue su subconsciente quien eligió hacerlo en dirección al enterramiento que había practicado minutos antes. Pasó junto a él trastabillando y dándole patadas a las piedras y continuó su huida tan deprisa como pudo en dirección al pozo hasta que se tropezó con la llave de paso de la alberca. Permaneció tumbado en medio de la noche sintiendo cómo la sangre le inflamaba el empeine a golpes regulares. Cuando recuperó la calma, reptó hasta el depósito de agua y allí permaneció con la espalda apoyada en los ladrillos. Desde donde estaba tenía una panorámica imprecisa del muro y del llano que lo rodeaba. La imagen del viejo girándose torpemente hacia él ocupaba por completo su pensamiento. El glande húmedo, los tejidos desollados del conejo, la partida que le buscaba. Supuso que aquella parada no era otra cosa que una espera. Una especie de punto de encuentro donde sería entregado al alguacil. Pensó que el viejo había estado fingiendo sus dolores y que le había llevado hasta aquel lugar para ser ajusticiado lejos del pueblo. Imaginó al cabrero contemplando tranquilo su martirio al pie de la muralla. Deseó estar lejos de todo aquello y se lamentó por no haber sabido soportar mejor su destino. Los cencerros de las cabras, en la lejanía, le distrajerón y, por un rato, dirigió su atención hacia el castillo, donde no apreció actividad ni movimiento. Más tarde, cuando su estómago lleno se hubo recuperado de la carrera, se dejó mecer por el rumor de las cabras y se quedó dormido sentado, con la cabeza colgándole sobre el pecho.

A punto de amanecer, le despertó el perro metiéndole el hocico por el cuello doblado. El chico lo apartó medio inconsciente y el perro volvió a escarbar bajo su mandíbula. El niño abrió los ojos y lo primero que vio fue al perro moviendo el rabo. Traía colgada del cuello la lata que el pastor le había dado la primera vez que se habían visto. El chico acarició al perro y luego se desperezó tras el múrete circular. Vio la llave de paso oxidada con la que había tropezado la noche anterior y se llevó las manos al empeine. Se lo

palpó por encima de la bota y, aunque le molestaba, no creyó tener ningún hueso roto.

El chico y el perro volvieron juntos al castillo al mediodía. Cuando llegaron, encontraron al viejo tumbado en su sitio con los ojos abiertos. Ya no tenía restos de humedad en la entrepierna y de su bragueta abierta no salía nada. El chico se quedó de pie a cierta distancia y el viejo le miró.

—Siéntate.

—No quiero.

—Yo no te voy a hacer nada.

—Sabe que me buscan. Va a entregarme.

—No es ésa mi intención.

—Su intención es la de todos.

—Te equivocas.

—¿Por qué me ha traído hasta aquí?

—Porque está lejos.

—¿Lejos de qué?

—De la gente.

—La gente no es mi problema.

—Cualquiera que te vea puede delatarte.

—Como va a hacer usted, ¿no?

—No.

—Usted es igual que los demás.

—Yo te he salvado la vida.

—Para tener algo que cobrar, supongo.

El viejo guardó silencio. El chico, a diez metros, se movía inquieto dentro de un círculo pequeño, como si la decepción que sentía le estuviera haciendo orinarse.

—Yo no sé por qué huyes ni quiero saberlo.

El chico dejó de moverse.

—Lo único que sé es que el alguacil no tiene jurisdicción aquí.

El chico escuchó la palabra «alguacil» en boca del pastor y sintió cómo la sangre le ardía en los talones y cómo esa flama subía desde el suelo y le abrasaba por dentro como sólo lo hace la vergüenza. Escuchar el nombre de

Satán en labios de otro y sentir cómo la palabra derribaba los muros en los que él vivía su oprobio. Verse desnudo frente al viejo y frente al mundo. El chico retrocedió un par de pasos y se acuclilló contra la muralla tibia y pedregosa. Sintió el tacto de la áspera piel de la roca y allí fue cuadrando, una por una, las piezas que el llano le había ido entregando. Pensó que, precisamente en aquel lugar, fuera de la jurisdicción del alguacil y lejos de pueblos habitados, podrían hacer con él lo que quisieran. Sólo las piedras serían testigos de los desgarros y de la muerte que habría de seguirlos. Se puso de pie.

—Me voy.

—Haz lo que quieras.

El muchacho le desató al perro la lata del cuello y se la mostró al cabrero.

—Me llevo esto.

—Es tuyo.

Vació agua de la garrafa en el recipiente y bebió repetidas veces. Luego guardó la lata en el morral, se agachó y acarició al perro bajo la quijada. Antes de partir, se apretó la cuerda que le servía de cinturón y miró a su alrededor. El cielo era una bóveda azul y despejada. Se pasó las manos por la cabeza y, sin volver la mirada al pastor, comenzó a caminar hacia el norte, dejando el castillo a su espalda. El viejo se incorporó para ver al chico marchar. El perro le siguió alegre, como si partieran a explorar los contornos de la fortaleza. Correteó a un lado y al otro del niño hasta que se colocó delante de él y le puso las patas en los muslos para que el chaval lo acariciara. El muchacho lo apartó de su camino para continuar andando y el perro dejó de insistir y lo siguió tranquilamente. Cuando se habían alejado quince o veinte metros el pastor silbó, y el perro dejó sus juegos y levantó las orejas en dirección al castillo. Entonces el chico, antes de que se fuera, se agachó junto a él y le metió las manos por el cuello y le dijo cosas al oído que hicieron al animal perder su tensión pastora y regresar a la muralla relajado y conforme.

El chico se irguió de nuevo, se sacudió las perneras y notó una vaharada de brisa caliente en la nuca. Respiró ante lo incierto de su camino y fue entonces cuando escuchó el rumor de un motor que la brisa traía. Se volvió y a lo lejos divisó una nube de polvo sobre el camino de sirga. La calina le

impedía ver la superficie de la tierra y no era capaz de distinguir el origen exacto de un ruido que cada vez era más nítido. Sin pretenderlo, buscó con la mirada al cabrero y lo encontró de rodillas, haciendo visera con la mano en la dirección de la nube de polvo. El mismo aire que traía a los hombres revolvía las hojas transparentes de la Biblia abierta sobre el suelo. El pastor le hizo señales con la mano para que se agachara.

El niño miró nervioso a su alrededor en busca de una escapatoria y no la encontró. Tras él, el cabrero con su pared y sus montones de escombros. En cualquier otra dirección, una llanura inclemente y eterna en la que no iba a encontrar cobijo. Se agachó y recorrió el camino de vuelta al muro a cuatro patas. Pasó junto al viejo y continuó hasta apretarse contra las piedras.

—Escóndete.

El chico puso el pecho contra el suelo y comenzó a reptar sobre los codos. Los guijarros se le clavaban en los antebrazos y le rasgaban las mangas de la camisa. Se arrastró junto al muro hasta recorrerlo entero y pasar a la otra parte por el lado contrario al torreón. A salvo de la vista de los hombres, continuó arrastrándose por los valles de escombros hasta el centro del muro. El perro le siguió, curioso, a la espera de que el niño le lanzara un palo o le escarbara debajo de la mandíbula. Amenazaba con descubrir su escondite. El niño se sentó en cuclillas con la espalda contra la pared, atrajo al perro y le metió los dedos bajo la mandíbula para apaciguarlo.

Cuando la partida abandonó el camino de sirga y enfiló la senda que llevaba hacia el castillo, el viejo reconoció la moto del alguacil. Le acompañaban dos hombres a caballo cuyas herraduras sacaban chispas de las chinias empotradas en el camino.

El pastor silbó y el perro dejó de mover el rabo, tensó las patas y enderezó las orejas. Sacó la cabeza de entre las manos del niño y salió disparado para rodear el muro y reunirse con el viejo, que en ese momento buscaba algo en el interior del zurrón. A medida que se acercaban los hombres, el murmullo de la motocicleta se transformó en un petardeo que espantó a las tórtolas y las palomas que anidaban dentro de la torre.

Las cabras les abrieron paso. El viejo dejó caer junto a su pie la última tira de carne seca. El perro se sentó a su lado y empezó a lamer y a

mordisquear el trozo de músculo correoso. No tardaría en ablandarla y tragársela.

El pastor les recibió de pie. Se quitó el sombrero y asintió con la cabeza en señal de bienvenida. Uno de los jinetes le devolvió el saludo tocándose la punta de su gorra. El otro, un tipo con la barba rojiza, ya recorría los contornos con la mirada. De los tres, era el único que llevaba arma. Una escopeta de caza de cañones paralelos con la culata incrustada. El alguacil apagó la moto y, a pesar de que las cabras seguían balando y meneando sus cencerros, el viejo sintió como si se hubiera hecho el silencio absoluto. El hombre se sacó los guantes de cuero y los colocó uno junto a otro sobre el borde interior de la carrocería del sidecar. Los dedos hacia dentro y los largos manguitos de cuero colgando por fuera. Luego, sin bajarse de la moto, se quitó las gafas elásticas, se abrió el verdugo del casco y se descubrió. Tenía el pelo empapado en sudor. Se pasó las manos por la cara como si se la estuviera lavando y se llevó el cabello húmedo hacia atrás formando un peine con los dedos. Del sidecar extrajo un sombrero de fieltro marrón, se abanicó con él durante unos segundos y luego se lo puso en la cabeza ajustándoselo ceremoniosamente sobre las cejas.

—Buenas tardes, viejo.

—Señor.

—¿Ahora me llamas señor?

La voz del alguacil sonó cortante entre las piedras. El niño, tras la tapia, sintió que se le erizaba el pelo de la nuca. Notó un calor acuoso bajándole por sus piernas tiasas y cómo se le empapaban las botas. El orín corrió por el cuero y formó una leve mancha de humedad bajo él. Si se quedaba allí, sólo haría falta rodear el muro para encontrarle.

—Mucho calor.

—Ya lo creo.

El pastor se agachó y tiró del asa de anea de la garrafa sin conseguir levantarla.

—¿Un trago?

—Te lo agradezco, viejo.

El alguacil hizo un gesto con la mano y uno de los hombres se aproximó

al pastor sin desmontar. Un hombre tan grande que hacía pequeño a su caballo. El jinete permaneció junto al pastor sin hacer nada. El viejo volvió a agacharse y a tirar del asa. Tenía el vientre del caballo casi encima. Tomó el recipiente con las dos manos y, cerrando los ojos, consiguió llevárselo a la cintura. El jinete se inclinó, recogió la garrafa y se la acercó al jefe. Éste descorchó y dio un trago largo. El agua le chorreó por la barbilla y le mojó el pañuelo polvoriento que rodeaba su cuello. Cuando terminó, se limpió la boca con el dorso de la mano y devolvió el recipiente al hombre que se lo había llevado. Éste hizo retroceder a su caballo y ofreció agua al otro jinete, que no bebió pero que sí se empapó la cara, la nuca y la camisa.

—Bebe, Colorao, ¡cojones!

El pelirrojo hizo un gesto para que el otro le dejara tranquilo.

—Todavía no sabes si el viejo tiene vino.

—Lo tendrá.

—Una vez conocí a un tipo que llevaba sin beber agua desde los doce años...

—Déjame en paz.

El alguacil giró la cabeza y no tuvo ni que mirarlos para que los dos hombres se callaran inmediatamente.

—Andamos buscando a un niño desaparecido.

El cabrero perdió su mirada en el horizonte y frunció el ceño, como si hiciera memoria. Sopesó la situación que le proponía el alguacil. Un hombre altivo.

—Llevo semanas sin ver a un cristiano.

—Debes de sentirte muy solo.

—Las cabras me hacen compañía.

El pelirrojo se puso de pie sobre los estribos como si quisiera airear su entrepierna o ver por encima de una tapia. Repasó con la mirada el muro en busca de señales. Parecía un ingeniero llegado de la capital para certificar la ruina del castillo.

—Estoy seguro de que te entretienes mucho con ellas.

El jinete que había cogido el agua lanzó una carcajada estruendosa y el alguacil forzó una leve sonrisa. El viejo no se inmutó y al que llamaban

Colorao, ausente como estaba, tampoco. Pasaron unos segundos en silencio. El viejo de pie, soportando su cuerpo encorvado con dificultad. El alguacil, repasándose la barbilla con los dedos mientras pensaba en su próxima pregunta.

—Has venido muy lejos con tus animales.

—Soy pastor. Busco pastos.

El pelirrojo tiró de la rienda y su caballo se abrió. Avanzó por el pedregal en dirección al extremo del muro por el que había escapado el chico mientras el alguacil seguía hablándole al viejo. Éste hizo un esfuerzo para no mirar hacia el ayudante porque cualquier gesto en esa dirección haría que el alguacil descubriera lo que ya parecía saber. El jinete rodeó la construcción a paso lento y cuando cruzó al otro lado, el niño ya no estaba allí. Desmontó y recorrió a pie la base de la pared sin reparar en las lascas que el chico había manchado con su sangre. Cuando llegó al centro del muro, removi6 con la punta de la bota la ligera humedad que el niño había dejado. Apoyando la culata de la escopeta, se agachó, tomó un pellizco de arena con los dedos y se lo llevó a la punta de la nariz.

En el otro lado, el alguacil le estaba diciendo al pastor que aqu6l no parecía un lugar muy frondoso y que aquella misma hierba seca crecía también en los alrededores del pueblo. Le dijo que hasta allí no iba a ir nadie a comprarle su miserable leche y que tendría que haberle hecho más caso cuando, en su día, le llevó a ver los lugares en los que debía pastorear. Le recordó sus palabras de entonces: «Cerca pero fuera».

El pelirrojo continuó su recorrido en dirección a la puerta del torreón. Antes de entrar, se detuvo e inspeccionó los contornos redondeados que se elevaban hacia el cielo limpio. Volvieron algunas de las palomas huidas. El hombre metió con cuidado la cabeza por la puerta. Había excrementos de aves por todas partes. Los cadáveres resecos de dos pichones, cáscaras rotas de huevos y restos de un roedor descuartizado por alguna rapaz. El olor apergaminado de los excrementos enmascaraba el ligero aroma a orín infantil. El ayudante del alguacil se asomó al interior del tubo y miró hacia arriba. Sólo aguantaba intacto el primer peldaño de la antigua escalera de caracol. A partir de ahí, una línea espiral de piedras a medio empotrar

ascendía por la pared del tubo como la rosca de un tornillo. Las palomas habían colapsado con una mezcla de mierda, plumas y ramas el agujero que daba acceso a la terraza superior. Sin esa fuente de luz, a tres metros por encima del suelo, la oscuridad era indescifrable.

—Sal de donde estés, bastardo.

La voz del hombre se elevó por el émbolo y atravesó el cráneo del niño batiendo sus sesos. El muchacho tembló sobre la ménsula a la que había logrado encaramarse y a punto estuvo de perder pie y caer.

—Sal si estás ahí, renegado.

Llegaron el alguacil y el otro hombre. El pelirrojo sacó la cabeza del torreón y se volvió hacia ellos.

—No hay otro sitio para esconderse en diez kilómetros a la redonda. O está muerto o está aquí.

—No te pongas nervioso, Colorao. Si está ahí, saldrá.

—No se ve nada dentro de la torre.

El alguacil apretó los labios y se atusó el pelo, ya casi seco. Se separó unos metros e inspeccionó el muro exterior del torreón. Se acercó a la entrada y metió la cabeza. Revolvió el suelo arenoso con la bota y desenterró los restos de la fogata con la que habían asado el conejo la noche anterior. Salió al exterior y, dándose palmaditas en los labios, miró al pelirrojo sin decir nada. Luego comenzó a gesticular levantando el dorso de sus manos hacia los ayudantes y moviendo los dedos tiesos en dirección al cielo al tiempo que iba elevando los brazos. Sin decir palabra, los hombres se alejaron cada uno en una dirección y el alguacil, de pie junto al dintel, sacó del bolsillo interior de su chaqueta una tabaquera de cuero, desató el cordel y extrajo un librillo de papel de fumar. Con una hoja de papel marrón y un pellizco de tabaco, lió un cigarrillo casi perfecto. Cuando los hombres volvieron, encontraron a su jefe sentado en una piedra, rodeado de hebras de humo blanquecino. Jugaba a abrir y cerrar un mechero de gasolina plateado.

—No hay nada en los alrededores.

El alguacil hizo entonces un gesto con el pulgar señalando al muro que había a su espalda y los hombres lo rodearon, dejando a su jefe concentrado en sus pensamientos. Encontraron al cabrero sentado sobre los serones,

fingiendo leer su Biblia.

—Quítate, viejo.

El cabrero se incorporó con dificultad y se hizo a un lado. Los hombres levantaron las aguaderas y las volcaron, esparciendo el contenido por el suelo. La sartén golpeó una piedra y resonó como una campana. La alcuza de hojalata derramó el último aceite sobre el polvo, pero el pastor no hizo nada. Los hombres se llevaron a rastras los serones de esparto y la albarda de centeno. En el torreón, el pelirrojo rasgó los bolsillos de la albarda y, con parte de la paja de relleno, formó una pequeña pirámide. Encima colocó el resto del aparejo y sobre él aplastó los serones de esparto formando una pira dentro de la torre. En cuanto el alguacil metió el mechero, el esparto prendió. El abrigo de las paredes del torreón y el calor de la jornada hicieron el resto. En unos segundos las llamas superaron la altura del quicio de la puerta hasta que sus puntas se perdieron en el interior del tubo. Los hombres se separaron para evitar el sofoco y se quedaron mirando cómo las llamas se comían las fibras y las retorcían hasta convertirlas en filamentos negros. Algunas palomas zureaban en los mechinales más distantes.

El niño no tuvo tiempo de asustarse. Saltaron en él todos los resortes de la supervivencia y, en un primer momento, apretó su espalda contra la pared como si así fuera a disponer de más espacio sobre la ménsula. Espacio para saltar al otro lado del tubo, sobre el humo y las llamas. Sus células pensaban por él y entre las opciones posibles no consideraron la de dejarse caer sobre los serones ardientes y salir de una vez al aire seco del llano. Si llegaba el caso, dejaría que el fuego, como un hurón ciego y voraz, le mordiera hasta matarle.

Estaba encaramado a suficiente distancia del suelo como para que las llamas no le abrasasen los pies. Su posición, a mitad de torre, hacía que el humo dispusiera de un amplio depósito por encima de su cabeza, tan voluminoso como para concederle unos segundos más antes de asfixiarle y hacerle caer sobre la pira.

Palpó la pared a su espalda en busca de no sabía qué: una puerta que no existía o una madre que lamiera sus heridas. Las llamas iluminaron el interior de la torre y la esperanza atravesó su cuerpo en todas direcciones, al

distinguir una estrecha sombra vertical justo enfrente de su posición. Pensó que podría ser una ventana o la hornacina de un santo a media escalera, como las que había en el ascenso al camarín del Cristo de su pueblo. Se giró sobre su exiguo peldaño y palpó la pared a su espalda en busca de asideros. Había socavones y grietas por todas partes. Encajando las manos en los agujeros consiguió avanzar sobre los restos de peldaños o sobre los huecos que éstos habían dejado en el muro al desprenderse. En un tiempo cuya medida ya no controlaba, alcanzó la sombra. Una saetera cegada que se abría paso hacia el exterior a través del muro. Se acuclilló sobre el alféizar triangular e introdujo sus manos entre las piedras con las que habían tapado la muesca. El humo acumulado en el interior del tubo estaba llegando hasta su posición. Consiguió sacar un par de rocas, que cayeron sobre el fuego porque la angustia le impedía controlar con precisión sus movimientos. Por suerte para él, el alguacil fumaba tranquilo, separado de la puerta, y sus hombres conversaban en la distancia esperando la caída de un cuerpo, no la de una piedra.

Con la humareda ya calentándole la espalda y agobiando sus movimientos y sus intenciones, consiguió encajar la cara en la abertura y, por fin, respirar hondo. El humo también empezó a escapar por aquel mismo hueco y durante unos segundos infinitos, su boca abierta convivió con la fumarola gris, haciendo que le picaran los ojos y que el pelo se le apergaminara. Apretó tanto su cara contra la piedra que se abrió las heridas que el sol le había provocado en los pómulos. En un momento dado tragó humo y tuvo que retirarse para toser dentro de la torre y no delatar su presencia a los que le aguardaban fuera. Poco a poco, la humareda en el interior se fue aligerando y el chico pudo desencajar su cara de la saetera. Se tocó el rostro con los dedos negros y sintió escozor.

Cuando las aguaderas estuvieron reducidas a un montón de hilos incandescentes, el alguacil se aproximó de nuevo a la entrada de la torre e inspeccionó su interior como había hecho un rato antes. Apuró su cigarrillo, tiró la colilla al suelo, la pisó y les dijo a sus hombres que se marchaban. Entonces el pelirrojo se acercó a la puerta del torreón y aguzó el oído dentro del émbolo. Salió y, acercando su boca a la oreja del alguacil, le susurró que

quizá deberían esperar un poco más. El jefe lo miró con fastidio, hizo un gesto con la mano y se sentó de nuevo en la piedra para liarse otro pitillo. El pelirrojo volvió adonde estaba su compañero y continuó charlando con él en voz baja, uno mirando hacia la torre y el otro, de espaldas, dominando el llano hacia el sur. Parecían los allegados a un difunto, esperando incómodos la hora del entierro. Ansiosos por volver a la taberna.

Cuando el alguacil hubo terminado su cigarrillo, lo tiró junto al que se había fumado primero y lo apagó con la bota. Se ajustó el sombrero y rodeó el muro sin decir nada. El que miraba hacia el torreón le dio un codazo al otro y juntos siguieron a su jefe. En aquel momento, los caballos pacían sueltos entre las cabras y el viejo rezaba con los ojos cerrados.

6

Mucho tiempo después de escuchar los balidos alborotados de las cabras, las voces de los hombres y el rugido de la moto alejándose, el chico permanecía en su escondrijo. La nube tóxica había terminado de escapar y el niño imaginó los huevos malogrados por el fuego, las cáscaras ennegrecidas y, dentro, los embriones a medio empollar. Llevaba horas encajado en cuclillas y le dolían las piernas, pero decidió seguir aguantando porque quería estar seguro de que, cuando bajara, el alguacil no le estaría esperando sentado a la entrada de la torre. Allí arriba, ennegrecido pero vivo, dejó pasar las horas sin saber cómo interpretar la tortura a la que se había visto sometido. Se preguntó si habían quemado la torre siguiendo el dedo del cabrero o si, sencillamente, habían considerado el torreón como el único escondite posible.

Desde la saetera vio caer la tarde con una sensación de piel encurtida que le exasperaba. Escuchó el ruido de sus tripas y, después de tanto tiempo agachado, dejó de ser consciente de sus rodillas dobladas y de sus músculos comprimidos. La voz del cabrero no llegaba. Se quedó dormido.

Le despertó un ruido en medio de la noche. Un grito ahogado que subía desde el pie de la torre. Las paredes olían a humo rancio y, de nuevo, volvió a notar la piel tirante y el paladar pegajoso. Miró hacia el exterior a través de la saetera. La luna creciente iluminaba débilmente la llanura arrancándole algunos matices azulados a la tierra. La voz que le llamaba se hizo más fuerte, aunque no más clara.

—¿Estás ahí, chico?

Escuchó al cabrero toser y, al poco, le llegó el ruido sordo de un cuerpo desmoronándose. En la oscuridad del torreón, las piedras tenían un tacto mantecoso y tuvo que destrepar tanteando con las punteras duras de sus botas hasta encontrar los huecos que podían sostenerle. Tardó en bajar más de lo que hubiera querido y, cuando por fin llegó al suelo, encontró al viejo tendido en el centro de la torre. Intentó despertarlo tirándole de las mangas y moviéndole la cara sin que el hombre reaccionara. Pegó la oreja a su pecho para tratar de escuchar los latidos del corazón, pero por encima de la ropa que llevaba no logró distinguir su pulso. Palpó su cuerpo en busca de la cara y notó una humedad pringosa sobre el pecho. Decidió sacarlo de la torre para intentar ver lo que le pasaba a la escasa luz de la luna. Tirando de las piernas, después de mucho rato, tan sólo consiguió arrastrar el cuerpo hasta la puerta del torreón. Una vez fuera, acercó su cara a la boca del pastor y comprobó que respiraba de manera débil y arrítmica, pero tampoco allí fue capaz de descubrir el motivo de su abatimiento.

Pasó la noche acurrucado junto al viejo inmóvil. Corría una brisa tibia aderezada con el rumor de algunas cabras nerviosas. Al hombre le ardía la frente y gemía en sueños su dolor como una salmodia ininterrumpida y acromática.

Agotado, sólo la luz de la mañana en pleno avance consiguió despertarle. Fue entonces cuando descubrió lo sucedido. El viejo yacía inmóvil a su lado, cubierto solamente por jirones de sus ropas. El alguacil y sus ayudantes le habían quitado la chaqueta y le habían fustigado con la camisa puesta. La tela estaba pegada al cuerpo a lo largo de los varazos más fuertes. Tenía la cara llena de sangre reseca. Los labios, astrosos, con pústulas y vulvas rojizas. Los ojos cerrados se levantaban inflamados como higos maduros. Los miembros estaban amoratados y marcas de vara asomaban por los costados como nuevas costillas dibujadas. Trató de despertarle moviéndole la cara, pero el hombre no reaccionó. Tiró de su brazo con fuerza para intentar incorporarlo, pero su cuerpo parecía atornillado a los cimientos del castillo. Le abofeteó con fuerza y sólo así el viejo dio señales de vida.

—Deja de pegarme, chico. Ya he tenido bastante.

Habló desde su postración con la voz sucia y los ojos cerrados y, más que

su voz, parecía que era su mente la que se expresaba. El niño se agarró la cara ennegrecida con las manos. Se recorrió la cabeza lijándose la piel con las durezas de sus palmas. Revolvió su rostro en un gesto que no le liberaba, sino que contribuía a aumentar su tensión. Incapaz de asimilar lo sucedido, sintió la necesidad de romper a llorar, de gritar o de autolesionarse.

—Tráeme agua.

El chico salió corriendo. Al otro lado del muro, media docena de animales degollados se repartían por el espacio que la tarde anterior había ocupado la sombra de la muralla. Las moscas tachonaban las heridas, formando sonrisas como barboquejos. Recorrían, amontonadas unas sobre otras, las aberturas en el pellejo, suturándolas a base de infecciones y poniendo huevos. Las tres cabras que quedaban pacían por los contornos ajenas a la masacre, entregadas a sus estómagos, ensimismadas. El burro, en la distancia. Ni rastro del perro ni del macho cabrío.

El contenido de los serones estaba esparcido junto a la pared. La alcuza derramada, la sartén, trapos, la vara de gancho y las tijeras de esquilar. El serijo de las pasas, expoliado, y la tabaquera, vuelta del revés. Encontró las garrafas tumbadas y con los corchos quitados. Las sostuvo en alto y trató de beber, pero apenas salieron unas gotas.

Llevó los recipientes adonde estaba el viejo y los puso boca abajo ante él. Un bufido de desesperación o de fatalidad salió de sus labios y pareció querer cerrar aún más los ojos. La noticia acentuó el escozor de los varazos y condensó su hervor. Frente a aquella marmita de dolor, el chico pensó que sólo su extrema debilidad le impedía matarse.

—Ordeña una cabra.

Decidió prescindir del método que empleaba el cabrero, porque supuso que le llevaría demasiado tiempo clavar el cubo al suelo y amarrar las patas de la cabra al recipiente. Encontró su lata de beber allí donde la había tirado al ver acercarse al alguacil y sus hombres. La limpió con un faldón de la camisa y se dirigió hacia donde las cabras pastaban. Se acercó a una de ellas sigiloso, pero en cuanto el animal notó su presencia salió corriendo. Fue a por la siguiente, pero también huyó de su cacillo. Durante un buen rato corrió detrás de los animales, que escapaban de sus manos como mercurio. Regresó

al muro en busca de la vara de gancho y trató de recordar la forma en que había visto emplearla al viejo. Tomó la pértiga bajo un brazo como si fuera un Quijote y levantó la punta en dirección a los animales. La vara pesaba más de lo que esperaba y, camino de las cabras, la herramienta le desequilibró hasta clavarse en el suelo. La sujetó con las dos manos y se acercó a su presa por detrás. Atacó al animal introduciendo el gancho entre sus patas, pero el bicho se percató y huyó. Cuando ya lo había intentado varias veces, embruteció su método corriendo tras ellas al tiempo que les metía el palo entre las patas para hacerlas caer. Cuando consiguió derribar a una, soltó la vara y se abalanzó sobre ella, inmovilizándole las pezuñas hasta someter al animal.

Cogiéndola de una pata trasera, arrastró a la cabra hasta el muro. Marcha atrás, el animal trastabillaba y se caía cada pocos metros, pero el niño siguió tirando de ella como si llevara un odre lleno de conejos. Se había demorado mucho tratando tan sólo de atrapar a un animal y ahora tenía que ordeñarlo. Le hubiera gustado aparecer tras el torreón con la escudilla limpia y repleta de leche al poco de recibir la orden. Demostrarle al viejo que había aprovechado los días junto a él. Que, sin que se hubiera dado cuenta, lo había observado y que parte de su sabiduría se había transferido. No lo sabía, pero deseaba que el viejo se sintiera orgulloso de él. Ató entre sí las patas delanteras de la cabra y éstas a una roca. Colocó la lata bajo las ubres y se arrodilló tras la cabra. Recibió la primera coza en la parte baja del esternón y la segunda, en el pómulo. La herida que se había hecho al empotrar la cara en la saetera se abrió y comenzó a sangrar abundantemente. Cayó de espaldas, ahogado, incapaz de expandir sus pulmones. Sorprendido el diafragma, anulado. Se levantó y con la boca abierta se estiró y encontró parte del aire que necesitaba. Jadeó lo suficiente como para recuperarse, acercarse al animal y darle una patada en las costillas. La cabra se quejó y al momento volvió a buscar comida en el suelo. El niño se palpó el pómulo y notó los dedos resbalar contra un hueso que no sentía. Se los miró y los vio coloreados de rojo brillante. Manzanas de feria bañadas en caramelo. Sin tiempo todavía para pensar, notó pálpitos en su rostro que le recordaron al torreón. Hollín cubriendo su piel y los pómulos inflamados por la brutal presión contra la

saetera. El pelo como la estopa y un olor a humo rancio que le llevaría la vida entera quitarse.

Escuchó al viejo gemir al otro lado del muro y olvidó sus heridas y sus golpes. Buscó por los alrededores algo de paja y se la colocó a la cabra delante de la cara. Volvió a poner la escudilla bajo las ubres y luego se arrodilló a un lado del animal. Agarró los pezones con sus manos sanguinolentas y tiró hacia abajo. Las tetas se alargaron como si fueran de goma caliente sin que de ellas saliera nada. Movi6 las falanges, masajeó los pezones. Se escupió en las palmas y se las frotó formando sobre la piel una película de sangre, hollín y saliva. Volvió a empezar. Los dedos resbalaron ásperamente hasta que brotaron unas gotas que cayeron a la tierra. El animal tascó. Pasó un buen rato hasta que logró extraer algo parecido a un chorro. La lata era demasiado estrecha y, al principio, no conseguía dirigir el flujo hacia la boca, haciendo que la leche se derramara sobre el polvo. Acercó la lata a la punta del pezón y continuó ordeñando a una mano. Cuando tuvo un par de dedos de líquido, se levantó y se fue en busca del viejo.

Durante su trajín, el sol había rebasado la vertical de la pared y comenzaba a azotar por el lado del torreón. Encontró el cuerpo del cabrero tendido al sol, sin protección. Parecía inconsciente y el chico pensó que había tardado demasiado tiempo. Le zarandeó un brazo y luego abofeteó su cara sin resultado. Decidió llevarlo a la sombra. Agarró el cuerpo por las axilas e intentó arrastrarlo, pero pesaba mucho. Respiró, sintió un cansancio colosal y una sed repentina que llevaba muchas horas formándose en su paladar pero que los acontecimientos le habían impedido atender. Se bebió la leche de la lata y, aunque no quedaba ni una gota dentro, siguió apretando durante un rato el cilindro de metal contra su cara.

Caminó sobre los terrones duros en busca del burro, que pacía sobre recuerdos de viejos surcos. Vestigios de que alguien estuvo allí antes que ellos intentando arrancarle al llano algo que seguía guardando con celo. El castillo derruido era testigo. Regresó con el asno tirando de la cuerda despeluchada que pendía de la cabezada hasta el suelo. Un animal dócil y conforme que tenía sobre los menudillos úlceras producidas por las trabas. Calvas en el pelo aquí y allá, restos de arcilla seca sobre las coronas. Marcas

de la charca huida del cañaveral.

El cabo del ronzal no era lo suficientemente largo como para atar el cuerpo y, junto al viejo, repasó los contornos con la mirada en busca de algún arreo o soga con la que poder moverlo de sitio. No halló lo que necesitaba pero, en su búsqueda, encontró las dos colillas marrones del alguacil al lado de la cabeza del viejo. Imaginó a los hombres que lo buscaban fumando mientras veían arder los serones y, sin querer, apretó los dientes.

Levantó los tobillos del pastor y ató el cabo alrededor de ellos. La soga era tan corta que, con lo que necesitó para el nudo, las botas del viejo casi le llegaban al burro a la boca. Empujó al animal por el pecho, haciéndole retroceder sin ganas. El asno rebuznó junto a su oído y sintió que el ruido le taladraba la mente. Avanzaron un par de metros. Los brazos exánimes del pastor, clavados en el suelo, se quedaron atrás con el arrastre. En el tránsito, las lajas calizas disgregadas del muro se iban incrustando en la espalda del viejo como pedernal de trilla. El hombre gimió y el chico le acercó una oreja a la boca y escuchó una respiración irregular aunque esperanzadora.

Corrió hasta el otro lado del muro y volvió con el ropón del burro. Trató de interponerlo entre la espalda del viejo y el suelo, pero no lo logró. Optó entonces por limpiar de piedras del recorrido hasta la sombra. El sol hacía que le picara el pelo. La piel del viejo enrojecida y bulbosa. Moscas como dientes negros. Debería parar y descansar, pero el pastor le esperaba. A cuatro patas abrió una vereda sobre el polvo. Retiró los cantos y los restos de argamasa. Volvió a empujar al burro y, con el primer arrastre, el viejo se retorció inerte. Su quejido ya se expresaba en una frecuencia inaudible. Los pies en alto tensionados por la cuerda, la espalda desgarrándose contra el suelo y los brazos como timones sin gobierno al final de todo. Romería de difuntos.

Dispuso el ropón ante la puerta cegada del castillo y llevó al viejo hasta allí. Tirando de brazos y piernas, consiguió acomodarlo de la mejor manera posible. Le elevó la cabeza metiendo una piedra plana bajo la tela y se dispuso a escuchar lo que el pastor tuviera que decirle.

Cumplió su primer deseo con una pericia que le animó. En un rato volvió con la lata medio llena de leche. Abrió la boca del viejo metiéndole los dedos

y vertió pequeños chorros por el orificio. La nuez del pastor se desplazó bajo la piel gastada de su cuello e hizo que se movieran los pelos de su barba como un campo de posidonias a merced de las corrientes. Luego, cuando el viejo sacudió los dedos pidiéndole que parase, se llevó la lata a la boca y se bebió lo que quedaba de un trago.

De espaldas al anciano, trató de orinar en la lata, con escasos resultados. Hacía días que sus micciones eran escasas. Aun así, logró un par de dedos de un líquido amarillo y denso que apestaba a amoníaco. Con él, volvió adonde el viejo yacía y limpió sus heridas mojando un jirón de su pantalón en la orina. Notó la tensión del viejo a cada roce de la tela y cómo de sus ojos cerrados brotaban algunas lágrimas. En un momento, el viejo agarró al chico del brazo para pedirle un respiro. El muchacho esperó mientras la mano del hombre le apretaba el codo. Luego, cuando su garra perdió fuerza, volvió al trabajo que el pastor le había encargado. Al completar la cura, intentó levantarse, pero la mano del viejo seguía cogida a su codo. Dejó la lata a un lado, se tendió junto a él y, así, se quedaron dormidos.

7

Abrió los ojos a una hora en la que el sol ya no recortaba la sombra de la pared sobre la tierra, sino que la difuminaba y alargaba en una mancha que se extendía ante ellos en dirección al horizonte vacío. El viejo estaba despierto a su lado, con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos clavados en el cielo como si quisiera colar su mirada entre las ménsulas del maticacán que pendía sobre sus cabezas. El muchacho se incorporó y se quedó sentado con la mirada perdida en la lejanía. El viejo habló.

—¿Cuántas cabras han quedado?

—Tres.

—El macho no cuenta.

—No está.

El anciano cerró los ojos y suspiró.

—¿También lo han matado?

—No lo sé. Aquí sólo hay cabras muertas.

—Mira bien.

El niño se puso de pie y repasó el espacio que se extendía ante ellos. Contó los cuerpos marcando el aire con el dedo índice.

—Seis cabras muertas. El perro y el macho han desaparecido.

El viejo pensó que, tarde o temprano, el perro volvería de donde estuviera. En cuanto al macho, supuso que se lo habían llevado por los cuernos. Quizá el alguacil lo sacrificaría y pondría su cabeza junto al resto de sus trofeos.

—Debes ir a por agua lo antes posible.

—Si tiene sed, puedo ordeñar una cabra. Ya sé.

—Son ellas las que tienen que beber.

El muchacho cogió el cubo de ordeñar y se marchó a por agua. A unos metros del pozo distinguió las siluetas de varios cuervos en el brocal. Cuando llegó, espantó a las aves con la mano y se asomó al agujero. Escuchó un zumbido y temió lo peor. La luz inclinada de la tarde apenas entraba en la sima, pero fue suficiente para que el niño pudiera distinguir el cadáver decapitado del macho flotando en el agua con la tripa abierta. Todas las moscas de los alrededores habían sido convocadas al festín. Entraban y salían como invitados a una fiesta. El arco sobre el brocal plagado de puntos negros.

Era casi de noche cuando volvió a la pared. Le contó al viejo lo que había descubierto y éste resopló ante lo que se les avecinaba. El chico percibió en el pastor una desesperación que no había visto nunca antes en él.

—No se preocupe. Seguro que encontramos más agua por aquí cerca.

—No. No hay.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé.

—Pues iremos a otro lugar.

—Yo no puedo ir a ninguna parte.

El niño se quedó callado. Si el pastor no podía moverse, tendría que ser él quien fuera a conseguir el agua. Pensó en los días previos, en la insolación, la sed y las caminatas nocturnas y sintió miedo, porque sólo gracias a la presencia del pastor había sido capaz de salvar la vida.

—Tendrás que ir a por agua tú solo.

—No sé dónde hay.

—Yo te lo diré.

—Tengo miedo.

—Eres un muchacho muy valiente.

—No lo soy.

—Has llegado hasta aquí.

—Porque estaba usted.

—Porque tienes voluntad.

El chico no supo qué contestar.

—¿Has visto la corona que tiene el Cristo de ahí arriba?

—Sí. Tiene tres puntas.

—Se llaman potencias. Una es la memoria, otra, el entendimiento y la tercera, la voluntad.

El niño alzó la vista. El crepúsculo recortaba en lo alto del muro una silueta negra en la que se adivinaban la túnica, las manos y la corona. Al muchacho le embelesó lo que el viejo le contaba y, por un momento, dejó escapar sus preocupaciones.

—Cristo también sufrió.

—Yo no quiero sufrir más.

—Entonces nos quedaremos aquí y moriremos de sed. Pronto dejarás de sufrir.

El viejo le contó que había una aldea con pozo hacia el norte. No estaba seguro de la distancia exacta, pero le llevaría unas cuantas horas llegar. Le dijo que tendría que emprender la marcha lo antes posible en compañía del burro, pero que antes de partir, todavía tenía trabajo que hacer en el castillo.

Lo primero que le pidió fue que trajera hasta el muro el cadáver de la cabra parda. Luego le ordenó que quitara los cencerros a los animales muertos y que llevara sus cuerpos lo más lejos del castillo que pudiera.

Estuvo arrastrando animales sobre las piedras hasta bien entrada la noche. Cada cierto tiempo paraba y se tocaba el pómulo con el dorso de la mano y luego se limpiaba el sudor de la frente. Después de más de un día al sol, los intestinos habían empezado una cocción que hinchaba los vientres de las cabras degolladas. Gases letales en la marmita de tripas. Los buitres y los cuervos, que pronto llegarían, terminarían formando una columna que se vería a muchos kilómetros de distancia. Un tornillo volador con su algarabía de plumas negras sobre la tierra polvorienta. Por un momento, el chico pensó en quemar los cadáveres y terminar así con toda posibilidad de atraer carroñeros y enfermedades, pero enseguida se dio cuenta de que, en medio de la noche, el resplandor se vería desde muy lejos. Con suerte, tras el tormento del torreón, el alguacil ya lo daba por muerto. Después del estado en el que habían dejado al cabrero, una pira de cabras ardiendo haría suponer a sus

perseguidores que el niño seguiría vivo.

Cuando acabó de amontonar los cadáveres, volvió al castillo y se sentó junto al viejo. Durante un rato ninguno dijo nada. El anciano, envuelto en sus dolores, y el chico, reventado por el esfuerzo. Estaba a punto de quedarse dormido cuando notó la mano del cabrero en su codo.

Siguiendo las precisas instrucciones del pastor, afiló el vetusto cuchillo de acero forjado. Una herramienta de punta roma con una muesca en el cabezal y cachas de pita enrollada. Amoló el metal contra una piedra hasta que le arrancó un hilo plateado en el borde. Luego colocó la cabra parda patas arriba y, sujetándole la cabeza con las rodillas, metió la hoja por la degolladura y rajó el vientre hasta las ubres. En su casa había visto a su madre destripar conejos y liebres. Incluso él mismo había dado muerte a codornices retorciéndoles el cuello, pero aquello era otra cosa. Un animal de otra naturaleza cuyo vientre rezumaba entresijos cerúleos que no cabían en sus manos. De nuevo clavó el cuchillo para rajar el abdomen hinchado. A pesar de la tosquedad de la hoja, el metal abrió las fascias como si fueran de manteca caliente. El hedor que liberó le atravesó como un ánima en desbandada, impresionando su memoria de arcilla fresca. Apartó la cara y encontró la mirada del pastor, que observaba en silencio desde su lecho. Sintió que los ojos del cabrero le empujaban. Las manos torpes del chico eran sus manos.

La primera vaharada se esfumó. Ante él, una bañera rebosante de azules irisados, telas blanquecinas y formas globulosas que se retorcían en todas las direcciones posibles. El viejo esperaba de él que eviscerase al animal y que luego lo descuartizase tal y como él había hecho antes con la liebre y la rata. La complejidad del entresijo le dejó sin iniciativa. Remangado, con el cuchillo en una mano, miró al pastor y elevó los hombros.

—Mete las manos por debajo del mondongo, busca el cuello y corta por ahí.

Una hora después, la casquería reposaba junto al montón de cadáveres como una ironía caprina, una visión dantesca del futuro o el aviso de un matón. Por el camino, había tenido que pararse varias veces a recoger intestinos que se le habían escurrido de los brazos.

Durante las siguientes horas, el viejo postrado fue dando instrucciones al chico, que fue resolviendo en silencio las tareas como un instrumento al servicio del pensamiento del otro.

Comenzó a despiezar la cabra descoyuntando sus patas y luego las deshuesó toscamente. Del ovillo de carne resultante sacó tantas tiras como pudo, las tendió sobre una piedra y las saló abundantemente. En un momento del proceso cometió el error de limpiarse el sudor de la cara. La sal penetró en las heridas de los pómulos, reblandecidas por la humedad de la piel. El dolor le hizo cerrar los ojos y le vació por dentro. No gritó. Miró al cielo y lloró como un san Sebastián en su martirio de saetas. Sin saberlo, imploró. Las manos ardientes y el rostro que la sal cauterizaba. Dio vueltas sobre sí con las palmas frente a la cara como un candelabro con dos mamparas. Se hubiera lanzado a una ciénaga si hubiera tenido una cerca. El viejo asistió a la danza doliente, tratando de incorporarse, pero con poco que poder ofrecerle al chico. El niño se arrodilló y se replegó, tratando de alejar sus manos del rostro. El viejo estiró el brazo en su dirección y así lo mantuvo mientras le quedaron fuerzas. Luego lo dejó caer lentamente y cerró los ojos.

A la luz sedosa de la media luna, deslió la pita que formaba el mango del cuchillo con los ojos enrojecidos y la cara todavía ardiente. Buscó por los alrededores un par de estacas y las empotró en sendos huecos del muro. Unió los palos con la cuerda y de ella colgó las tiras de carne. El resultado dibujó sobre las piedras azuladas de la muralla una sonrisa grotesca que no tardó en llenarse de moscas. Después recogió los enseres y los agrupó en torno al viejo como si fuera un náufrago en una playa. Siguiendo sus instrucciones, reunió a las tres cabras supervivientes y las agrupó por medio de una cadeneta que formó con los collares de los cencerros de las degolladas. Luego ató la recua a una piedra cercana para que quedaran al alcance de la vara del pastor. Cargó el burro con el albardón y el mandil, unió entre sí las dos garrafas vacías y las dispuso sobre el lomo como si fueran un par de botas anudadas por los cordones.

En plena madrugada, dieron por terminados los preparativos para el viaje. Apenas soplaba brisa y las piedras del muro expiaban su recalentamiento con calma. Comieron lo poco que les quedaba: migas de pan, un puñado de pasas

que habían recogido del suelo y algo de vino. Cuando terminaron, el viejo le pidió al muchacho que se sentara junto a él.

—Te voy a enseñar a ordeñar.

El muchacho miró al pastor sorprendido. En otro momento sus palabras hubieran sido un motivo de alegría para él. Sin embargo, le pareció extraño que, dada la situación en la que se encontraban, el cabrero quisiera perder tiempo en aquello.

—Es tarde. Si no salgo pronto, se va a hacer de día.

—Ya sé que es tarde.

—Puede enseñarme cuando vuelva.

Pasaron varios pájaros negros en dirección al pozo. Sus alas, al batir, sonaban como tablillas de madera en el cielo oscuro. La silueta triste del burro se movía frente a ellos con la cabeza baja. Al muchacho se le llenaron los ojos de lágrimas pero ni rompió a llorar ni se sorbió los mocos. Simplemente se quedó junto al viejo encorvado, sintiendo el roce del cielo con la Tierra. Un rumor antiguo procedente de las rocas. Imaginó un molino de agua en un hayedo y también horizontes como serruchos mellados. El cielo penetrando en la tierra, derramándose sobre ella y, en dirección contraria, los picos elevándose a lo alto. Morada de los dioses. El paraíso del que tanto hablaba el cura. Un tapiz verde en el que los árboles reposaban negligentes, ajenos a su propia abundancia. Arces, abetos, cedros, robles, pinos de Flandes, helechos. Agua brotando entre rocas siempre húmedas. Fresco musgo tapizándolo todo. Charcas donde la transparencia era ley y el sol iluminaba los lechos pedregosos. Torrentes momentáneamente remansados, donde la luz dibujaba espirales iridiscentes.

De repente, el niño se sorbió los mocos, se levantó y, agarrando a una de las cabras, se la puso delante al viejo sin deshacer siquiera la cadeneta de cencerros. Luego, se sentó junto a él y esperó mientras el hombre colocaba la lata en su sitio. Cuando estuvo lista, el pastor le pidió al chico que agarrara las ubres. El muchacho formó dos puños huecos y con ellos rodeó los pezones y apretó. Entonces el pastor le cogió los pulgares y se los colocó de tal forma que las uñas empujaban los pezones contra el interior de los otros dedos. Envolvió con sus manos las del chico y, sin decir palabra, manipuló

las tetas haciendo que la leche saliera despedida. Y así, mediante esa imposición, el viejo le transmitió al muchacho el rudimento del oficio, otorgándole en ese instante la llave de una sabiduría perenne y esencial. La que extraía leche de las entrañas de los animales o hacía que de una espiga pudiera brotar un trigal. En poco rato llenaron la lata y la alcuza, dejando secas a las cabras. Reservaron la aceitera para que el viejo desayunara al día siguiente y se bebieron la lata entre los dos.

Más tarde, montado ya sobre el burro, miró por última vez al pastor, que permanecía recostado. Tenía la barba llena de regueros de leche seca. Parecía dormido o inconsciente. Un fino hilo de brisa le recordó que, durante un buen rato, su cara había sido un astro incandescente.

—Guárdate de la gente del pueblo.

La voz del viejo brotó de un lugar impreciso, allá en su postración.

El muchacho volvió la cabeza hacia el norte y le dedicó una mirada a su incierto destino. Luego recolocó el morral sobre el albardón y le clavó los talones al asno, arrancándole un corto trotecillo que le alejó del castillo entre eructos agrios.

8

La luna en cuarto creciente colgada de un cielo limpio. Miles de millones de estrellas sobre su cabeza, muchas de ellas ya muertas, enviaban su luz a guiños. Debía tomar el camino de sirga en dirección norte hasta llegar a una esclusa. Desde allí, avanzar por una vereda que descendía suave por una loma y seguirla durante un par de horas hasta llegar a un pequeño encinar, desde el que vería una aldea. En ella estaba el pozo. Según los cálculos del viejo, si no se perdía, podría divisar las casas al alba.

Avanzaron junto al canal seco del que cada cierto tiempo salían ramales que desaparecían de la vista sobre los baldíos. Campos azules y vanos. De vez en cuando, el niño cabeceaba sobre el burro y perdía el equilibrio. Entonces se espabilaba brevemente y atizaba al asno con la vara, haciendo que el animal rebuznara incómodo, pero sin que acelerara lo más mínimo. El chico era consciente de que se desplazaban al mismo ritmo que si fueran caminando, pero aun así prefería ir montado porque necesitaba reservar las pocas fuerzas que tenía para cuando llegara al pozo.

«*Guárdate de la gente del pueblo.*» Con cada traspie del asno, el niño se despertaba rumiando la frase del viejo con una mezcla de inquietud y satisfacción. No sabía si se lo había dicho porque su propia vida dependía de que el muchacho regresara con el agua o porque, sencillamente, quería protegerle. Al poco, su cuello empezaba a perder tono y la cabeza caía sobre el pecho nuevamente y otra vez se perdía en su magma de pensamientos y recuerdos. El hoyo, la palmera, el emplasto, la saetera, el pene del cabrero,

las colillas del alguacil.

El chico divisó la esclusa en uno de sus despertares y ya no se durmió. Le metió talones al asno y le animó, apretándole el lomo con los muslos sin obtener respuesta. Cuando llegaron, descabalgó y recorrió los últimos metros con el animal cogido por el bozo. Al borde del canal, lo dejó suelto y el burro agachó la cabeza y comenzó a buscar tallos secos. Se encaramó a la arqueta en la que terminaba la acequia elevada. En aquel lugar, el canal formaba una T con dos ramales que partían en direcciones opuestas. Dos compuertas de hierro accionadas por sendos volantes servían para regular los flujos. Desde su atalaya volvió la vista al sur y recorrió el canal mellado hasta que sus formas se perdieron en la oscuridad. El lecho de la acequia estaba lleno de fango seco. Se dio la vuelta y observó la llanura que caía hacia el norte y cómo la vereda bajaba sobre ella, formando curvas. No vio encinares ni pueblos, tan sólo las pendientes pedregosas con sus costillas de barro erosionado.

Como había predicho el viejo, alcanzó la arboleda poco antes de que el sol apareciera por el horizonte. Amarró el asno a la rama baja de una coscoja y anduvo sobre un lecho de hojas dentadas y caperuzas de bellota vacías hasta el borde norte del bosquecillo. Desde la penumbra de los últimos árboles divisó el pueblo. No más de veinte casas a los lados del camino y una iglesia aislada entre la arboleda y la aldea. A unos metros de la iglesia, un recinto de tapia de la que sobresalían tres cipreses. La brisa que pegaba de costado mecía sus puntas como pinceles invertidos y agitaba las ramas que había sobre su cabeza. Cayó alguna bellota vana sobre el acolchado crujiente, lo que le recordó el hambre que tenía. En el pueblo no se apreciaban signos de vida. Distinguió cercados que le parecieron corrales, pero no escuchó el berrido de ningún animal. Pensó que el lugar podría estar abandonado o, simplemente, que era demasiado temprano para que hubiera gente fuera de las casas. Decidió hacer una primera incursión sin el burro para poder desplazarse con mayor discreción y luego, si las condiciones eran buenas, volver a por el animal, cargarlo de agua y llevarlo de vuelta hasta el castillo.

Salió a campo abierto con las primeras luces del alba, caminando con cuidado para no tropezar. Aunque las botas todavía le separaban del suelo, en

algún momento se había descosido la parte delantera de una de las suelas y ahora le entraba arenilla. Se agachó para vaciar la bota y reparó en que todavía tenía manchas de humo y sangre en el dorso de las manos. Se llevó las puntas de los dedos a los pómulos y se palpó las costras que empezaban a formarse. Todavía apestaba. La brisa roló y notó como el fresco del amanecer le entraba por los desgarros de las perneras. Si había algún perro en la aldea, no tardaría en empezar a ladrar.

Pensar en perros le aflojó el estómago porque el alguacil protegía su mansión con uno del color del chocolate. Dóberman, lo llamaba. Orejas como pinchos sobre una cabeza de piedra y el hocico embreado que le revolvía la ropa y le hacía tambalearse. Muchas fueron las veces que el alguacil le sometió a su presencia cuando se resistía a sus deseos. El pensamiento como un cincel frío sobre sus tiernas fontanelas o una afiladísima gubia levantando la piel de sus codos en busca del hueso blanquecino. Se encogió temblón hasta agarrarse las piernas y se orinó en los pantalones por segunda vez en una semana. La luz se iba aclarando a su alrededor, arrancándole al paisaje formas nuevas.

Cubrió el tramo que le separaba del cementerio a cuatro patas. Llevaba arena pegada en la zona humedecida de la entrepierna. Cuando alcanzó la parte más próxima, se incorporó y rodeó el recinto hasta llegar a la esquina oeste. Desde allí vio algunas casas del pueblo, aunque no el pozo, porque la iglesia se interponía en su visión. Cruzó encorvado el trecho que separaba el cementerio del templo hasta alcanzar el techado que daba sombra al pórtico. Como en su pueblo, una bancada de mampostería unía entre sí los pilares que soportaban el tejadillo, a excepción de un tramo vacío que permitía el acceso al templo. El espacio estaba alfombrado con las hojas de una acacia próxima que el viento había traído y revuelto al pie de los asientos. La puerta, desencajada de un gozne, amenazaba con venirse abajo. Rodeó la construcción y se dirigió hacia el ábside siguiendo la pared cochambrosa. Encontró trozos de tejas y adobes en su camino y no le cupo duda de que la iglesia estaba abandonada. Un hallazgo que le tranquilizó y le inquietó por igual ya que si nadie cuidaba del edificio, era porque nadie acudía a él. Pensó que, probablemente, no tendría que esconderse de ningún habitante del lugar.

Sin embargo, la falta de moradores podía suponer también la falta de agua. Se apostó contra el ábside desde el que, por fin, pudo tener una visión panorámica del pueblo. A esa distancia distinguió tejados hundidos y algunas ventanas descolgadas, y también una cosechadora de madera y hierro como un caballo de Troya comido por la maleza.

Entró en la aldea por el mismo camino que le había llevado hasta el encinar y cuyo último tramo había hecho campo a través. A ambos lados de la calle de arena encontró por igual casas cerradas a cal y canto o puertas derribadas por las que se podía ver el mismo cuadro repetido: vigas de madera caídas del techo abriendo grandes lucernarios que iluminaban montones de escombros. Baldosas de barro hidráulico con motivos de colores apagados y sucios. Algún cuadro con la figura de los monarcas o almanaques atrasados con anuncios de nitratos. Había vigas de madera con cuerdas de pita enrolladas y trozos de falso techo de escayola armada con cañizo. De algunas fachadas colgaban canalones de hojalata cuyos fiadores se habían soltado de los muros, dejando agujeros como impactos de bala. Los desconchones mostraban los esqueletos de las casas, vigas y tornapuntas de madera gruesa. Se acercó a una de las construcciones y asomó la cabeza. Olía a sombra y a aceitunas podridas. Escuchó el aleteo de las palomas en algún lugar de la techumbre y sus arrullos monocordes.

Hacia el final del pueblo, la calle se abría formando una plaza de bordes discontinuos como la parada de una caravana de pioneros. En un lado, el pozo de cuyo arco de forja colgaba una garrucha sin cuerda ni cubo. Se asomó al brocal de granito con pocas expectativas y, hasta que sus ojos se adaptaron a la penumbra de la sima, no distinguió nada. Cuando la oscuridad empezó a disolverse, pudo ver la pared de obra que descendía y, a unos cinco metros de profundidad, un arco de ladrillo que cruzaba el pozo de lado a lado como contrafuerte. Por debajo de ese nivel ya no pudo apreciar nada. Dejó caer una piedra que tropezó en el arco y luego continuó su descenso. Al momento escuchó el sonido ensordecido del agua recibiendo el guijarro. Tiró algunas piedras más para confirmarlo. Con las manos apoyadas en el brocal, resopló.

De sobra sabía lo que era un pozo abandonado y su agua malsana.

Recorrió las ruinas de las casas desliando pitas de la madera. Algunas estaban simplemente enrolladas, pero otras estaban clavadas con tachuelas de forja. Con la lama suelta de una ballesta, sacó clavos hasta que tuvo cuerda suficiente. En una despensa encontró varias latas de conserva hinchadas. Colocó una en el suelo y, sujetándola con una mano, golpeó la tapa con la esquina de una baldosa. Un chorro de líquido marrón salió despedido. El olor era tan fuerte que tuvo que salir a respirar a la calle. Mientras esperaba, construyó un cubo poniéndole un asa de cuerda a una orza de barro. Luego, abrió con la ballesta la tapa de la lata de conserva, la vació allí mismo y regresó al pozo.

En el agua que subía nadaban pequeñas lombrices blancas. Se desplazaban encorvándose y estirándose como resortes minúsculos. Vertió un poco de agua en la lata para enjuagarla y, cuando estuvo medio limpia, se quitó la camisa y la puso sobre la boca del recipiente a modo de filtro. Allí se iban quedando lombrices y renacuajos, que saltaban en la tela como atunes en una almadraba. El primer trago le supo limoso, pero era tanta su necesidad que pasó por alto los avisos y bebió hasta que no pudo más.

Se lavó la cara acartonada y todavía, muchas horas después del fuego, las gotas cayeron negras sobre el polvo. Se desnudó y descolgó de nuevo la orza. El agua no se llevaba toda la mugre pero le refrescaba y, por primera vez desde que escapó, sintió algo parecido a las comodidades de las que disfrutaba en la casa de su familia. La mezcla de hollín, polvo, sangre y orina formaba churretes oscuros que le corrían por las piernas. Se echó agua en la cabeza repetidas veces y, antes de volver en busca del burro, se sentó sobre el brocal a descansar.

Notó los primeros dolores a medio camino entre la aldea y el encinar. Retortijones que le obligaron a encogerse como un feto en plena vereda. Oleadas de presión sobre el abdomen o la sensación, aun hecho un ovillo, de estar siendo golpeado en la tripa. Allí mismo se bajó los pantalones y defecó. Sintió un alivio momentáneo y, por un instante, su abdomen pareció volver a su ser. Se limpió con una piedra y, cuando fue a subirse los pantalones, un nuevo retortijón le aflojó las piernas. Tuvo el tiempo justo para volver a bajárselos antes de que un nuevo chorro le manchara los bajos y los talones.

Notó una infinita necesidad de vaciarse y sintió que se abría en su cuerpo una espita imposible de cerrar.

El burro pacía tranquilo, apersogado en el lugar donde lo había dejado. Mordía por igual brotes de coscoja abortados la primavera anterior o esparragueras enanas y crujientes. Lo desató, se montó y salieron al camino. Avanzaron al ritmo sosegado del viejo asno con un contoneo que de nuevo le revolvió el estómago. Por suerte, ya no le quedaba nada dentro. Muchos días a la intemperie, una noche encaramado en una saetera y la siguiente, en vela, buscando esa agua medio podrida. Haberla encontrado y, sobre todo, no haber tenido que enfrentarse a los lugareños para conseguirla, le destensó de tal forma que, para cuando entraron en el pueblo, dormía abrazado al cuello del animal, con la armadura del albardón clavada en el estómago. Como si de un zahori se tratara, el burro avanzó por la calle arenosa hasta llegar a la plaza, donde la orza tumbada había formado un charco bajo su boca. Cuando llegaron, el burro se detuvo y agachó la cabeza para lamer la humedad del barro. El chico se desequilibró y, a punto de caer, se despertó. Se irguió sobre el animal y estiró los puños hacia el cielo, luego los abrió y notó un leve chasquido en el plexo solar. Descabalgó y lo primero que hizo fue tirar la orza al pozo y dar de beber al asno. En cuanto le puso el recipiente delante, el animal metió el hocico por la boca redonda y lamió el agua hasta que la lengua ya no alcanzó más profundidad. Mientras el animal bebía, el chico sopesó la posibilidad de descargar las garrafas, llenarlas y luego volver a cruzarlas sobre el albardón. Las garrafas, envueltas en mimbre, eran como las que siempre había visto llenas de vino y calculó que en ellas entrarían, al menos, dos arrobas de agua en cada una. Descartó la opción por inviable y decidió que iría llenándolas poco a poco, sin descargarlas del burro. Pasó la siguiente hora sacando agua del pozo y vertiéndola en las garrafas alternativamente, para evitar que el hatillo se desequilibrara y cayera al suelo. Cuando creyó que había completado la mitad de la carga, decidió sentarse a descansar. Dio la vuelta al brocal en busca de la parte más sombreada, pero el sol estaba muy alto y apenas proyectaba la silueta de la piedra a medio metro. Podría haberse metido en cualquier casa pero, dado el estado ruinoso de la mayoría de los techos, desechó la posibilidad. Como hiciera mientras

caminaban hacia el carrizal, acercó al burro y lo colocó cerca del brocal para que le protegiera. Luego se sentó contra la piedra sujetando el cabo para que el asno no se moviera y se quedó dormido.

Se despertó acalorado y con sensación de humedad en los pies. Abrió los ojos y vio el final de sus piernas enterrado en un montón de excrementos del burro, con restos de orina alrededor. El animal se hallaba a un par de metros, espantando moscas con el rabo. No sabía cuánto tiempo llevaba al sol, pero por su cabeza cruzaron recuerdos del emplasto del cabrero y del perro lamiéndole los dientes. «Dios», gritó y se puso de pie de un salto. Notó un mareo y cómo perdía la visión por un momento. Se apoyó en el pozo para mantener el equilibrio y, mientras su consciencia regresaba, con ella llegó también un odio repentino por aquel animal al que tan sólo había pedido sombra y hasta eso le había negado. Dio dos zancadas hasta el asno y le soltó un puñetazo de rabia en la frente. El animal meneó la cabeza como si nada, pero a él, el dolor se le propagó desde los nudillos hasta el cráneo como un calambrazo. Gritó entonces entre las cuatro casas derruidas y continuó gritando más allá del dolor que sentía en los huesos. Un aullido que lo agotó y lo hundió hasta hacerle caer de rodillas en medio del polvo de la plaza.

—No pareces muy contento, chico.

Saltó como un gato en dirección contraria a la voz que sonaba a su espalda y, sin mirar atrás, corrió en dirección al pozo y se tiró tras el brocal. Permaneció quieto, tratando de ganar tiempo mientras intentaba escuchar los movimientos del hombre. Durante unos segundos sólo se oyó el zurear de las palomas entre los maderos y las tejas. Luego, el chirrido metálico de un eje que identificó como una carretilla. Imaginó a un labrador.

—Sal de ahí, chico. No voy a hacerte daño.

—Yo no he hecho nada.

—Ya lo sé. Te llevo viendo desde que estabas en la iglesia.

El niño movió la cabeza en todas direcciones, como si quisiera encontrar los ojos de más vigilantes tras cada ventana de la plaza.

—Déjeme marchar.

—Sal de una vez. Ya te he dicho que no te voy a hacer nada.

—No.

El chico miró hacia la entrada del pueblo y sopesó la posibilidad de huir corriendo hacia el sur, pero la calle era demasiado larga y, si el hombre tenía una escopeta, sería un blanco fácil. Pensó que, aun en el caso de no ser abatido, llegar hasta el castillo en pleno día sería una aventura casi imposible. Si, además, volvía sin agua, el viejo moriría y no le cupo duda de que él también.

—¿Cómo sé que no me va a hacer nada?

—Sólo tienes que asomar tu cabezota y echarme un vistazo.

El pelo largo apelmazado, barba negra y un sayo de arpillera raída atado a la cintura por toda vestimenta. Tenía las manos incompletas y sus piernas estaban amputadas justo por debajo de las rodillas. Unas correas de cuero ennegrecido unían sus muslos a una tabla de madera con cuatro cojinetes grasientos por ruedas. La tensión de los músculos del chico decayó ante la amenaza incumplida y, entonces, como si observara un cuadro, recorrió embelesado el extraño cuerpo, desde los rodamientos hasta la cabeza. Lo observó a través de un tubo de paredes calafateadas al final del cual el hombre y su madera le parecieron un único ser. Ambos, madera y hombre, estaban igual de sucios y ni siquiera el olor a orines y creosota que emanaba le sacaron de su asombro. Le embotó la visión del ser extraño y también sus propios efluvios reseco que poco a poco habían sido absorbidos por sus poros, y que ya parecían formar parte de él.

—¿Te gusta mi tabla?

Abandonó su estado de asombro con desgana. Había sido tal el susto que ahora toda la sangre de su cuerpo recorría sus venas laxas sin propósito alguno. De repente, quien le hablaba le resultó tan inofensivo que confundió alivio con descortesía y se dirigió a él con displicencia, sin reparar en que aquel hombre bien podía ser el dueño del pozo o esconder una pistola bajo el sayo.

—Sólo he cogido un poco de agua.

—No pasa nada. Puedes tomar toda la que quieras. Lo único es que no está buena. Quizá ya te haya entrado la cagalera.

El niño se calló y contrajo el esfínter por si acaso.

—¿Qué haces por aquí tú solo?

—No estoy solo. Mi padre y mi hermano están esperándome en el encinar de ahí arriba.

—Y te han mandado a por agua, ¿no?

—Sí.

—Pues ve a buscarlos. Podéis comer en mi posada. No os cobraré mucho.

El niño miró a su alrededor en busca de un cartel que anunciara el establecimiento, pero sólo vio casas cerradas o caídas. Torció el gesto.

—Está ahí detrás.

El tullido estiró el cuello hacia un lado, señalando la salida norte del pueblo. El chico pensó que mentía, porque nadie en sus cabales tendría un negocio así en aquel lugar.

—Es cierto, zagal. Aunque no te lo creas, por este camino se va a la capital. Cuando termine la sequía, volverán a pasar otra vez por aquí los tratantes y los viajeros.

El niño miró en la dirección que había indicado el tullido. Había una casa con la puerta abierta y no del todo derruida casi al final de la calle. Pensó que, si aquélla era la posada, debía de ser muy barata.

—Tenemos prisa. No podemos pararnos a comer.

—Al menos cómprame un pan.

—No tengo dinero.

—Llévate entonces unas perrunillas. Quiero que me recordéis la próxima vez que paséis cerca de aquí.

El chico se resistía a acompañarle. Le daba miedo que hubiera alguien esperando en la casa, pero el tullido hablaba de pan y de dulces con una alegría que lo engatusaba. El interior de sus mejillas se humedeció por la visión. Recordó el turrón que comían en Navidad y tuvo el arranque de acompañar al hombre, pero se contuvo. Pensó que aquel ser, con sus cuatro dedos entre las dos manos, era incapaz de hacer dulces. Decidió que llenaría las garrafas sin perder de vista al tullido y luego se marcharía por donde había venido.

—Tienen almendras y azúcar —añadió el tullido.

Lo siguió por la calle de arena apisonada. El hombre avanzaba impulsándose con un par de tacos de madera que sostenía con firmeza a pesar

de la falta de dedos. A medio camino, se atascó en un lecho de arena y tuvo que dar marcha atrás y rodear el obstáculo.

—A veces engancho al cerdo para que tire del carro. Es lo mejor. Moverse así te destroza las manos y los brazos. Lo que daría yo por un burro como el tuyo.

El chico imaginó al cerdo guarnecido con todos sus arcos de enganche y al tullido detrás sobre su carriola como si fuera un trotón de carreras. La última vez que el chico vio un cerdo fue cuatro inviernos atrás. Lo mató su padre con la ayuda de un hombre del pueblo. Su madre hizo el embutido mientras él y su hermano revolvían la sangre con las manos.

La casa tenía un emparrado raquítico sobre la fachada donde quizá, como decía el tullido, se sentaron arrieros en otros tiempos. Había una ventana a cada lado de la puerta con sendos poyetes de mampostería bajo ellas. Las contraventanas cerradas eran de chapa verde y en el centro de cada hoja había un rombo dibujado con agujeros. El interior de la casa estaba oscuro y, frente a la puerta abierta, el chico no pudo distinguir nada del interior. El tullido entró en la casa y se perdió en la penumbra. El muchacho ató al burro a una argolla de hierro que había junto al alféizar de una de las ventanas. Agarró el morral que colgaba del albardón y, antes de entrar, le echó un vistazo al animal cargado. Pensó que, por poco tiempo que parase a comer, debería aliviarle de su peso. Intentó levantar una garrafa pero, aunque podía con ella, supuso que, si la levantaba, la otra, a la que estaba unida, podría desequilibrar al asno. Entonces se miró la bota todavía húmeda y luego se puso los nudillos delante de la cara y recordó el calambrazo de dolor que aún perduraba en su brazo y el rato que el burro le había dejado al sol. «Aquí te quedas», pensó.

El tullido asomó la cabeza por la puerta.

—¿Pasas o no pasas?

El muchacho afirmó con la cabeza. El hombre volvió a entrar en la casa y el chico se aproximó a la puerta con cautela. Bajo el dintel notó el frescor que salía del interior oscuro trayéndole aromas cárnicos. Desde la calle pasó directamente a un salón grande tan sólo iluminado por la lengua de luz que entraba por la puerta. Olía a madera carcomida y a tripa seca de embutir. El aire perfumado de aceite dulce y vinagre. De repente, el tullido abrió una

contraventana al fondo de la estancia y la luz penetró haciendo emerger los detalles de sus escondrijos umbríos. Aparecieron chacinas colgadas, paletillas, costillares ahumados, una careta de cerdo seca. Al fondo, un par de costales grandes de harina y un tonel. Una alacena con almendras y botellas de vino. Una caja de madera redonda con sardinas saladas colocadas como radios de bicicleta y varias piezas de bacalao colgando de una barra. Sacos de castañas secas, de carillas y de azúcar y, al fondo, una puerta con una cortina entreabierta que prometía más viandas.

—También vendo víveres a los viajeros.

Comió un potaje de alubias y berzas con un toque rancio de unto. Rebañó el plato de lata esmaltada con rebanadas de hogaza. Pidió agua, pero el tullido le dijo que el agua del tonel estaba todavía sin sanear. Por no esperar a que el agua de la cuba cociera y se enfriara, comió con medio chato de vino de pitarra, que el tullido le acercó voluntarioso. Luego perrunillas, dátiles y almendras garrapiñadas.

Mientras engullía la comida, el hombre le contó que la poca gente que quedaba en el pueblo se había marchado cuando el pozo había dejado de dar «agua en condiciones». También le habló del tránsito del camino que atravesaba el pueblo y de la posada. La regentaba su hermano y en ella había vivido junto a él, su cuñada y sus dos sobrinos. Cuando llegó la sequía, le dijeron que se iban a la ciudad en busca de trabajo y que volverían a por él con un carro en cuanto estuvieran instalados. «De eso hace ya un año», le confesó. Luego, mientras le hablaba de arrieros, tratantes de lana y queso de cabra, se quedó amodorrado sobre la mesa.

Sueña que lo persiguen. El sueño de siempre. Corre delante de alguien a quien nunca ve, pero cuyo aliento caldea su nuca. Alguien que acelera cuando él corre y se detiene cuando él para. Transita por las calles empedradas y húmedas de una ciudad que no conoce. De hecho, nunca ha salido del pueblo ni visto imágenes de ciudad alguna. Calles vacías y mojadas donde la luz de las farolas rebota y barniza los adoquines haciendo que parezcan de carbón pulido. Dobla esquinas y corre por callejuelas cada vez más estrechas y oscuras. Los pasos de su perseguidor, siempre a su espalda. Entra en una casa, recorre pasillos iluminados por farolas de gas que

desprenden un halo amarillento cada vez más tenue. El aire, caliente y pastoso, se le engancha en la ropa, haciéndole perder velocidad. El aliento detrás. Entra en una habitación donde la única luz que hay está más allá de las ventanas. Abre puertas por las que penetra en habitaciones cada vez más pequeñas y con techos más bajos. Al final, se haya tumbado con el pecho contra un suelo de tablas que rezuman humedad y bichos. El techo es tan bajo que le da en la espalda. El aire, grasa de tren. Inmóvil, atrapado y con la sensación de sumergirse cada vez más en las profundidades de la tierra, en busca del magma primigenio. Luego, unos segundos de consciencia en la estrechez de su ataúd y, por último, un espasmo que golpea su cabeza contra la mesa.

Se despertó solo y encadenado por la muñeca izquierda a la única columna de la sala. Tenía una pequeña brecha en la frente. Le dolían la cabeza y el estómago. Necesitaba hacer de vientre, pero no podía moverse más de un metro. Las ventanas volvían a estar cerradas y tan sólo se distinguían los puntos de luz que se colaban por los rombos de chapa de las contraventanas. Intentó sacar la mano del grillete, pero estaba demasiado ajustado. Estirando el brazo todo lo que pudo, consiguió alcanzar la ventana con la punta de un pie. La posición le hizo eructar y notó cómo los ácidos de la comida le subían a la garganta, dejándole un gusto a bilis en la boca. Tocó la hoja con la punta de la bota, pero no tenía suficiente libertad como para poder empujarla. Tanteó a su alrededor en busca de algún objeto que le sirviera, pero a su alcance únicamente encontró la silla de anea en la que estaba sentado. Con la mano libre la agarró para intentar alcanzar la ventana con ella, pero pesaba demasiado y no podía manipularla. Metió la mano entre las lamas del respaldo y así, apoyando la silla en el antebrazo, consiguió elevarla por encima de su cabeza. Con los ojos cerrados, la estrelló contra la mesa y notó cómo el mueble se descuajeringaba y perdía peso. Siguió golpeando hasta que sólo quedaron en su mano las dos tablas del respaldo y la pata torneada a la que estaban ensambladas. Con ella tanteó la ventana cerrada, rompió el cristal y empujó hacia fuera las hojas de chapa. La luz que se coló no era la misma que la que había entrado cuando el tullido había abierto por la mañana, pero era suficiente para iluminar la estancia.

Lo primero que descubrió fue que el burro no estaba donde él lo había dejado. Comprobó que la pieza que le apresaba la muñeca era una argolla de hierro con candado. Golpeó el cierre contra la mesa y luego contra el suelo sin que el metal se abriera. Miró alrededor en busca de algo que pudiera servirle, pero sólo encontró comida y bebida. Había caminado por la inmensidad del llano comiendo almendras y bebiendo leche de cabra y, ahora que estaba rodeado de aquellos manjares, no podía moverse.

De pie, atado a la columna de hierro, trató de dibujar la situación en la que se encontraba: estaba encadenado, el tullido había desaparecido y el burro ya no estaba donde él lo había atado. A pesar de ser, posiblemente, la única persona de la comarca con comida suficiente como para aguantar un año, el tullido había huido, dejándole cautivo. Formó en su mente la estampa de la tabla con cojinetes tirada por el cerdo tal y como le había contado el tullido antes de entrar a la posada. Se preguntó si era tal su ansia de libertad que lo había abandonado todo por un burro viejo. Al menos no le había matado para quedarse con el animal. Pensó en el cabrero. Lo imaginó tirado al pie de la muralla a punto de dejar de respirar. Los cuervos quietos sobre la cabeza del Cristo o apostados en el maticán a la espera de su momento. Las cabras enloquecidas por la falta de agua. Entendió que él podría correr la misma suerte si no lograba escapar. Moriría de hambre o de sed atado a aquella columna. Pensó en su familia tratando de hallar algún consuelo, pero no lo encontró porque había sido ella la que le había empujado hasta aquel lugar.

Sobre la mesa todavía estaba el plato en el que había comido, rodeado de astillas de madera y trozos de la silla que había partido. Con la mano despejó un trozo de tabla para sentarse y sólo entonces reparó en algo que su ansia por engullir le había impedido ver antes. En una esquina de la mesa, junto a un barreño esmaltado, había un cenicero de lata. En él, una única colilla marrón cuya visión le hizo palidecer y provocó que el estómago se le soltara de nuevo. Se aclararon entonces sus suposiciones acerca de la huida del tullido, y ya no sintió otra cosa que la necesidad de escapar de allí y alcanzar al hombre que iba a delatarle.

Trató de poner sus ideas en orden. No sabía el tiempo que había pasado

dormido ni cuánto hacía que había partido el tullido. Lo único que sabía era que tenía que alcanzarlo antes de que encontrara al alguacil. Forcejeó con el grillete probando posturas que le permitieran sacar la mano hasta que el roce del hierro le hizo daño. Miró a su alrededor en busca de algo que le ayudara, pero el tullido se había encargado de colocar fuera de su alcance cualquier objeto que le pudiera servir de herramienta. Lo único a lo que tenía acceso era a las chacinas colgadas de la pared, sin duda, pensó, algo previsto por su carcelero para mantenerlo con vida hasta su regreso con el alguacil. Se preguntó por la recompensa que habría ofrecido por él.

Se acercó cuanto pudo a la pared hasta alcanzar los embutidos. Tiró de un trozo de tocino con fuerza, haciendo que el gancho del que colgaba lo desgarrase. Lo manoseó tanto como pudo y luego se frotó la muñeca cautiva con el sebo. Intentó sacar la mano sin éxito. Frotó entonces el tocino enérgicamente contra la argolla, como si el hierro fuera a ablandarse de ese modo. El olor rancio de la grasa se mezclaba con el hedor que desprendía su cuerpo. Cogió el metal con la mano libre y tiró de la cautiva mientras la giraba dentro del aro. Lo intentó cogiendo la argolla con las rodillas y tirando con las dos manos. Se hizo daño en la muñeca y desistió.

Con los codos apoyados en la mesa de madera, la argolla algo caída por debajo de la muñeca, jugó a movilizar el pulgar desde su base. Lo volvió a untar de grasa y lo masajeó largamente. Buscó la articulación del mismo modo que su madre buscaba las tabas en los muslos de las gallinas. Los dedos en pinza a ambos lados de la articulación haciendo que se deslizaran las falanges entre sí. Luego, cuando su dedo y su cabeza estuvieron calientes, hizo un rulo con la servilleta con la que había comido y se la puso entre los dientes. Enganchó la argolla a un herraje de la mesa y tiró con todas sus fuerzas. Notó cómo el hierro desgarraba la piel de su pulgar y cómo los huesos se le juntaban en los nudillos y se acomodaban, ayudados por la grasa, al anillo que lo apresaba. En un momento la mano quedó encajada y no pudo tirar más. Le ardía la piel y la compresión le producía un dolor insoportable. Llorando, apoyó la planta de su bota en la gruesa pata de la mesa y, agarrándose la muñeca presa con la mano libre, dio un último y brusco tirón que le hizo perder el equilibrio hasta caer sobre los sacos que había a su

espalda. Escupió la servilleta y, entre sollozos, se acercó la mano para poder examinarla, pero con las ventanas cerradas apenas entraba luz en la habitación. Abrió el cerrojo del portón y salió a la calle donde la tarde caía anaranjada por el oeste. Tenía el pulgar ensangrentado y no pudo ver el alcance de su lesión. Volvió a entrar y se dirigió al tonel. Le quitó el corcho a la piquera y dejó que el agua que salía a raudales cayera sobre la herida. Bebió un trago y volvió a poner el corcho en su sitio. Tenía una lengua de piel fruncida colgándole del dedo. El grillete le había desgarrado hasta dejar el hueso a la vista. Se llevó la mano herida al pecho y, agarrándosela con la otra, lloró de dolor y rabia.

Se colocó la tira de piel sobre el hueso y la estiró lo mejor que pudo para intentar tapar el desgarró. Se enrolló la mano con la servilleta y le hizo un nudo ayudándose con los dientes. La sangre enseguida manchó la tela.

En su morral metió dos chorizos, una navaja, una botella de agua, otra de vino y cerillas y salió a la calle. Miró al cielo y calculó que todavía le quedaban dos o tres horas de luz al día. Un rastro de herraduras y rodadas estrechas salía en la dirección por la que él había llegado al pueblo. Se ajustó la correa del morral, apretó su mano contra el pecho y comenzó a correr.

Era casi de noche cuando distinguió la figura del asno avanzando lenta hacia el sur sobre un camino recto, flanqueado por zanjas de desagüe. El roto de su bota había cedido y llevaba mucho rato medio trotando medio andando, con la punta de la suela colgando como una lengua negra. De vez en cuando le entraba gravilla, pero, hasta que no notaba algún abrojo punzante, no se detenía a vaciar la bota. A medida que se aproximaba a su objetivo, redujo la marcha y se hizo a un lado del camino porque pensó que, si el tullido le presentía y miraba hacia atrás, podría tirarse a una de las zanjas que corrían junto a la vereda. Fue a unos cien metros de distancia cuando tuvo una imagen clara del tinglado que había montado el hombre. Con una soga había hecho una collera tosca de la que salía un cabo que rodeaba al animal por detrás, como la rienda de una yunta. Había enganchado la tabla a la cuerda y fustigaba al animal en los cuartos traseros con una vara medio pelada. Una calesa desportillada que planeaba, torpe, a ras de suelo. El animal estaba otra vez aparejado con cuatro serones de esparto, en dos de los cuales reconoció

sus garrafas de agua. Tuvo que imaginarse al tullido liberado de su tabla, apoyado sobre los muñones de sus rodillas, para entender cómo había podido descargar al asno, volver a aparejarlo con las nuevas aguaderas y meter de nuevo en ellas las garrafas.

Desde la distancia, el chico pensó que el tullido debía de ser un hombre muy codicioso para emprender un viaje así por una recompensa, lo cual le hizo preguntarse una vez más por el precio que el alguacil habría puesto por él.

A falta de pocos metros para alcanzarlo, aumentó su sigilo. Cuando consideró que no podía fallar, se agachó, agarró una piedra angulosa del tamaño de una patata grande y, apuntando a la cabeza del tullido, la lanzó. El proyectil pasó por encima del hombre y golpeó al burro en los cuartos traseros. Por primera vez desde que lo conocía, el animal se rebrincó y rebuznó con todas sus fuerzas. Se buscó las ancas con el hocico y soltó coces a diestro y siniestro, una de las cuales alcanzó al tullido en la frente, dejándolo inconsciente. El burro comenzó a correr sin rumbo, como si tirara de un arado de cencerros. Arrastró el cuerpo inerte del tullido con la tabla atada a los muslos, de un lado al otro del camino. La cabeza rebotaba lacia sobre las piedras. Luego el asno se calmó, giró sobre sí y avanzó a empellones hacia el niño. A medida que se acercaba, aminoraba el paso hasta que, ya cerca del muchacho, se detuvo. El chico, paralizado por la violencia de lo que acababa de ver, lo miraba fijamente como si hubiera dominado a un toro con el pensamiento. Estiró la mano hacia el animal y el asno acudió mansamente a olisquearla. Los bordes de la tabla habían rascado la tierra apisonada, marcando el suelo con surcos que el cuerpo del tullido había difuminado a tramos. Las manos del niño buscaron la quijada del animal y le masajearon el pellejo que se deslizaba fofo sobre la mandíbula. El asno bufó por los ollares como un niño enfadado hasta terminar de soltar todo el dolor que le había provocado la pedrada.

Pasó un rato abrazado a la cabeza del animal mientras la noche se cerraba a su alrededor. Descansó en un silencio que sólo alteraba la cola del asno al espantar a los tábanos. Estaba ahí de pie, parado, dejándose llevar o esperando a que un soplo de valentía le ayudara a comprobar si el hombre

estaba vivo o muerto. El burro meneó la cabeza y el recio pelo del tupé que le asomaba entre las orejas le pinchó la frente. Entonces se separó de él, se estiró y, como si de repente aquél fuera su oficio, rodeó decidido al animal y se situó frente al cuerpo inánime de su delator. Acercó una oreja a la boca del hombre y comprobó que respiraba. Le palpó la chaqueta y en el bolsillo interior encontró un sobre con tabaco, un mechero y un papel doblado. Lo abrió y lo orientó hacia el crepúsculo. No distinguía el texto, pero sí los tipos gruesos del bando en el que se proclamaba su desaparición. Daban veinticinco monedas a quien aportara información fiable de su paradero. Dobló de nuevo la hoja y la volvió a colocar donde estaba.

Cortó las cuerdas que unían la tabla a la collera y palmeó al burro en las ancas, deshaciendo el centauro. El animal se hizo a un lado del camino, dejando al hombre tirado en el suelo con la tabla atada a sus muslos. Los rodamientos sucios y quietos mirando al cielo y la marca de la herradura en su frente, como una U enrojecida. Una línea quebrada de sangre brotaba de la herida que había abierto uno de los clavos. La violencia de la escena o el pensamiento recurrente de que ese hombre iba a ponerle en manos de su verdugo le enervaron. Le dio una patada en los riñones que recolocó al tullido entre las piedras del camino en una nueva posición, al tiempo que le arrancaba un quejido somnoliento. La boca medio abierta contra la tierra, los labios empanados con arena y un punto rojo en el lugar del polvo donde caía la sangre.

Miró a su alrededor, reconoció algunos accidentes del terreno y calculó que ya debían de estar cerca de la esclusa. Mientras perseguía al tullido, sólo había manejado una posibilidad: la de abatirlo, abandonarlo y continuar con el burro y el agua al encuentro del cabrero. Ahora, con el grueso cuerpo a sus pies, tenía que reconsiderar sus opciones. Sabía que dejarlo allí mismo significaba condenarlo a morir en uno o dos días bajo un sol como un martillo. Llevarlo con él supondría un lastre para el avance y, aunque jurase arrepentirse de su intento de delación, seguramente sería una fuente de problemas cuando se reunieran con el cabrero. Consideró la opción de emprender el camino de vuelta a la aldea y dejarlo a salvo entre sus víveres. En ese caso, seguramente, llegaría demasiado tarde a su encuentro con el

cabrero.

El chico, con el pulgar palpitando bajo la servilleta y los pies desollados, trató de poner en orden sus opciones para poder obrar con juicio. Debía tomar una decisión que salvaría a un hombre y, al tiempo, condenaría a otro a una muerte segura. Su corazón estaba con el cabrero, pero era el cuerpo del tullido el que se desangraba a sus pies y cuya imagen retorcida arrastraría el resto de su vida. Supo que hiciera lo que hiciera incurriría en pecado mortal, y eso le trajo a la memoria la figura del cura sobre el púlpito: la casulla amarillenta, el dedo en alto, la curvatura de su vientre y su saliva lloviendo sobre los feligreses. El justo y el fariseo, el sabio y el necio, el manso y el sátrapa, la meretriz y la madre. Las categorías con las que se tejían, al parecer, los designios del Señor y sus opuestos. Sermones que no le iluminaban. Pensó que el infierno que le esperaba al final de sus días no debía de ser muy diferente del sufrimiento en el que vivía. Que aquel pozo flamígero, cargado de almas negras, bien podía ser el llano con su caterva de mezquinos.

A sus pies, el lisiado pareció volver en sí, retorciéndose informe junto a su montura. Gemía palabras resinosas que no terminaban de cuajar en ninguna expresión conocida. El dialecto del cancerbero que habría de recibirle a las puertas del Hades. Imaginó las piernas del tullido entre los matojos. Pensó en el cabrero, en su padre y, por último, en el alguacil. Su imagen se quedó prendida en sus párpados como un fognazo palpitante. El hombre volvió a gemir y el chico, con los dientes prietos, le arreó una patada en la boca que le envió de regreso al lugar en el que estaba antes y, de paso, abrió una ventana entre sus colmillos podridos. Notó la sangre recorriendo su cuerpo y cómo le abrasaba por dentro. Le picaba la cabeza y tenía la bota llena de chinas. Miró a su alrededor, quizá en busca de testigos o de auxilio, y no encontró nada. Tan sólo los restos de una alberca abandonada a unos metros del camino. Por un momento pensó en llevar al tullido hasta allí y tirarlo dentro para que nadie lo encontrara o para que se muriera cocido al día siguiente. Podría arrastrar su cuerpo desnudo sobre las rocas, atar sus manos a las tuberías de hierro que emergían del suelo cerca de la alberca y desmembrarlo con la ayuda del burro. Podría llevarlo con él, curar sus

heridas y pedirle perdón. Entonces el hombre emitió otro gemido lejano y el niño lo miró. Dio dos pasos hacia atrás y luego le propinó una nueva patada en la cara que le destrozó la nariz. Ése era el tamaño de su desasosiego.

9

Arreaba al burro a sabiendas de que no iba a acelerar el paso. Quería alejarse cuanto antes del lugar en el que ahora reposaba el tullido. Rumiaba una justificación que no le servía para nada. Algo sobre justos y pecadores o sobre la aguja, el camello y el reino de Dios. No estaba seguro de haberlo condenado a una muerte inminente. Antes de abandonarlo, había volcado junto al cuerpo todo el contenido de su morral. A cambio, él se había llevado el burro cargado con las dos garrafas de agua y con la comida que había echado el tullido para su viaje en busca del alguacil. Quizá la ruta estuviera más transitada de lo que imaginaba y a la mañana siguiente ya estaría a salvo en el carromato de algún viajante, entre sacos de castañas secas y orejones.

Todavía era de noche cuando divisó el perfil roto del castillo. La media luna dibujaba la ruina con la textura de una aguada azulosa. A medida que se acercaba, distinguió el montón de cadáveres a un lado y escuchó el cencerro de alguna cabra despierta. El tintineo le alegró porque, desde que dejó el castillo la noche anterior, había sentido un peso en el fondo del estómago: la idea de que, cuando regresara, el pastor ya no estaría allí. El sonido del cencerro no era el pastor pero, al menos, no era el silencio absoluto. Espoleó al burro y le animó empujándole con movimientos de cintura. Cerca de las cabras muertas, escuchó el zumbido monótono de miles de moscas que no veía y a las que imaginó como una nube negra sobre la montaña muerta. El aire no corría hacia él pero, aun así, tuvo que cubrirse la boca para que aquella peste tóxica no le hiciera vomitar. A unos metros de la pared,

descabalgó de un salto y caminó deprisa hacia el lugar donde había dejado al cabrero con su ajuar pero, antes incluso de ver cómo estaba el viejo, quería encontrar el cazo y poner agua a cocer para darle de beber. Encontró el equipaje del pastor en el mismo lugar en el que lo había dejado, pero su lecho estaba vacío. Se agachó junto al ropón y pasó una mano por encima tratando de confirmar lo que sus ojos veían. La tensión que traía se evaporó y él la sintió elevarse hasta unirse con la corriente térmica que ascendía junto al muro. Se sentó al lado del lecho del viejo y, con los codos sobre las rodillas, se tapó la cara y comenzó a llorar. La escapada infantil, el sol abrasador, el llano incapaz de inclinarse a su favor. Sintió la inmutabilidad de lo que le rodeaba, la misma calidad inerte en todo cuanto podía tocar o ver y, por primera vez desde que inició su huida, tuvo miedo de morir. Le estremecía la posibilidad de seguir su camino solo y, como un fogonazo rojizo, se le aparecieron las siluetas de su casa, al borde de la vía del tren, y del silo. Regresar por decisión propia. Abandonar su desesperante lucha contra la naturaleza y los hombres y regresar a la casa. No al hogar, sino al simple cobijo. Volver en peores condiciones de las que tenía antes de partir. No era el hijo pródigo. Era él quien había repudiado a su familia y quien debía enfrentarse a su veredicto. Pensaba así porque el llano le había erosionado de una manera que ni tan siquiera concebía cuando vivía bajo techo. Le agotaba el desamparo y, en momentos como aquél, hubiera cambiado lo más preciado de su ser por un rato de calma o por satisfacer sus necesidades más básicas de una forma tranquila y natural. Protegerse del sol, arrancarle a la tierra cada gota de agua, autolesionarse, deshacer su propio cautiverio, decidir la vida de otros. Cosas todas ellas impropias de su cerebro todavía plástico, de sus huesos por estirar, de sus músculos hipotónicos, de sus formas a las puertas de un molde mayor y más anguloso. Imaginó el cuerpo exánime del viejo siendo arrastrado por la moto del alguacil. Los ayudantes riendo en sus caballos.

En la penumbra, colocó las manos como un recipiente para su cara. Un lugar pequeño y caliente en el que recluirse. Un cubículo desde el que no asistir por obligación a la visión eterna y fútil del llano. En su recogimiento encontró una mano sucia y la otra envuelta en una servilleta polvorienta. La

pelota que escondía su pulgar desgarrado y palpitante. Ni siquiera allí había descanso para él.

—Levántate, chico.

La voz del cabrero, fofa y picuda, y su mano huesuda sobre el hombro. El niño se incorporó como un muelle y, sin mirar siquiera al pastor, abrazó su cuerpo enclenque. Se hundió entre sus jirones para fundirse con él, para penetrar en la estancia serena que sus manos acababan de negarle. Era la primera vez que se encontraba tan cerca de alguien sin estar peleando. La primera vez que enfrentaba sus poros con los de otra piel y dejaba fluir por ellos los humores y sustancias que lo conformaban. El pastor le recibió sin decir palabra, como quien acoge a un peregrino o a un exiliado. El chico se abrazó al torso hasta hacer bufar al pastor, molesto. «Las costillas», dijo, y automáticamente se deshizo el nudo y se separaron. Lo que vino a continuación no fue vergüenza. Acaso una distancia más acorde con las leyes de esa tierra y de ese tiempo. La semilla, en todo caso, estaba echada.

Después de cocer agua y de dar de beber al pastor y a las cabras, se comieron las chacinas del tullido hasta que sólo quedaron las cuerdas y bebieron su vino. El viejo, a tragos largos, y el niño, en un teatro de muecas de desagrado que trataba de ocultar sin éxito. Bebía porque lo hacía el pastor y porque sentía que, después de su extraño viaje, era otro: el niño que se jugaba la vida por llevarles agua a unas bestias o que apedreaba en la cabeza a un hombre desvalido. Luego, cuando estuvieron saciados, el chico le narró al cabrero su peripecia.

—Hay que encontrar al inválido antes de que los cuervos lo maten.

El niño sintió cómo la tensión de sus músculos volvía desde el cielo y cómo se le apretaban las mandíbulas. Giró la cabeza hacia el viejo, incapaz de comprender lo que acababa de escuchar, pero el hombre no le devolvió la mirada. Sabía que lo que había hecho no estaba bien pero, antes que partir a socorrer al hombre que había querido matarlo, esperaba una palmada en el hombro o que el viejo le estrechara la mano con fuerza, en señal de aprobación o de respeto. Si el cabrero no estaba dispuesto a recibirle como a un héroe, si no iba a reconocer el sacrificio que había hecho, al menos que no le obligara a volver a meter la cabeza entre las fauces del león. Observó las

manos del pastor, hinchadas por los golpes, y, aunque no podía verle bien la cara, recordó sus ojos inflamados y también los zarpazos de la fusta sobre su espalda con sus triángulos finales. Entendió que el viejo no sería quien le entregara la llave al mundo de los adultos, ese en el que la brutalidad se empleaba sin más razón que la codicia o la lujuria. Él había ejercido la violencia tal y como había visto hacer siempre a quienes le rodeaban y ahora, como ellos, reclamaba su parte de impunidad. La intemperie le había empujado mucho más allá de lo que sabía y de lo que no sabía acerca de la vida. Le había llevado hasta el mismo borde de la muerte y allí, en medio de un campo de terror. Él había levantado la espada en lugar de poner el cuello. Sentía que había bebido la sangre que convierte a los niños en guerreros, y, a los hombres, en seres invulnerables. Creía que el viejo le haría pasar, coronado de laurel por un esclavo, bajo el arco de la victoria.

—Ese bastardo lisiado me encadenó y huyó para avisar al alguacil.

—También él es hijo de Dios.

—Quiere que muramos, el *hijo de Dios*.

Se despertaron antes del alba y tomaron el camino de sirga en dirección a la esclusa. El viejo, montado sobre el burro, con la cabeza caída, y el niño delante, con una vara en una mano y el ronzal en la otra. Como el perro ya no estaba con ellos, era él quien debía obligar a las cabras a continuar cuando se detenían a comer.

Mientras caminaban, no paraba de pensar en el tullido. La imagen del montón de carne y huesos que dejó tirado en el polvo se le aparecía una y otra vez. ¿Seguiría allí? ¿Habría podido darse la vuelta y poner las ruedas contra el suelo? Según recordaba, la plataforma tenía los ejes muy anchos. Una ventaja para no volcar en cada bache, pero un problema a la hora de ponerse de nuevo en pie en caso de accidente. No sabía lo que sentiría cuando lo viera. La última vez que se miraron a la cara todavía eran *compadres*. Luego vinieron el cautiverio, el robo del burro, la huida, la pedrada por la espalda, las patadas y el abandono, y ya no hubo ocasión de aclarar nada ni de explicar nada.

A medida que amanecía se empezaron a distinguir los montes al fondo. La llanura como un mar que se detenía al pie de las elevaciones del norte. En

aquel momento, sólo un trampantojo acuoso. Una empalizada, un hito o el recuerdo de que podría existir un lugar en el que respirar mejor. La visión brumosa de aquellas montañas le producía una atracción magnética. Se imaginó a sí mismo al final de la llanura, justo al pie de las primeras estribaciones. Le acompañaban el cabrero y los animales. Junto a ellos se internaba en los montes por un pliegue del terreno y ascendían a un altiplano, avanzando por una vereda que serpenteaba entre árboles que no conocía. El camino se apoyaba en laderas boscosas y entraba y salía siguiendo el discurrir de torrenteras umbrías. A cada rato, paraban a descansar y él se entretenía haciendo barquichuelos con la corteza caída de grandes pinos. Arriba, en la pradera, se instalaban en una majada de piedra con el tejado de brezo. En su ensoñación, el rebaño había crecido y se esparcía a lo largo y ancho de una meseta verde y fragante. Hacia el norte, las montañas seguían ganando altura. Se alzaban por encima de la cota de los bosques y los arbustos como pezones de piedra lavada. Luego las cumbres, blancas. Neveros empotrados en las arrugas del terreno como arañazos gigantes. Hacia el sur del prado, un desplome desmesurado formaba un balcón desde el que poder dominar el llano. El mismo que ahora transitaban con los ojos tumefactos bajo el martillo de aquella fragua solar. Por las tardes, después de terminar el trabajo con las cabras y de acomodar al viejo en su jergón, se sentaría en el borde de aquel balcón y contemplaría la llanura, y la vería brumosa y lejana. Desde su atalaya de abundancia, convocaría a los ángeles y los arcángeles para que llevaran a su pueblo la lluvia que devolviera a los trigales la fertilidad perdida. Regresarían los hombres y sus familias, ocuparían sus antiguas casas y el silo se llenaría de nuevo. Todos nadarían ahitos en sus riquezas, el alguacil recibiría sus tributos y nadie más volvería a acordarse del niño desaparecido.

Alcanzaron la esclusa a una hora en la que el sol ya lo aplastaba todo. Ayudó al viejo a bajar del burro y lo acomodó contra un fresno hueco. Bebieron agua caliente de la que habían cocido la noche anterior. El muchacho se dirigió al viejo.

—No tenemos comida.

—Tendrás que buscar algo por los alrededores.

—¿Por qué hemos dejado las tiras en el castillo?

—No estaban curadas todavía.

—Quizá se hubieran curado durante el viaje.

El pastor miró al muchacho con fastidio porque no estaba acostumbrado a tener que dar explicaciones.

—No contaba con que tendríamos que marcharnos tan pronto del castillo.

—Podríamos habernos quedado más tiempo si usted hubiera querido.

El viejo irguió el cuello y su cabeza se alzó como una flor brotando en medio de la podredumbre. Una mirada caliza se formó en sus ojos y con ella empujó al muchacho hasta que éste empezó a buscarse el pecho con la barbilla sucia.

El pastor mandó entonces al chaval a por raíces de palo dulce, indicándole con el dedo las zonas donde le sería más fácil hallarlas. El niño, sin levantar la mirada, sacó el cuchillo del zurrón del viejo y caminó hasta un pequeño talud al pie de la acequia. Pensó que en esa época del año tendría que cavar mucho para encontrar algún resto fresco que poder mordisquear.

Volvió con las mangas manchadas de tierra y tres o cuatro raíces retorcidas. Junto al viejo, las dividió en palos del tamaño de lápices y peló las puntas de dos de ellos. El hombre comenzó a morder su raíz pero al momento tuvo que parar porque hasta la mandíbula le molestaba.

—¿Le duele mucho?

—Sí.

—¿Conoce alguna cura?

—Tendrás que limpiarme las heridas.

El muchacho tiró del cuerpo del viejo para separarle la espalda del tronco del árbol. Le quitó la chaqueta con cuidado y la dejó a un lado. Luego le desabotonó la camisa y dejó su pecho al descubierto. Por suerte no había ninguna herida que estuviera abierta o supurara, pero el estado del pastor era muy débil. Siguiendo las instrucciones del hombre, mojó un trozo de trapo en agua y, con sumo cuidado, lo fue arrastrando a lo largo de los latigazos. El pastor no se quejaba de nada y tan sólo apretaba los dientes y cerraba los ojos cuando el niño aplicaba demasiada fuerza. El muchacho pensó que quizá el viejo tuviera algo roto o, simplemente, que era demasiado mayor para

soportar una paliza como la que había recibido. Recordó la primera vez que vio al viejo enrollado en su manta en medio de la noche y también el tiempo que había necesitado tan sólo para poder sentarse en el suelo. Entendió entonces que la vida del pastor, antes de su encuentro, seguramente se limitaba a llevar a las cabras de un barbecho a otro, sin recorrer largas distancias. ¿Por qué se había volcado en su ayuda? ¿Por qué ese vagar por encima de las posibilidades de su cuerpo? ¿Por qué no le había entregado al alguacil en el castillo? Su silencio le había hecho perder la mayor parte de su rebaño y, además, lo había colocado en la puerta misma de la muerte.

Bajo la sombra del fresno, obligó al viejo a tumbarse de lado. Hasta el momento, sus cuidados se habían limitado a abrirle los botones de la camisa y a limpiarle el pecho y los costados. Cinco gruesos regueros marrones le cruzaban la espalda de punta a punta. En ellos, la tela sucia se hundía bajo la sangre seca. Informó al viejo de lo que veía y éste le fue dando órdenes para que procediera. Primero le empapó la espalda entera, vertiendo agua con la escudilla para ablandar la sangre seca y poder separar la tela sin abrir las llagas. Repitieron la operación varias veces hasta que, con extremo cuidado, el muchacho empezó a tirar de la tela. Cuando le quitó la camisa por completo, la extendió lo mejor que pudo en el suelo para que el viejo pudiera ver en ella el negativo de su espalda. La imagen le turbó más que el dolor de las mismas heridas y permaneció un rato mirando aquella representación de su martirio. Luego, perdió repentinamente el interés por la prenda y volvió a recostarse para que el chico pudiera seguir trabajando. La mayor parte de las marcas presentaban abultamientos y pústulas blanquecinas, los signos de la infección. El chico le describió al viejo el estado de las heridas y en ese momento el viejo supo que, sin alcohol ni descanso, sería aquello, y no la artrosis, lo que terminaría con él.

—Cuando muera, entiérrame lo mejor que puedas y ponme una cruz, aunque sea de piedras.

El chico dejó de limpiar.

—No se va a morir.

—Claro que me voy a morir. ¿Me pondrás la cruz?

La visión que el muchacho tenía de la llanura desde aquella sombra

miserable se volvió acuosa. Las leves ondulaciones del terreno, los restos de la acequia y las montañas a las que se dirigían se deformaron en sus ojos.

—¿Me pondrás la cruz?

—Sí.

Esperaron amodorrados a que el sol perdiera fuerza y entonces reemprendieron la marcha. El chico le había puesto al viejo su chaqueta por encima de los hombros. Un par de horas después divisaron la alberca. Ninguna señal del tullido en la distancia. El chico pensó que quizá había conseguido arrastrarse hasta algún pilar de acequia para protegerse del sol. Avanzaron hasta que pudieron abarcar todo el espacio alrededor del punto en el que debía estar el hombre y no hallaron restos de él. El niño soltó el ronzal y salió corriendo hacia la alberca. El tullido no estaba dentro ni tampoco apoyado en ninguno de los pilares derruidos del canal. Inspeccionó el borde del camino en busca del lugar exacto en el que lo había abatido y no tardó en encontrar pequeñas manchas de sangre sobre algunas lajas y, un poco más allá, la piedra angulosa con la que le había dado al burro. También encontró las huellas de, al menos, dos caballos, y vio como la tierra del talud lateral estaba levantada en varios puntos. Siguiendo las señales de las herraduras descubrió que los caballos, se habían separado y que uno había partido hacia el norte y el otro hacia el sur. A un lado del camino, restos frescos de estiércol. Llegaron el pastor y las cabras.

—Ya no está aquí —dijo, y señaló con la barbilla al montón de mierda.

Pasaron la noche dentro de la alberca. El círculo tenía una brecha que llegaba hasta el suelo y por ella, el niño ayudó al viejo a entrar. El fondo ardiente les devolvía el calor del sol absorbido durante el día, pero lo prefirieron al suelo pedregoso de los alrededores. Cenaron leche de cabra y se durmieron masticando las raíces que el chico había desenterrado por la mañana. Durante el día, el viejo apenas había hablado y, salvo el rato que el niño había estado limpiándole las heridas, no se había quejado en ningún momento. La noche, sin embargo, fue diferente. Al poco de dormirse, el hombre empezó a gemir y ya no paró hasta casi el amanecer. El chico asistió al delirio con una mezcla de pena y sopor. Escuchó los primeros lamentos mientras todavía estaba con la mirada clavada en la luz blanquecina de la

noche, esperando a que le llegara el sueño. Se incorporó y se acercó al viejo, que se revolvía sobre su manta. A cada movimiento, sus huesos pivotaban sobre el fondo duro como un dado sobre mármol, provocándole nuevos dolores. La luna creciente bañaba la alberca con tonos azulados y en un momento vio los párpados húmedos del viejo y cómo algunas lágrimas corrían por sus pómulos de calavera. Poco antes del amanecer, el delirio cesó y sólo entonces el niño se quedó dormido. Unos minutos después, con las primeras luces, notó la mano del viejo zarandeándole el hombro.

—Nos hemos quedado dormidos. Tenemos que irnos.

Había pasado un cuarto de hora inconsciente, pero mientras se incorporaba, sintió como si llevara toda la noche descansando sobre un colchón de buena lana. Pensó en el viejo, en sus gañidos y en sus lágrimas, y durante un buen rato no supo si aquello había sucedido de verdad o si lo había soñado. Formó una cuchara con la palma de una mano e, inclinando la garrafa con la otra, la llenó de agua. Se humedeció la cara y se puso de pie para mirar por encima de la pared de la alberca. La brisa de la mañana multiplicó su frescura en la humedad de su rostro y por un instante sintió que estaba cruzando un collado y que el viento de un nuevo valle salía a su encuentro sobre aquel muro. Un valle que no existía, salvo que aquella planicie infinita pudiera considerarse el fondo de algo limitado por las montañas del norte y por alguna sierra en la otra dirección cuya existencia desconocía.

—Date prisa, chico.

El niño recogió las cuatro cosas que llevaban, enrolló la manta del viejo y le ayudó a subirse al burro. Reunió a las cabras y volvieron al camino. Una vez allí, miraron al unísono hacia los dos lados, como si no haber encontrado al tullido les hubiera dejado sin nada que hacer. El viejo se rascó la barba, hizo un gesto con la cabeza en dirección norte y se pusieron en marcha. Cuatro horas después llegaron al encinar que había junto a la aldea abandonada y, sin decir palabra, se internaron en él.

Cuando el viejo estuvo acomodado junto a un tronco, mandó al chico construir un redil entre varias coscojas. Tapó los huecos que quedaban entre los troncos leñosos uniéndolos con ramas secas y, cuando hubo guardado las

cabras, descargó al burro y volvió adonde se encontraba el pastor y se sentó a su lado, a la espera de nuevas instrucciones.

—Tenemos que irnos de aquí.

—Pero acabamos de llegar.

—Me refiero al llano.

—Usted puede quedarse. Es a mí a quien busca el alguacil.

—Mírame.

El pastor se agarró las solapas de la chaqueta y la abrió para mostrar su cuerpo.

—Yo también tengo mis cuentas pendientes con ese hombre.

Con aquel eccehomo a la vista, la ofensa recibida era evidente. Si con «cuentas pendientes» el viejo se refería a la paliza o a algún otro asunto anterior, fue algo que el niño nunca preguntó. Pensó que, en una comarca tan despoblada como aquélla, no sería extraño que pastor y alguacil hubieran cruzado sus caminos en el pasado.

El viejo le dijo que huirían a los montes del norte, porque allí podrían esconderse con más facilidad y que, seguramente, el alguacil no emprendería un viaje tan largo para buscarlos en un lugar tan alejado de su jurisdicción. También le explicó que aquélla era una tierra donde no faltaba el agua en ninguna época del año y que, con suerte, podrían sacar adelante el rebaño. El chico escuchó en silencio, asintiendo a todo lo que el viejo decía.

El viaje era largo y peligroso y el pastor remarcó que era importante hacerlo lo más rápido que pudieran. También le dijo que tendrían que viajar de noche para intentar que les viera la menor cantidad de gente posible. Necesitarían todo el alimento que pudieran conseguir.

Acordaron que el chico iría hasta la posada para inspeccionar. Si el tullido no estaba allí, regresaría al encinar y juntos entrarían en la fonda, cogerían los víveres y continuarían su camino hacia el norte.

—¿Y si el tullido está dentro?

—Entonces volverás aquí y pensaremos en otro plan.

El niño abandonó el encinar por el mismo lugar por el que lo había hecho dos noches atrás para evitar el camino. El viejo lo vio alejarse desde su tronco y escuchó cómo la suela descolgada de la bota del chico lamía el suelo,

dejando tras de sí un pasillo limpio de hojas. Antes de dejar la sombra de los árboles, el niño se dio la vuelta y cruzó su mirada con la del pastor, y ninguno de los dos presintió la brutalidad de lo que había de suceder poco después.

10

El niño salió a campo abierto arrastrándose por el suelo con el morral a un lado. Avanzó unos metros hasta tener una visión suficiente del pueblo y se quedó un rato en aquella posición, intentando detectar signos de vida en la aldea. Hubiera preferido aguantar más tiempo recorriendo con la mirada cada una de las casas y sus chimeneas, pero el recuerdo de la última insolación comenzó a latir en su nuca y decidió continuar. Recorrió el camino hasta el cementerio encorvado, medio corriendo, medio andando pero, a diferencia de la primera vez, no se detuvo allí. Siguió corriendo, pero no en línea recta, sino describiendo un arco para hacer que la iglesia se interpusiera entre él y la posada lo antes posible. Durante todo el trayecto apretó el morral contra su cuerpo y mantuvo el cuello en tensión para sostener la mirada en dirección al pueblo. Cuando alcanzó la tapia de la iglesia, tenía los músculos del cuello duros y le dolía la base del cráneo. Apoyó la espalda contra el muro y se dejó caer por él, haciendo saltar trozos de caliche. Nevada microscópica en el desierto. El sol estaba casi en la vertical del templo y por un momento sintió la tentación de esperar allí un rato a que el astro siguiera su camino y le entregara un poco de la sombra del edificio. Desde donde estaba, veía la mancha terrosa y gris del encinar y recordó al viejo recostado contra el tronco, tal y como lo había dejado un rato antes. A continuación, le vino a la memoria el gesto del pastor abriendo sus harapos para mostrarle el torso amoratado, las heridas en los ijares y una cicatriz purulenta entre las costillas parecida a la que debió de tener Cristo en el Calvario. Tuvo una visión acerca

de aquel hombre. Una sensación que brotaba de un lugar de sí que él no conocía y que, en medio de aquel páramo dejado de la mano de Dios, le produjo miedo y frío. El tramo de barbecho que acababa de recorrer como el trasunto de algo doloroso. Por primera vez desde que conocía al pastor, sintió que perdía contacto con el trozo de tierra que lo había sustentado en medio de aquel mar de arena brava. Quiso regresar al encinar. Apoyó las palmas en el suelo y separó la espalda del muro para iniciar la vuelta, pero no pasó de ahí porque había más salvación en las pancetas del tullido que en el miedo a no volver a ver más al pastor.

Rodeó la iglesia pegado a la pared y ya sólo se ocupó de vigilar el extremo de la aldea donde se ubicaba la posada. No esperaba grandes señales de un hombre tan impedido como el tullido. A lo sumo, una contraventana abierta o un hilo de humo saliendo de la chimenea. Sintió un ronroneo en sus tripas como si dentro de su cuerpo se estuvieran cociendo gomas. Durante el tiempo que estuvo apostado en la esquina, la sombra de la acacia que había junto al soportal de la iglesia alcanzó a cubrir un mazo de pitas que franqueaba el camino de acceso. Sin perder de vista la posada, se desplazó encorvado hasta las pitas y allí esperó de nuevo. Aquel mazo era el último parapeto del que disponía antes de salir a campo abierto. Sopesó una vez más sus opciones y, aunque no había percibido señales que indicaran la presencia del tullido en el pueblo, el miedo a encontrarse de nuevo con él le roía por dentro. Bohordos secos lo rodeaban como lanzas muertas, con sus flores de madera a modo de racimos invertidos. Se refregó la cara con la palma de la mano. Se estrujó la frente y los ojos. Notó las heridas resecaadas por la sal y el miedo.

Estuvo largo rato atenazado por las dudas, en un estado de tensión agotador. Ni el sol picándole en la cabeza conseguía sacarlo de allí. Frente al trecho de campo abierto que le separaba de la posada, esperaba que sus piernas se pusieran en marcha solas sin el concurso de su voluntad, cosa que no sucedió hasta que el dolor de cabeza producido por el sol fue insoportable. Entonces salió de la empalizada a gatas y, poco a poco, fue irguiendo su cuerpo hasta comenzar una carrera sin testigos que habría de llevarle hasta las traseras de las casas vacías de la aldea.

Alcanzó la media tapia de un corral y se tumbó a la espera de algún indicio. En el par de minutos que había permanecido desprotegido, su mente se había nublado y no recordaba nada del recorrido. El corazón le latía con tal violencia que notaba el pulso de la sangre en el cuello, las sienes y las ingles. Le dolía la cabeza y, viendo la iglesia a lo lejos, y más allá el encinar, supo que lo que le paralizaba era el miedo a alcanzar un punto en el que no le fuera posible retornar. El lugar en el que se encontraba, lejos de la sombra de las encinas, de las múltiples escapatorias por el perímetro del bosque, de los brazos doloridos del viejo. Territorio enemigo sin soldados a la vista, pero plagado de sombras y oquedades.

Se sentó contra la pared y meneó la cabeza intentando sacudirse el embotamiento. Respiró con tanta profundidad como pudo y entonces su mente, como por arte de magia, se vació de repente de aquello que la paralizaba. Sintió de nuevo el ronroneo de sus tripas y cómo se desvanecía la sensación de cabeza cocida y prensada. Se dio la vuelta y se asomó al corral adosado a una casa con el tejado hundido. Había esqueletos de sillas de mimbre sin asiento ni respaldo, alambradas de gallinero retorcidas como ánimas atormentadas o esqueletos de humaredas, montones de escombros formados por restos de tejas y por la tierra de los adobes que la lluvia había ido depositando a los pies de los gruesos muros de la casa. La brisa atravesaba el edificio desde la fachada a los patios, meneando telarañas. Se agachó y comenzó a caminar en dirección norte por las traseras de las casas hasta llegar a la última vivienda antes de la posada. Avanzaba pegado a las paredes como una sombra que entraba y salía de cada accidente de los muros. Encontró un último refugio bajo el dintel de la puerta de la casa y aguardó en silencio por si, por fin, podía escuchar algún indicio del tullido. Aguantó tanto como le pareció prudente hasta asegurarse de que el hombre no le esperaba en el interior. Pensó que, a pesar de la quietud, el lisiado bien podía estar dormido dentro, o a la sombra de la parra de la fachada, al otro lado del edificio. Sólo el recuerdo neblinoso de las chacinas le tentaba a cortar por lo sano y entrar en la casa como un policía o un ladrón, pero era mucho lo que se jugaba enfrentándose a alguien como el tullido. No por él, sino por quien le hubiera podido llevar hasta allí. Se formó en su cabeza la última imagen

del hombre tirado en el camino. La baba, la sangre, el pequeño barrizal. Se pasó la mano por la frente, como si allí fuera a encontrar la herida que el burro le hizo al tullido cuando él le lanzó la piedra. Entonces miró en derredor y, abandonando el cobijo sombrío de la puerta, se acercó sigiloso a la ventana de la parte de atrás de la posada. Estaba protegida por las mismas contraventanas de la fachada. Chapas verdes con perforaciones que dibujaban un rombo vertical en el centro de cada batiente. Entreabrió las hojas tirando de los vierteaguas y esperó medio agachado, con una oreja a la altura del alféizar. Al cabo de un rato, se irguió y encajó la cara entre las chapas. Notó una corriente de aire fresco que salía de dentro y, sin mayor precaución, dejó que lamiera la piel tensa de su rostro. Olía a lino húmedo y a quietud, o a cal y barro de adobe amontonándose sobre los rodapiés. Mantuvo la posición un rato, como si tuviera la cara metida en un arroyo claro. En otras circunstancias la brisa podría haberle revuelto el flequillo pero, después de tantos días sin lavárselo, tenía el pelo apelmazado. Tras las contraventanas había dos hojas acristaladas sobre perfiles metálicos. Los trozos de vidrio que no se habían roto estaban sucios de grasa y polvo. A través del hueco por el que se colaba el aire, pudo observar el interior umbrío de la habitación. Lo primero que vio fueron los rombos de las contraventanas de la fachada y las agujas de luz que lanzaban contra el suelo. Cuando sus pupilas se adaptaron, distinguió la mesa, la alacena y la barra de hierro de la que colgaban las chacinas. La boca se le humedeció y notó un dolor en las tripas como si le cerraran el intestino con unas tenazas, y de nuevo, como si su voluntad o su miedo se replegaran, tiró de las contraventanas y, apoyándose en el cerco, se encaramó al alféizar de un salto. Desde allí, empujó las ventanas hacia el interior permitiendo que una nueva luz iluminara la estancia y desde ese momento ya no hubo para él nada más que la visión de los chorizos perlados de aceite y el jamón goteando grasa como un alambique porcino. Se lanzó al interior y al caer, sintió bailar la baldosa sobre la que había pisado. La habitación solada con losas de arcilla hidráulica de motivos geométricos descoloridos. Notó un ambiente enrarecido que no había percibido la primera vez que estuvo allí. Echó un vistazo rápido a la estancia y, como no advirtió ninguna presencia, fijó su mirada en los embutidos.

Llegó a la pared en tres pasos, tiró del primer chorizo que colgaba y lo sostuvo frente a sí como el que forma una aduja de sogá. Se llenó la boca con la carne enrojecida y no se detuvo ante el sabor picante ni tomó las precauciones de quien lleva muchos días con el estómago cerrado. Simplemente se entregó al instinto salvaje que primero sacia y luego enferma. Se comió toda la pieza, tragándose los trozos casi enteros, y, cuando hubo terminado, se pasó la manga por la boca, manchándola de grasa y pimentón.

Mientras engullía el último trozo de embutido, miró otra vez a la barra y se entretuvo buscando algo diferente a lo que hincarle el diente. Estirándose, acercó la punta de la nariz a un salchichón, pero le olió rancio. Probó con una morcilla y su fragancia, casi imperceptible entre tantos olores, le sedujo. Tiró de la cuerda y mordió la tripa y, coincidiendo con el bocado, escuchó un ruido que al principio interpretó como una muela rota. Se palpó la mejilla y, al no sentir el menor indicio de dolor, se dio la vuelta, como quien intuye que le observan. Sus ojos empezaron a buscar primero por las zonas más iluminadas y continuaron por las más oscuras. No encontró nada, pero había rincones en la estancia que quedaban en total penumbra. Dejó la morcilla sobre la mesa con sigilo y se situó en el centro de la mancha de luz que la ventana vertía sobre el suelo cerámico. Las piernas abiertas, la cadera baja. Alerta las orejas como un caballo amusgando. Lentamente giró sobre sí mismo y entonces lo vio.

Estaba en la alacena de la esquina de la habitación, oculto tras una cortina de cutí que tapaba las baldas. El trapo no llegaba hasta el suelo y por debajo pudo ver cómo asomaba lo que parecía un codo. Retrocedió hasta colocarse detrás de la mesa y esperó a que sucediera algo. Durante el tiempo que mantuvo su mirada fija en aquel trozo de brazo, no notó el más leve movimiento ni sonido. Primero pensó que el dueño del codo, quizá el lisiado, podría estar dormido, pero enseguida se dio cuenta de que nadie en su sano juicio buscaría un lugar así para descansar. Quizá era un borracho o alguien que, como él, había llegado hasta allí en busca de las chacinas colgadas o del vino de la tinaja. Sin separarse de la mesa, buscó por los alrededores algo que le sirviera para levantar la cortina a distancia. A su espalda encontró una barra larga con una especie de pinza en la punta, como las que usaba el

tendero del pueblo para alcanzar los estantes más altos. La cogió por un extremo y abandonó del refugio de la mesa. A unos dos metros de la alacena, alargó la barra y tocó la tela con las puntas de las pinzas. El peso de la barra extendida ante él le desequilibró y, sin querer, golpeó lo que debía de ser la cabeza del hombre al otro lado de la cortina. Encogió el brazo y retrocedió un paso a la espera de una respuesta, pero no sucedió nada. La ventana por la que había entrado seguía abierta y la luz que se colaba le otorgaba volumen al aire que iluminaba. Fuera del haz de luz, en el lugar en el que ahora asomaba el codo y en todos los demás cubículos sombríos, acechaban peligros que no era capaz de imaginar.

Temblando, volvió a alargar la barra hacia la cortina. Abrió por uno de los lados y no tardó en reconocer la cara del tullido. La herida purulenta seguía en su frente como la marca de una res. Quiso ver su cuerpo entero y tiró de la cortina hasta que la barra en la que estaba ensartada se salió por uno de sus extremos de la estaquilla que la soportaba. El hierro y la tela cayeron a los pies del hombre con un ruido bronco. Las motas de polvo del suelo y de la tela se levantaron como palomas al paso de un caballo y no se volvieron a posar, sino que se disolvieron en la oscuridad de la esquina.

El cuerpo desnudo del tullido le recordó a un odre repleto. La piel sin un solo pelo, las curvas redondeadas allí donde él sólo tenía huesos. A la vista quedaban las cicatrices de sus piernas como las costuras en las patas de los pellejos cargados de vino. Se acercó al cuerpo y lo tanteó con la punta de la bota. Palpó a la altura del estómago, del pecho y de un hombro, pero no consiguió respuesta. En cuclillas, lo agarró por el mentón y zarandeó su cara. Le abrió los párpados y no encontró más que dos esferas que amarilleaban como marfil viejo y en las que no vio ni rastro de las pupilas. Retrocedió sin perder de vista al hombre hasta que su espalda chocó contra la pared, junto a la cual se sentó.

Durante largo rato contempló el cuerpo informe, preguntándose si había sido él quien le había dado muerte. La última vez que lo vio, matar a aquel hombre había sido una de las posibilidades de las que había dispuesto. Ciertamente es que no la había ejercido y que, en el momento de dejarlo junto a la alberca, el tullido sólo estaba inconsciente, pero dadas sus limitaciones físicas y lo

inhóspito del lugar, bien podía haber agonizado hasta morir. Fijó su mirada en el pecho del hombre por si descubría algún movimiento respiratorio, pero no había nada ya en él que pudiera hinchar sus pulmones. Trató de entender lo sucedido, pero en su cabeza sólo había sitio para la idea de la muerte. Se había enfrentado cientos de veces a ella, casi siempre a través de los sermones del cura. Los egipcios pereciendo a miles bajo las aguas del mar Rojo, Herodes descuartizando a los Santos Inocentes o el mismo Jesús desangrándose camino del Gólgota. Sin embargo, esto era otra cosa y él no sabía qué hacer con ella.

Permaneció durante un par de horas contemplando el cadáver. Maravillado por sus formas y paralizado por la gravedad de lo que veía. En ese tiempo, la luz de la tarde se hizo más suave y el interior de la posada perdió matices, y a pesar de que apenas había dormido la noche anterior, el sueño no le venció. Mientras estuvo observando al tullido, no logró hilvanar dos pensamientos seguidos y su mente sólo se entretuvo en recorrer fascinada el extraño cuerpo postrado. Únicamente habría necesitado un par de minutos de lucidez para recordar las huellas de los caballos separándose junto a la alberca en la que él abandonó al tullido. Tampoco fue capaz de distinguir la línea amoratada que había dejado la soga bajo la papada del tullido y tampoco se preguntó por la desnudez del cuerpo. No entendió que estaba en peligro y permaneció en aquel estado de aturdimiento hasta que oyó rascar la puerta de la posada.

Se incorporó rápidamente y se quedó con la espalda y las palmas de las manos pegadas a la pared. Identificó el ruido como el de las patas de un animal arañando la madera y se relajó. Se dirigió a la entrada y entreabrió la puerta. Desde el suelo, el perro del cabrero agitaba el rabo y le miraba con la lengua fuera. Abrió la hoja por completo para recibir al animal y el chucho se le tiró encima con entusiasmo. Como tantas otras veces, el niño se puso en cuclillas y recogió la cabeza del perro entre sus manos para acariciarle bajo la mandíbula. Desde aquella posición, pudo ver las piernas de un hombre sentado en el poyete que había bajo una de las ventanas de la fachada y, sin necesidad de verificar su identidad, saltó hacia atrás con la intención de cerrar la puerta.

A punto estuvo de lograrlo pero la bota de otro hombre se interpuso entre la hoja y el marco. Aun así, intentó cerrar la puerta de varios golpes, pero la rígida suela de la bota lo impedía. Cuando entendió que no podría encastillarse, salió corriendo hacia la parte de atrás para intentar escapar por la ventana por la que había entrado. Vio el rectángulo luminoso abierto en la pared, la tarde cayendo afuera y, a lo lejos, el perfil de la iglesia. Quiso salir de un salto y casi lo consiguió, pero al otro lado de la ventana ya le esperaba el ayudante del alguacil, que había rodeado la casa desde la fachada. Sostenía una Beretta de cañones paralelos con la culata incrustada de marfil. El niño frenó en seco y, a pesar de ello, casi se dio de bruces con el hombre. No llegó a chocar con él, pero sí penetró en su atmósfera alcohólica. El mismo olor dulzón que tantas veces había percibido en su padre al volver de la taberna. Apenas tuvo tiempo de mirarlo a la cara, sin embargo, su imagen quedó grabada en su memoria para siempre: el pelo anaranjado, la barba sudorosa con manchas canas, los ojos azules y vacíos y, sobre todo, la punta de su nariz grasienta envuelta por una red de intensas venas azules a punto de reventar.

Se dio la vuelta, porque, aunque había agotado las vías de escape, algo en su interior esperaba que el suelo se abriera o que, en las paredes, brotaran nuevas puertas. Lo que encontró bajo el techo quebradizo de la posada fue la cara familiar del alguacil, felino y bien vestido. Una visión que casi le hizo perder el equilibrio.

—Mira tú quién está aquí.

El alguacil se quitó el sombrero y, como era su costumbre, se atusó el pelo.

—¿Has visto esto, Colorao?

El ayudante asintió con los codos apoyados en el alféizar y siguió afirmando con la cabeza mientras inspeccionaba con la mirada el interior de la habitación. Le dedicó la misma atención a las vigas del techo que al cuerpo desnudo del tullido y, cuando hubo repasado cada rincón de la estancia, le hizo un gesto al alguacil señalando las chacinas con el mentón. El alguacil tiró de un salchichón sin perder de vista al chico y se lo lanzó. El ayudante no acertó a cogerlo al vuelo y el embutido se estrelló contra uno de los trozos de

vidrio que aún aguantaban en la ventana, cayendo al suelo. El hombre apoyó el vientre en el alféizar y se estiró para alcanzar la pieza. Cuando la cogió, la limpió de cristales con la manga y se marchó mordisqueando el trozo de carne endurecida.

El alguacil también hizo un repaso de la habitación como si aquel lugar le trajera recuerdos y, cuando terminó, caminó hasta la ventana trasera. Pisando los vidrios rotos caídos al suelo, miró por la ventana y se entretuvo un momento contemplando el llano. Luego, como si se avecinara una tormenta, alcanzó las contraventanas y las cerró, encajando las fallebas en sus pernos. El perro había entrado en la casa y yacía a los pies del niño, olisqueando el charco que se había formado a sus pies.

Sonaron unos golpecitos en las chapas recién cerradas. El alguacil las volvió a abrir.

—¿No habrá por ahí algo de beber, jefe?

El ayudante se acodó de nuevo en la ventana mientras el alguacil revolvía la habitación. Durante la espera, se entretuvo en mirar al chaval de arriba abajo, como si estuviera imaginando lo que se le venía encima al muchacho. El alguacil regresó y le entregó una garrafa de media arroba de vino envuelta en mimbre.

—Ahora vete por ahí y no vuelvas a molestarme.

El ayudante descorchó la garrafa y tiró el tapón dentro de la habitación. Agarró el asa de mimbre con dos dedos, se colocó la garrafa sobre el antebrazo, la levantó y bebió largamente. El alguacil lo miró un momento e hizo un gesto de fastidio.

—No te pases con el vino, que vas a tener trabajo mañana temprano.

El ayudante bajó la garrafa y le mostró al alguacil una sonrisa sucia. Tenía los ojos húmedos y ligeramente entrecerrados. Eructó, con la mirada perdida en algún lugar de la estancia, y luego se dio la vuelta y se marchó.

«Maldito borracho», murmuró el alguacil mientras sacaba el cuerpo por el alféizar para cerrar de nuevo las contraventanas. Cuando hubo encajado la falleba en sus pernos, empujó las chapas para comprobar que estaban bien cerradas. Miró entre los orificios de una de ellas y luego se giró sobre sí, haciendo rechinar los cristales bajo sus botas. Desde allí, como si

contemplara un manjar apetitoso, recorrió al niño de los pies a la cabeza con la mirada.

—No tengas miedo, chico. No te va a pasar nada.

El alguacil sonrió y apostilló: «Al menos, nada nuevo».

Cruzó la habitación muy lentamente y, a la altura del niño, se inclinó, agarró al perro de la cuerda que rodeaba su cuello y lo llevó hasta la puerta. Antes de cerrarla, vio al ayudante que se alejaba por la calle en dirección a la entrada del pueblo. Llevaba la escopeta en una mano y con la otra levantaba la garrafa y bebía vino. El alguacil cerró las contraventanas de la fachada y la habitación quedó a oscuras. Pasaron unos segundos negros en los que el muchacho escuchó los movimientos del hombre en algún lugar del espacio. En un momento, el alguacil encendió su mechero y con él prendió un gran cirio de sebo que había en un rincón y que el niño no había visto antes. Luego fue recorriendo la estancia cogiendo lo que le fue pareciendo. Sobre la mesa dejó panceta, chorizo, jamón y la alcuza de aceite. Con la ayuda de una jarra de barro, sacó vino de la tinaja y también lo puso sobre la madera. En la alacena, tuvo que apartar con la bota un brazo del tullido para poder coger un plato de lata y un vaso. Encontró picos de pan dentro de un bote y derramó un puñado sobre las chacinas. Una vez que lo tuvo todo dispuesto sobre la mesa, acercó una silla y comenzó a cenar como si estuviera solo. Cortaba rodajas de embutido sobre el plato y las ponía encima de los trozos de pan seco. Cada tanto, bañaba el bocado con un chorro de aceite.

Durante el tiempo en el que el hombre estuvo comiendo, el chico permaneció de pie sin levantar la cabeza. La humedad de las botas, la suciedad de su piel, el olor de la comida, el final de su osadía. Dio por hecho el tormento al que sería sometido y no lloró, porque ése era un lugar que ya había visitado decenas de veces. Si después el alguacil le mataba allí mismo, o le llevaba con él de vuelta al pueblo, era algo que no le importaba. Su suerte estaba echada, y la del cabrero, también.

Para cuando el hombre dio por terminada la cena, los rombos de las contraventanas ya habían desaparecido por completo. Apartó con un brazo los restos de comida y se levantó. Metió la mano en un saco de nueces que había apoyado en una pared y derramó un puñado sobre la parte de la mesa

que había despejado. Se sentó de nuevo y, con la ayuda de la navaja con la que había comido, fue abriendo, una por una, todas las nueces. Metía la punta de la hoja por el culo de cada fruto y la giraba hasta partirlos en dos. Luego, a pesar del tamaño de sus dedos, lograba sacar las partes comestibles casi enteras y las echaba en un cuenco de madera. Durante el tiempo que tardó en abrirlas, el niño permaneció quieto. El charco a sus pies se había filtrado por las fisuras de la lechada, pero tenía las perneras húmedas y empezaba a notar cierto entumecimiento en las pantorrillas.

—Es importante hacer las cosas bien.

El alguacil hizo su observación mientras sostenía en cada mano la mitad de una misma nuez. Sujetando cada parte con dos dedos, las unió hasta que encajaron perfectamente como un cerebro con cuatro hemisferios.

—Y tú no las has hecho bien.

El niño seguía con la mirada clavada en la pared, petrificado por la presencia magnética del alguacil y por los recuerdos que de él tenía. Recuerdos que pasaban como siluros por el fondo de un pozo de aguas negras.

—¿Cuántas veces te dije que no hablaras con nadie de nuestras cosas?

—Yo no le he dicho nada a nadie.

El niño levantó ligeramente la cara y su voz sonó como una queja caprichosa.

—¿Y el pastor?

El alguacil mordisqueó una nuez y luego la devolvió al cuenco. El chico se quedó callado, tratando de interpretar lo mejor posible un papel que ahora ya no era el suyo.

—No sé de quién me habla.

—El viejo con el que has estado moviéndote estos días. ¿O me quieres hacer creer que has llegado tú solo hasta aquí?

Entonces al chico se le aflojaron las piernas y se derrumbó con una sensación de desamparo que nunca antes había experimentado. Ni siquiera cuando su padre lo llevó por primera vez a la casa del hombre que ahora tenía delante, y lo dejó allí a merced de sus deseos. Recogido sobre sí mismo, para formar en el espacio un punto de reunión entre la humedad de la tierra y la de

los ojos. Sintió cómo el principio de la liturgia, tantas veces repetida, daba comienzo de nuevo: el alguacil sentado, colocándose un pie sobre la rodilla para desatar ceremonialmente los cordones de sus botas. Uniéndolas en el suelo por los talones de manera precisa. Dejando a un lado la silla y levantándose para desabotonarse la camisa. Caminando hacia él con el pecho descubierto hasta tenerlo cerca.

—Ponte de pie.

El muchacho obedeció y se quedó frente a él con el mentón metido en el pecho.

—Levanta la cara.

El niño permaneció encorvado, con los puños apretados y los dedos de los pies en forma de garra.

—Te estoy ordenando que me mires.

El chico, que hasta el momento había aguantado sin llorar, sollozó.

El alguacil pasó una mano sobre el pelo pastoso del niño. Le acarició la nuca y recorrió con el dorso de los dedos las mejillas húmedas del muchacho, donde permaneció unos momentos caracoleando. El hombre se llevó los dedos a la boca y saboreó la mezcla de sal y hollín impregnada en las lágrimas del muchacho.

—Mírame.

El alguacil trató de levantar con la mano el mentón del niño, que, de nuevo, se resistió.

—Está bien. Como quieras.

Condujo al chico por el hombro hasta la mesa y le ordenó que pusiera las manos, separadas, sobre la tabla. Las lágrimas rebosaron los ojos hinchados del niño y empezaron a rodar por su piel hasta caer, sucias, sobre el cuenco de nueces.

La vela, a punto de consumirse, hacía que sus cuerpos proyectaran sombras duras contra las paredes y el techo. El muchacho escuchó movimientos rítmicos a su espalda y el bufar del alguacil.

De repente, la vela se apagó y el hombre resopló con fastidio. A oscuras, revolvió en el rincón del que había sacado la vela y, como no encontró lo que buscaba, se fue hacia la alacena. Pasó por encima del cadáver del tullido y

recogió del suelo la cortina de cutí caída. De ella arrancó un par de tiras y volvió hacia la mesa, retorciéndolas con los dedos. Luego, vertió aceite de la alcuza sobre el plato y dispuso los trapos retorcidos en el fondo del recipiente formando una cruz. Empapó bien la tela, retorció de nuevo las puntas como quien atusa un bigote y las estiró hacia arriba. Buscó su mechero en el bolsillo de la chaqueta, lo encendió y pasó la llama por los cuatro extremos hasta que en ellos aparecieron cuatro llamitas crepitantes. La nueva luz iluminó la habitación y el niño pudo ver las botas del alguacil alineadas junto a la silla y su camisa doblada sobre el respaldo. El hombre volvió a situarse tras el muchacho y, a punto de empezar otra vez, sonaron unos golpes en la puerta.

—¡Maldita sea, Colorao! Te he dicho que me dejaras en paz. ¿Qué carajo quieres ahora?

La voz del alguacil resonó en el cuarto mientras volvía su cabeza hacia la entrada. La puerta gimió levemente y muy despacio se fue abriendo hasta que la brisa de la calle meneó las llamas de la retuerta.

En el umbral, la figura del cabrero, con la escopeta del ayudante en la mano, tenía algo de ridícula: el torso encorvado, los pantalones huecos y la expresión hundida por el esfuerzo y las penurias. Apenas era capaz de mantenerse en pie y tenía que apoyarse contra el dintel para no perder el equilibrio. Jadeaba fuertemente.

—Vete de aquí, viejo.

El cabrero permaneció en la puerta sin moverse con los ojos del cañón apuntando a la cabeza del alguacil. Intentó decir algo, pero se atragantó y tosió. Sin bajar el arma, escupió un gargajo sanguinolento, y entonces sí, habló.

—Ven aquí, chico.

El niño, con la mano del alguacil todavía sobre su hombro, no se movió.

—Deja de apuntarme, viejo, o lo vas a lamentar el resto de la poca vida que te queda.

—Tírate al suelo y tápate los oídos, chico.

La voz del cabrero sonó segura como el apretón de manos de un verdadero hombre. Un tono pétreo salido de un lugar del viejo desconocido

para el niño. Incoherente con la figura fantasmal del hombre que la pronunciaba. Ángel de fuego que derriba los muros. El niño obedeció a la segunda orden y, muy despacio, fue encogiéndose hasta dejar al alguacil de pie, con la mano en forma de pinza en el mismo sitio que ocupaba cuando el hombro todavía estaba entre sus dedos. Al alguacil no lo paralizaba el miedo, sino el asombro.

—No tienes cojones, cabrero.

—No mires, chico.

Un ruido pedregoso y absoluto llegado desde el final de un largo tubo. Un zumbido dentro del cráneo y una sordera que tardaría días en desaparecer por completo. Muchas de las palomas que ensuciaban con sus excrementos las cochambrosas casas escaparon por los tejados hundidos y volaron enloquecidas en todas direcciones. El niño sintió desplomarse el cadáver a su lado porque su carne desplazó el aire y lo comprimió contra él. La arcilla prensada del suelo recibió los restos del hombre y la vibración de las losas se propagó hasta él. En su aturdimiento, discriminó el último sonido que produjo el alguacil, el de su cráneo golpeando el suelo. El ruido de un calabacín muy maduro. La piel gruesa que sólo cede ante el machete o la pólvora, y la densidad de una pulpa apretada y harinosa que lo llena todo y que, en su repentino colapso, se derrama. Luego un mínimo rebote, y se acabó.

Cuando el niño abrió por fin los ojos, el cabrero ya había entrado en el cuarto y se sostenía de pie apoyándose en la mesa. No sabía cuánto tiempo había pasado con los ojos cerrados. Notó cómo de los oídos le salía un líquido. La escopeta todavía con una fumarola de humo en el cañón y una nube azufrosa buscando los huecos de las vigas. Junto a él sintió la espesura de huesos y músculos exánimes en un montón descoyuntado. El calor del cuerpo pegado al suyo. La voz del cabrero emergiendo como en sus sueños, desde un lugar envuelto en parafina. Un grito abriéndose paso a través de sus conductos inflamados. Un volumen creciente. En unos segundos, la voz del viejo.

—¡Mírame, chico! ¡Mírame a mí!

El niño levantó la vista para dirigirla al lugar de donde procedía la voz del

viejo y allí encontró sus ojos severos. La intensidad de sus pupilas atrayendo su atención para impedirle la visión de la cabeza reventada del alguacil. El pastor le mostró el dedo índice estirado y luego se apuntó a los ojos con él. «Mí-ra-me», pronunció con muecas exageradas. «Mí-ra-me», repitió mientras le hacía gestos con la otra mano para que se acercara hacia él.

El chico se arrastró hasta el cabrero y allí, agarrándose a la mesa, se puso de pie de espaldas al alguacil. El viejo le agarró la cara y la sangre de los oídos del niño le manchó las palmas de las manos. Rodeó su cabeza y lo apretó contra su cuerpo roto. Al niño se le caía la mandíbula y le temblaba como si quisiera tiritar. La mirada vaciada. El perro asomó la cabeza por la puerta, pero no entró en la habitación.

—Vámonos de aquí.

El niño, todavía aturdido por lo que acababa de suceder, levantó el brazo del cabrero para meterse debajo de él y ayudarlo a salir, pero en ese momento vio el cuenco lleno de nueces sobre la mesa. Soltó al pastor y se puso frente a las nueces. El viejo lo observó en silencio. El niño estuvo un rato mirando el cuenco con los puños cerrados sobre la madera. Dejó caer la cabeza como si su cuello se hubiera quedado hueco y empezó un sollozo, seguido de un llanto nervioso y atascado en el que el chico perdía la respiración a cada momento. El cabrero le dejó llorar durante un rato y luego le puso la mano detrás de la cabeza y lo condujo hasta la puerta.

Bajo el dintel, el niño se secó los ojos con la manga sucia, se metió debajo de la axila del viejo y juntos salieron a la noche cálida y quieta. Cruzaron la plazoleta en dirección al pozo. El viejo, arrastrando los pies, y el niño, como una muleta enclenque, soportando el peso de un hombre a punto de caer. Cuando llegaron a su destino, el chico ayudó al pastor a sentarse con la espalda contra el brocal. La luna creciente todavía no había asomado en el cielo y resultaba difícil distinguir algo a más de quince o veinte metros. Tan sólo la retuerta ardiente del alguacil dejaba escapar algo de su luz amarillenta por la puerta abierta de la posada. El niño se sentó al lado del cabrero y así se quedaron, sin decir palabra, hasta que, apoyado el uno en el otro, se quedaron dormidos.

El niño se despertó convulso. Llevaba mucho rato balbuceando palabras

inconexas sobre el hombro huesudo del viejo, cuando un latigazo de su cuerpo hizo que su cabeza cayera al regazo del pastor. Se incorporó, ausente, como si una atmósfera de éter se hubiera cernido sobre él. Miró al viejo a su lado, apoyado contra la piedra tibia del pozo.

—He tenido una pesadilla.

El viejo permaneció a la escucha.

—El ayudante del alguacil me quería quemar.

—Ya no te va a hacer nada.

—¿Qué ha hecho con él?

—Lo mismo que con su jefe.

El muchacho se llevó las manos a las orejas porque notó un pitido vibrante que comunicaba sus oídos a través de su cerebro. Miró a su alrededor y sólo vio estrellas titilando en lo alto y una media luna con un halo lechoso. No apreció signos de vida en la posada ni en ningún otro lugar. Una lengua de brisa cálida sopló del oeste, trayéndole el olor de algún enebro o de acículas de pino tostadas.

—¿Dónde está el Colorao?

—No te preocupes ahora por él. Tenemos que irnos de aquí lo antes posible.

—¿Iremos al norte?

—Sí.

—¿Y qué haremos cuando lleguemos?

—Queda mucho para eso.

—Iré a por el burro y nos marcharemos.

—Se te olvida algo.

El muchacho se quedó pensando un momento.

—Las cabras, muchacho. Es todo lo que tenemos.

El niño se marchó por el centro de la calle en dirección sur en compañía del perro. Un gato salió de una de las casas abandonadas y cruzó por delante de él, sin hacer el menor ruido. A punto de alcanzar su destino, el animal se detuvo y se le quedó mirando. Luego, siguió su camino más despacio y se metió por debajo de una puerta medio descolgada.

A la entrada del pueblo, tal y como le había dicho el cabrero, esperaba el

burro apersogado a una reja y, un poco más allá, la moto del alguacil. Acarició al animal en la frente, sintiendo la dureza angulosa de su cráneo. Lo desató y salieron de la aldea camino del encinar.

Mientras ascendían por la falda de la colina, no fue capaz de calcular cuánto tiempo habían dormido ni lo que quedaba para el amanecer, pero supo que debía darse prisa. Le dio unas palmadas en las ancas al asno y apretaron el paso. Poco antes de llegar a la arboleda, el perro se adelantó y, cuando el chico llegó al redil de ramas, encontró a las tres cabras revolviéndose unas con otras y al perro correteando alrededor del cercado. Desmontó la maleza que servía de puerta y en un momento las cabras se dispersaron por los alrededores tirando patadas al aire. Aparejó al burro y lo cargó con las cosas del viejo y las garrafas casi vacías.

Descendió a la aldea medio trotando y al entrar, su mirada se quedó fija en la moto del alguacil. Se aproximó a ella con cautela. Sus formas le resultaron, de repente, nuevas. El ancho manillar, la horquilla robusta y la chapa curva de la matrícula sobre el guardabarros delantero como un mascarón de proa. El sidecar redondeado, su abertura, la cápsula en la que él había viajado oculto tantas veces. Pasó su mano por el morro y el parabrisas como si acariciara a un caballo. Se asomó al cubículo y, sobre el asiento, reconoció la manta con borde de hule. Dio un salto hacia atrás como si aquel trozo de tejido hubiera empezado a arder de repente. Agarró el ronزال y se alejó de allí lo más rápido que pudo.

Cuando llegó al pozo, el viejo estaba sentado donde lo había dejado. Se acercó a él para comunicarle su regreso y pedirle nuevas instrucciones.

—Da de beber a las cabras.

El muchacho descargó una de las garrafas, vertió agua sobre la escudilla y se la acercó al pastor a los labios. El hombre sorbió el líquido limoso y miró al muchacho.

—Ya voy.

El niño descolgó la orza e izó agua para los animales y, cuando todos hubieron bebido, se agachó junto al pastor.

—Ahora reúne todo el alimento que puedas y luego llena las garrafas de agua y cárgalas.

- No quiero entrar en la posada.
- Quizá prefieras seguir pasando hambre.
- No puedo. Ese hombre...
- Ya no te va a hacer nada.
- Tengo miedo.
- No le mires la cabeza.

En la fachada de la fonda el muchacho encontró, sobre el poyete, la fusta del alguacil. La cogió y la agitó en el aire como si fuera un matamoscas. Notó el tacto del cuero gastado del mango y de las costuras de cinta, ceñidas al armazón a causa del uso. La punta tenía una lengüeta en forma de triángulo cuya silueta el chico había visto antes en los costados del cabrero.

Se asomó a la puerta oscura blandiendo la fusta frente a sí. Del interior le llegaron los aromas cárnicos que ya conocía y una ligera pestilencia que no había notado antes. Metió la cabeza en el cuarto negro y, sin distinguir nada, sintió el peso de lo que en aquel lugar había sucedido. Una densidad de sacristía vieja, donde los ropajes ceremoniales habían sido hilados en el comienzo mismo de los tiempos y donde las paredes habían absorbido, durante siglos, los gritos de monaguillos, huérfanos y expósitos. El dolor y la caridad. La muerte arrumbada. La podredumbre abriéndose paso entre pecados inenarrables.

Una arcada le retorció el vientre y a punto estuvo de vomitar. Se giró y encontró la mirada del viejo, allá en el brocal. Respiró, agitó la cabeza y entró tanteando las paredes con la fusta por toda defensa. Arrastrando los pies para no pisar nada, alcanzó el lugar donde estaban las chacinas. Descolgó la media docena de tripas que quedaban y se las llevó ensartadas en un brazo.

Con la ruta ya abierta, acercó el burro aparejado al soportal de la posada. Lo apersogó a la argolla y fue haciendo viajes hasta llenar los huecos libres de los serones con embutidos, harina, sal, alubias y café. Cuando ya no cupo más, regresó al pozo con el burro y lo ató al arco. Durante largo rato estuvo sacando agua y vertiéndola con cuidado sobre las estrechas bocas de las garrafas. Mucho líquido se derramó, empapando el esparto y los costados del animal que, de vez en cuando, se buscaba la piel con el hocico para aliviar el picor. Por debajo, el perro y las cabras se disputaban los chorrillos que caían

de los serones.

Durante todo el trasiego, el cabrero había permanecido sentado contra el brocal con la cabeza caída sobre el pecho. Cuando el muchacho hubo asegurado la carga con los cinteros, dispuso la manta por encima de todo para que el viejo pudiera viajar a lomos de la bestia. Se agachó junto al pastor y, en cuclillas, le habló.

—Ya he terminado de cargar al burro. Podemos irnos.

El cabrero no dijo nada, ni hizo el más leve movimiento, y el muchacho temió que hubiera muerto. Acercó una oreja a su boca y no escuchó nada. Asustado, le palpó el brazo inmóvil. «Señor», dijo, y el cabrero se revolvió contra la piedra y movió la cabeza sucia con una lentitud fangosa. Los ojos se abrieron como cantos de monedas vetustas, gastadas las estrías, ya sin brillo. El hombre murmuró algo. El muchacho se agachó aún más y metió su cabeza casi en el pecho del viejo, que seguía murmurando.

—No le entiendo.

—Debes enterrar los cuerpos.

—¿Cómo?

—Entierra los cuerpos.

El muchacho se puso de pie y miró a su alrededor. El pueblo forrado de sombras y paredes caídas.

El cielo, en su costumbre, lejano. Echó la cabeza hacia atrás y resopló. Se sentía al borde de la extenuación y en ese momento lo único que deseaba era volver a su agujero, el hoyo tibio y húmedo en el que se amodorró la primera noche de escapada. El cuenco primigenio hecho con el barro de la verdadera madre. El lugar en el que la temperatura es constante, en el que el sol no penetra y en el que las raíces horadan la arcilla y retienen el suelo cuando llegan el agua o el viento. Se miró las manos temblorosas y respiró. El burro cargado y dispuesto para la marcha y, a su lado, como un reflejo turbio, el viejo expresando un mandato ajeno incluso a sí mismo: dar sepultura a los bastardos, buscarles un acomodo a salvo de las fieras a la espera del juicio final.

El niño volvió a agacharse junto al viejo.

—No puedo hacerlo yo solo.

—Tendrás que hacerlo.

—No hay pala ni pico.

—Si no los entierras se los comerán los pájaros.

—¿Qué importa ya?

—Sí importa.

—Esos hombres no lo merecen.

—Por eso debes hacerlo.

Acordaron que no enterrarían los cuerpos, pero que sí que los pondrían a resguardo de perros y cuervos. El pastor le explicó al niño dónde estaba el cadáver del ayudante y lo que debía hacer para traerlo junto a los otros.

—Ve a la posada y trae el saco de castañas. No mires al alguacil.

El niño hizo lo que el viejo le pedía y salió del establecimiento arrastrando un saco de arpillera medio lleno. Siguiendo las instrucciones del pastor, llevó el saco hasta donde estaba el burro, desató la cuerda que lo cerraba y, levantando la manta, derramó parte del contenido sobre los serones. La mayoría de las castañas se colaron entre los huecos que dejaban los alimentos, las garrafas y los utensilios.

Con el saco en una mano y el cabo del ronzal en la otra, el muchacho y el burro se dirigieron hasta donde descansaba el ayudante. Encontró el cuerpo del hombre tumbado sobre un poyete adosado a la trasera de una casa. En el suelo, tumbada, estaba la pequeña garrafa de vino que se había llevado de la posada. Su caballo permanecía atado al pilar de un emparrado seco. Piafó al sentir la presencia de los visitantes. El niño se acercó a él y trató de calmarlo acariciándole las mejillas. El animal estaba muy nervioso y el muchacho pensó que podría tener sed. Lo desató para llevarlo al pozo, pero el caballo se espantó y se alejó hacia el sur. Lo vio perderse por la cuesta del encinar y lamentó su huida porque les hubiera venido muy bien un animal así.

El lugar en el que yacía el cadáver no recibía luz de la luna y el muchacho únicamente pudo distinguir las formas más evidentes del cuerpo. El viejo sólo le había contado que le había golpeado en la cabeza. «Ahora que está muerto, ya no tienes nada que temer», le había dicho el pastor, pero allí, frente al hombre, se sintió incapaz de hacer lo que tenía que hacer. Imaginó al cabrero llegando a aquel lugar, emergiendo silencioso de la noche con una

roca en la mano.

El viejo no le habló de que, cuando se encontró con el ayudante, éste estaba despierto. Que deambulaba ebrio por un corral polvoriento, tropezando con artesas y capazos. Que cantaba y rezaba con la lengua inflamada, y que su mirada era ya la de un condenado. No le dijo lo que, en su delirio, el ayudante le había confesado: la moto, la sala de los trofeos de caza, el padre, la manta, el silo, los tributos, el dóberman, el niño. Los niños.

Tampoco le explicó cómo, después de escuchar al ayudante, lo había guiado hasta el poyete y lo había ayudado a tenderse sobre la dura mampostería. Ni una palabra sobre el remolino de saña posterior, ni sobre la expiación en el ara del sacrificio.

Lo único que el viejo le había dicho al niño era que, antes de arrastrarlo hasta la posada, debía ponerle el saco en la cabeza como un capuchón ceñido al cuello. «No le busques la cara al hombre. Eso sólo te causará mal».

Al principio le costó acercarse al cadáver y también reunir fuerzas para maniobrar con la arpillera cerca de su cuerpo. Con la cara vuelta hacia la noche, palpó el pecho inerte del hombre tratando de descubrir el lugar en el que yacía su cabeza. Notó humedad en la camisa y apartó la mano durante unos segundos. Siempre sin mirar, enrolló la boca del saco, se la puso al ayudante sobre el rostro y llevó la tela hasta tocar la superficie sobre la que descansaba el cadáver. Deslizó la arpillera por detrás de la nuca y, cuando creyó que toda la cabeza estaba dentro, desenrolló el saco y lo ciñó al cuello con un cordel. Cuando estuvo seguro de que la capucha no se saldría, tiró del hombre hasta que su cuerpo cayó al suelo. Sobre el asiento quedaron costrones de sangre ennegrecida, supuraciones de masa encefálica y retales de cuero cabelludo enfangados de coágulos.

Ató entre sí los tobillos del ayudante y enganchó la unión al ronzal, tal y como le había explicado el viejo que debía hacerlo. Tardaron mucho tiempo en llegar hasta la posada porque, al asno, cargado, le costaba caminar hacia atrás. Cuando llegó a la posada, el muchacho intentó meter al burro de culo por la puerta, pero el animal se rebrincaba, incapaz de medir la profunda oscuridad que se abría detrás de él.

Frente a la puerta de la fonda, el niño desató al ayudante y dejó que sus

pies cayeran al suelo. Le agarró las perneras y tiró con todas sus fuerzas hacia el interior, sin lograr que el cuerpo se moviera ni un centímetro. Lo volvió a intentar varias veces, pero en todas caía roto de cansancio sin conseguir desplazar el cadáver.

Todavía no había signos del amanecer, pero calculó que no debía de quedar demasiado tiempo para que el sol saliera. Se sentía incapaz de mover el cuerpo él solo. Por un momento pensó en que tanto daba si aquel hombre se quedaba allí mismo. Que su cuenta no era con él sino con el alguacil. Miró hacia el pozo. El pastor quieto, el perro a su lado y las cabras desperdigadas. Tuvo una idea.

Fue hasta el brocal y sacó varias orzas de agua con las que dio de beber a los animales hasta que no quisieron más. Luego se subió a la piedra para desmontar la garrucha. El peso de la pieza a punto estuvo de hacerle caer en el pozo.

Entró en la casa y dejó la polea sobre la mesa. A tientas, rebuscó por los lugares en los que había armarios por si encontraba algún cabo de cuerda. Cuando ya sólo le quedaba por examinar la despensa, se detuvo. Escuchó su propia respiración en el aire silencioso. Al pasar junto al cadáver del alguacil, sintió cómo pisaba el charco de sangre que se coagulaba sobre las baldosas y cómo resbalaba la suela. Se deshizo de la pátina arrastrando las plantas de las botas camino de la alacena. Desde fuera, con el tullido apestando a sus pies, palpó las paredes interiores del cuartucho. Tocó mangos de herramientas, ristras de ajos y una soga de un dedo enrollada en un clavo.

La cadena de su cautiverio seguía unida al pie de la columna. Enganchó la polea al grillete y luego pasó la soga por la garganta bruñida. Se llevó los cabos adonde yacía el hombre y ató uno de ellos al cordel que le unía los tobillos. Tiró del extremo libre hasta que las botas del muerto se colocaron en paralelo, como si éste hubiera dado un taconazo marcial. Probó a halar con más fuerza, pero el peso del cadáver le hizo perder el equilibrio. Apoyó un pie a cada lado del marco de la puerta y así, con la ayuda de su propio peso, comenzó a tirar con todas sus fuerzas. El cadáver se movió poco, pero se movió. Veinte minutos después había logrado meter al ayudante dentro de la habitación lo suficiente para que la puerta cerrara.

Lo que el niño hizo a continuación no se lo ordenó el cabrero. Se acercó al alguacil y, con los ojos cerrados, palpó su chaqueta. De un bolsillo interior extrajo el mechero plateado y se lo guardó en la camisa. Vacío sobre los cadáveres una lata de aceite que el tullido guardaba en la alacena. El líquido empapó sus ropas y, cuando éstas ya no pudieron absorber más, el sobrante se derramó por el suelo, manchando para siempre las losas dibujadas. Cubrió sus cuerpos con trozos de cañizo caídos del techo, la soga del ayudante y cajas de madera rotas en las que el tullido almacenaba los sifones. Recogió los restos de la silla de anea que había partido para escapar del lisiado. Descuajaringó las piezas que aún quedaban ensambladas y las echó a la pira, junto con el asiento trenzado. Por último, enrolló trozos de saco y estopa en uno de los palos largos de la silla y los aseguró con pita. En la calle, empezaba a amanecer.

El niño volvió al pozo con un cajón de madera en la mano y, cuando llegó, se agachó junto al cabrero.

—Ya está todo listo. Podemos irnos.

—¿Están los cuerpos a salvo?

El muchacho miró hacia la posada, cuya cal reflejaba los tonos rojizos del sol naciente.

—Supongo que sí.

—El infierno ya tiene sus puertas abiertas para ellos.

—Sí.

Le puso al viejo el sombrero de paja y tiró de él hasta levantarlo. Apenas tenía fuerzas para mantenerse erguido. Los pantalones repentinamente fofos. La chaqueta harapienta sobre el cuerpo fustigado. Hasta ese momento, el chico no se había dado cuenta de lo delgado que estaba el anciano. Le ayudó a sentarse sobre el brocal, le colocó el cajón bajo los pies y, tirando de sus brazos, logró que el pastor se quedara subido a la madera. Luego acercó el burro y lo puso de costado frente al cabrero. Desde su pedestal, al viejo las aguaderas le quedaban a la altura del estómago. El muchacho le ayudó a tumbarse de boca sobre la carga. Tirando de brazos y piernas, logró que finalmente el viejo quedara sentado sobre el lomo con las piernas encajadas entre los serones repletos.

El muchacho volvió a la posada por última vez. La luz en la calle ya era clara, pero todavía faltaban varias horas para que el sol penetrara en la estancia. Agarró la antorcha de estopa y recorrió la sala con la mirada, pero apenas pudo distinguir nada. Aspiró el aire rancio del interior y por primera vez identificó el olor en el que habitan los ratones. Un aroma prensado mezcla de madera raída, granos de maíz a medio comer y excrementos como fideos de chocolate. También olió el cuerpo del tullido, que ya se cocía por dentro, y el resto de los aromas curados que persistían en el ambiente a pesar del expolio. Agarró la aldaba y tiró de la puerta con fuerza para encajarla en el marco, pero la hoja no se cerró. Insistió varias veces sin resultado. En el suelo, la mano del ayudante sobresalía hacia la calle. Empujó la mano con la punta de la bota y volvió a tirar de la puerta hasta que notó cómo el pestillo entraba en su muesca. Miró hacia el pozo y vio al pastor subido al burro, con la cabeza caída y las manos cruzadas sobre la carga como un cautivo.

Se sacó el mechero del bolsillo de la camisa y lo encendió. La luz azulada le iluminó la cara sucia. Si hubiera podido vérsela en un espejo, se habría echado a llorar. Acercó la llama a las hebras de estopa que escapaban del atado de la tea y sopló hasta que prendió. Llevó la cabeza de la antorcha hacia el suelo y fue girando el mango lentamente hasta que toda la arpillera estuvo inflamada. Abrió una contraventana y arrojó el palo sobre la caótica pira y se quedó mirando. Al principio, no sucedió nada, y por un momento temió que el fuego no pasara al montón y que la antorcha terminara apagándose. Luego, pasados un par de minutos, la anea seca del asiento acogió la llama y el resto vino solo. Dejó la contraventana medio abierta para que el fuego tuviera alimento y se reunió con el pastor y los animales. Agarró al asno por el ronzal y salieron del pueblo por el norte, rumbo a los montes, cuando ya había amanecido por completo.

11

No fue hasta bien entrada la mañana, lejos ya del pueblo y la humareda, cuando se dio cuenta de que el cabrero estaba muerto. Había decidido parar a descansar en una arboleda separada del camino porque, dada la noche que habían pasado, le pareció prudente guarecerse del sol y de la gente, y tratar de dormir un poco. Supuso que al cabrero no le parecería mal porque aquélla había sido la forma en la que el viejo había dirigido las jornadas: moverse durante la noche y desaparecer durante el día.

Por primera vez desde que se conocían, no había sido el viejo quien había ordenado la parada y, tomando aquella decisión, sintió que era él quien estaba al mando y que el viejo agradecería un poco de colaboración en ese sentido.

Durante la marcha se había vuelto en varias ocasiones para comprobar que las cabras y el viejo seguían bien. En algún momento, el cuerpo del hombre se desequilibró y lo encontró apoyado entre los cuellos de las garrafas que sobresalían de las aguaderas. Supuso que se había quedado dormido y no le sorprendió que un hombre de su edad pudiera hacerlo en una posición tan incómoda porque era mucho el cansancio que acumulaban sus huesos.

Abandonaron el camino y cruzaron campo a través por un terreno seco y pedregoso. Reparó en las huellas que dejaban y sintió el impulso de borrarlas pero, aunque pudiera difuminar con ramas las marcas del burro, no estaba dispuesto a recoger las cagadas de las cabras. Pensó en la noche anterior, en el cráneo aplastado del ayudante y en la cabeza volatilizada del alguacil por

arte de la pólvora, el plomo y el cabrero. También en todos los días que llevaban de marcha, en las noches sin dormir, en el hambre y en los atracones y, cerca ya de su destino, notó cómo los párpados le temblaban, y en ese instante todo le dio igual. Podría haberse quedado parado allí mismo, en medio del llano, y dormirse de rodillas, pero estaban tan cerca de la arboleda que hizo un último esfuerzo.

El pinar era pequeño, aunque lo suficientemente profundo como para poder adentrarse en él y no ser vistos desde el camino. Por supuesto, si alguien quería encontrarlos, no tardaría en dar con ellos, pero incluso eso era algo que en ese momento no le importaba. Rápidamente, reunió algunas ramas y construyó un redil entre varios arbustos. Con la ayuda del perro, guardó las cabras y volvió para bajar al pastor y descargar al burro.

—Vamos a descansar aquí, si no le parece mal.

El viejo no se inmutó. El chico se acercó al asno y coló su mirada por debajo del ala del sombrero del cabrero. Tenía los ojos cerrados y pensó que así quería estar él. Desenganchó las piernas del pastor, aprisionadas entre los serones y los costillares del burro. Metió el hombro contra su cintura y tiró hacia sí de la espalda del viejo para intentar descabalarlo. El peso del cabrero se le vino encima y ambos cayeron sobre la pinocha crujiente.

El cuerpo del anciano sobre él apestaba tanto como el suyo. No comprendía qué hacía allí debajo y, si no hubiera sido por el hedor, allí mismo se hubiera quedado. Empujó al cabrero y su cuerpo giró sobre el suelo como una puerta. Se quedó tendido junto al cadáver del viejo como si se hubiese quitado de encima una manta en una mañana calurosa. El agotamiento lo unía a la tierra. Respiraba mirando a la copa de los pinos. Los millones de agujas peinaban la luz amarilla y tamizaban un cielo que no admitía ser mirado directamente. La brisa hacía chocar las acículas, llenando el aire de un sonido balsámico. No necesitó zarandear la cara del cabrero o abrirle los párpados. Sabía que estaba muerto y que eso era todo. No tenía fuerzas, ni ganas de pensar en lo sucedido ni en lo que estaba por venir, porque su cuerpo infantil estaba extenuado. Movié el culo y los hombros para acomodar su cuerpo al colchón de pinocha. Luego, sin pretenderlo, unió su brazo al del viejo y se entregó al sueño como quien deja que el viento airee su

cara frente al mar.

Le despertó el perro hincando el hocico bajo sus riñones. Abrió los ojos y palpó la cabeza del animal, que al instante se relajó y la posó contra el suelo para dejarse hacer. Las copas de los pinos seguían en su sitio, pero ya no filtraban la luz poderosa del mediodía, sino que atenuaban el naranja polvoriento del atardecer. Notó el brazo del viejo contra el suyo y, sin mirarlo, se incorporó y se quedó sentado como una escuadra. Sintió que le dolía el estómago. Se echó mano a la espalda y se palpó un punto doloroso. Se dio la vuelta, se puso de rodillas y escarbó entre las acículas hasta encontrar una piña compacta y picuda. La miró sin dejar de tocarse la espalda y la lanzó más allá de las cabras. No sabía cuánto tiempo había dormido. El burro permanecía todavía de pie, cargado con todos los víveres y los utensilios. Fue hacia él y pegó su cara al carrillo del animal mientras le acariciaba la mandíbula. Luego vació las aguaderas, le quitó el bozo y le puso agua en un cazo que había cogido de la posada.

Fue hasta el borde del pinar para divisar el camino con el estómago punzándole. La luz a campo abierto era mayor y, desde donde estaba, pudo inspeccionar un trecho largo de vereda. No encontró signos de vida en ninguna dirección y regresó adonde estaba el viejo. Pensó que el dolor que sentía en la tripa bien podría deberse al agua podrida que estaban bebiendo y, que si no había aparecido antes, era porque su cuerpo no había dispuesto de un solo minuto de calma. Sintió sed pero, en lugar de beber, decidió que, a partir de ese momento, cocería el agua primero. Observó al burro con el hocico metido en el cazo hasta los ollares, y sus ojos fueron del cazo al animal y luego a las cabras. Miró a su alrededor como si quisiera encontrar algo en el aire que le rodeaba. Un poco de brisa que aventara una fogata o un manantial volador que vertiera agua fresca desde la nada a su boca de cuero repujado. Palpó el mechero del alguacil en su bolsillo y así fue como decidió no encender la fogata para purificar el agua.

Deambuló por el lugar sin ton ni son, evitando deliberadamente mirar al viejo. Repasó los víveres, comprobó la solidez de la sartén y olió el aceite. Soltó a las cabras para que se movieran un poco y vio cómo el perro se activaba para controlarlas. Acarició al burro, volvió al borde del bosque y se

sentó en un tronco caído. Después de un rato recordó que tenía sed y regresó al campamento.

Eligió a la cabra con las ubres más llenas, se puso tras ella y las amasó con una mano hasta que le extrajo las primeras gotas. Colocó el cazo debajo y ordeñó al animal hasta que el fondo del recipiente le sonó lo suficientemente lleno. Le dio una palmada a la cabra para que se fuera y levantó el cazo para beber la poca leche que le había sacado al animal.

Permaneció quieto durante un rato. Dejó el recipiente en el suelo y fue adonde estaba el pastor. Por primera vez desde que había muerto, se atrevió a mirar el cadáver. Estaba tendido sobre el suelo, con el rostro relajado. Parecía como si hubiera perdido algunas de sus arrugas. El sombrero estaba a medio metro del cuerpo, tal y como había rodado desde su cabeza al caer del burro. Tenía los dedos cerrados, casi formando dos puños. La chaqueta, sucia y abierta, con las marcas de la paliza asomando por los costados. Podría estar dormido, pero lo cierto es que ya debía de estar pudriéndose por dentro. Las cabras hacían sonar sus cencerros a su espalda y el niño se dejó caer y comenzó a llorar junto al cuerpo quieto.

Todavía era de noche cuando le despertaron las hormigas. Le recorrían el dorso de la mano que le hacía de almohada y le subían por la cara. Se puso de rodillas y se las sacudió rápidamente. Apenas se veía a un par de metros. Palpó el cadáver del viejo a su lado y notó su frialdad. Escarbó con las manos en la pinocha hasta que dio con la tierra y entonces abrió un claro mayor. En el centro amontonó unas pocas agujas secas y con el mechero encendió una fogata minúscula. La pequeña luz bailarina le resultó suficiente para ver cómo los bichos recorrían la cara y el pecho del pastor. Alcanzó una pequeña rama de pino y la usó como escoba para limpiar de insectos el cuerpo. Fue a los serones en busca de la sartén del tullido y se colocó a los pies del cabrero. Con el mango de la sartén trazó unas líneas en el suelo que salían de la coronilla y de los talones y se prolongaban hacia la izquierda del viejo. Luego midió con las manos la anchura de los hombros y transportó la medida al lugar en el que iba a excavar.

Al principio, avanzó con rapidez. Despejó de acículas una franja de suelo al lado del cuerpo y, con la ayuda de la sartén, retiró las primeras capas de

arena suelta. A un palmo de profundidad, empezó a encontrar raíces que cruzaban la tierra en todas direcciones, formando un tejido subterráneo en el que la sartén se trababa todo el tiempo.

Al amanecer había excavado un hoyo de un par de cuartas de profundidad que no servía ni para cubrir la nariz del viejo. A media mañana paró a reponer fuerzas y, desde dentro del agujero, comprobó que la superficie del suelo le llegaba a la altura de las rodillas. Podría meterlo ya, pero los perros no tardarían en sacarlo de allí. Decidió continuar hasta que, por la tarde, se vio hundido en el hoyo hasta la cintura.

Como en todas las jornadas previas, las horas transcurrieron entre la vigilia y el trabajo. El cansancio como una segunda piel. Tan sólo sucedió algo que le distrajo. Al mediodía, el perro se levantó de donde descansaba para olisquear el aire en dirección al camino. El chico lo calmó y lo llevó sujeto hasta el borde del bosque. Unos arrieros pasaban en dirección norte. En total, tres hombres y diez o doce mulos cargados. El chico pensó que la caravana no había tenido más remedio que pasar por la aldea y, en consecuencia, debían de estar al tanto de que la posada se había incendiado. También habrían visto la moto del alguacil a la entrada del pueblo y, seguramente, habrían curioseado en el interior de la fonda y descubierto los cuerpos carbonizados.

Empujó el cadáver al hoyo y, en la caída, se dio la vuelta y quedó boca abajo. El chico lo miró y meneó la cabeza con fastidio. La fosa era tan justa que tardó más de media hora en ponerlo hacia arriba. Luego le dedicó una última mirada y le tapó la cara con el trozo de gualdrapa que quedaba. Llenó la sepultura de tierra hasta que la dejó enrasada con el suelo. Repartió la tierra sobrante por los alrededores y lo cubrió todo con pinocha. Pensó que, en un par de horas, la mancha de humedad de las acículas revueltas se habría evaporado y la tumba sería invisible a simple vista. Permaneció de pie, mirando el lugar bajo el que yacía el cabrero, y después se alejó unos pasos. Volvió con dos palitos de no más de una cuarta y los colocó en el suelo, uno encima de otro, formando una cruz. La contempló y no logró entender lo que significaban aquellos dos trozos de madera en ese lugar remoto y sombrío. Empezó a rezar un padre nuestro, pero a la mitad comenzó a murmurar hasta

que la oración se embarró en sus labios y la dio por terminada. Le hubiera gustado conocer el nombre del viejo.

Pasó el resto de la tarde descansando. Comió a su antojo y bebió tanta leche como les pudo sacar a las cabras. Dormitó sobre los serones y, antes de que se hiciera de noche por completo, cargó el burro, deshizo el redil y reemprendieron la marcha. Anduvieron bajo la luna por los caminos llanos y vacíos que conducían al norte. La Estrella Polar servía como guía. A veces se desviaban del rumbo pero, tarde o temprano, siempre encontraban un sendero que les volvía a dirigir hacia su destino.

Una mañana, mientras descansaba entre las paredes de una vieja casa para peones camineros, escuchó el tamborileo de la lluvia sobre una chapa caída. Bajo el dintel desportillado asistió al insólito espectáculo que se desarrollaba sobre la tierra. El cielo repleto de nubes grises en medio de la mañana y una luz transparente que perfilaba los objetos, otorgándoles una nitidez que no recordaba. Las gotas gruesas que se partían contra el suelo polvoriento y que no penetraban en él. Entró en la casa y salió de nuevo con la orza bajo el brazo. Caminó unos metros frente a la fachada y dejó el recipiente en el suelo. Luego volvió a la puerta y allí permaneció mientras duró la lluvia, mirando cómo Dios aflojaba por un rato las tuercas de su tormento.

AGRADECIMIENTOS

El autor desea expresar su agradecimiento a Raquel Torres, Arantxa Martínez, Elena Ramírez, Juan María Jiménez, Javier Espada, Espartaco Martínez, Verónica Manrique, Francisco Rabasco, Gustavo González, Fátima Carrasco, María Camón, Diego Álvarez, Germán Díaz y Manuel Pavón.

Carmen Jaramillo merece una mención aparte. Con su ilusión, ha mejorado el libro, pero con su ejemplo, ha mejorado al autor.



JESÚS CARRASCO, nació en Badajoz en 1972 y en 2005 se trasladó a Sevilla, donde reside en la actualidad. Dice: «Soy licenciado en Educación Física, pero apenas he ejercido. Durante un par de años, intenté compaginar mi trabajo como redactor publicitario con la carrera de Filosofía. Escribo, de manera privada, desde hace casi veinte años...».